

Bajo el purísimo cielo de Jalisco *Cuatro escritoras del siglo XIX*

Sara Velasco, presentación y selección

SECRETARÍA DE CULTURA ~ GOBIERNO DE JALISCO



LETRAS
JALISCO

LETRAS
JALISCO

Bajo el purísimo cielo de Jalisco

LETRAS
JALISCO

Bajo el purísimo cielo de Jalisco
Cuatro escritoras del siglo XIX

SARA VELASCO,
selección y presentación

SECRETARÍA DE CULTURA ~ GOBIERNO DE JALISCO
2015

D.R. © 2015, Sara Velasco por la presentación y la antología

Primera edición, 2015

D.R. © 2015, Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco
Av. de la Paz 875, Zona Centro
44100, Guadalajara, Jalisco, México

Diseño de la colección:

Avelino Sordo Vilchis

ISBN: 978-607-734-041-6

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Cherchez la femme

Sara Velasco

El hecho de haberse consumado la independencia de México después de varios años sangrientos, no significó que se tuviera ya una patria bien constituida y en paz. Al contrario, las luchas por el poder y los conflictos inherentes continuaron con invasiones extranjeras y guerras internas que no daban descanso a los habitantes de todo el país a lo largo del siglo XIX.

En estas condiciones surge una gran cantidad de intelectuales que lo mismo combaten con la espada que con la pluma. Algunos de ellos sufren persecuciones, cárcel y muerte, pero a pesar de todo, las páginas de diarios y semanarios se llenan de poemas y relatos. Sorprende la cantidad de publicaciones de corta o larga permanencia que en toda la nación integran el testimonio escrito no sólo de los acontecimientos socio políticos, sino de sentimientos y carácter de la vida cotidiana sin importar su ideología liberal o conservadora.

En el estado de Jalisco, y especialmente en Guadalajara, también aparecieron periódicos y revistas en los que se intercalaban poesías y escritos satíricos además de ciencia, política y religión. El tema de la prensa en Guadalajara ha sido estudiado por especialistas y es fuente inagotable para conocer personajes, muchos de los cuales están actualmente en el olvido. Tan importantes son estas investigaciones que existen algunos escritores que sólo son conocidos en este medio pues por diferentes razones no reunieron su obra en forma de libro.

Y aunque los literatos del siglo XIX eran predominantemente del género masculino no faltaron las voces de mujeres que, tímidas, ocultaban sus nombres con iniciales, seudónimos o anagramas. Las plumas femeninas que quedaron grabadas en las numerosas publicaciones periódicas se dan a conocer a pesar de

la poca formación académica que tenía la mujer y a la costumbre de sus limitaciones ocupacionales.

Diversos nombres de colaboradoras literarias aparecen en la prensa tapatía pero solamente de cuatro de ellas existe alguna información biográfica: Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos, Antonia Vallejo y Refugio Barragán de Toscano.

Asimismo si no hubiera habido personas que registraran sus datos o las integraran en antologías, al revisar periódicos o libros jaliscienses del siglo XIX nos quedaríamos con muestras de sus escritos pero sin saber quiénes fueron, como ocurrió en varios casos.

Uno de los primeros trabajos de selección de obra literaria es el realizado por Vicente Riva Palacio en la antología que publicó bajo el título de *El parnaso mexicano 1885-1886*, en la que dedicó un cuadernillo de poesía a cada una de las tres jaliscienses que ya tenían renombre en aquellas fechas: Esther Tapia de Castellanos, Isabel Prieto de Landázuri y Refugio Barragán de Toscano.

Otro de los personajes que reunió textos de mujeres fue José María Vigil quien en 1893 dio a conocer, editada por la Secretaría de Fomento, una antología titulada *Poetisas mexicanas, siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. Este trabajo se realizó por encargo de Carmen Romero Rubio de Díaz para la Junta de Señoras, correspondiente de la Exposición de Chicago. Vigil hizo una selección de poemas escritos por monjas que participaron en complicados concursos poéticos y que demuestran en gran medida la facilidad de versificación con que estaban dotadas. Por supuesto que en la época colonial la excepcional sor Juana Inés de la Cruz destaca por sobre todas, pero durante el siglo XIX la participación femenina se incrementa notablemente para ofrecer en esta obra un total de 95 poetisas mexicanas entre las que se antologan seis jaliscienses: María Ignacia Agraz, Refugio Barragán de Toscano, Mateana Murguía de Aveleyra, Isabel Prieto de Landázuri, Josefa Sierra y Esther Tapia de Castellanos. Aunque nuestro ilustre jalisciense no consigna datos biográficos de ninguna de ellas, su trabajo es trascendental para tener un panorama de la actividad poética de la mujer de esa época.

Más tarde, en 1910, Laureana Wright de Kleinhans publica el libro *Mujeres notables mexicanas*, en el que presenta a 116 mujeres de las cuales trece son

jaliscienses; y de éstas, ocho son escritoras: Refugio Barragán de Toscano, Mateana Murguía de Aveleyra, Rosario María Rojas, Guadalupe Rubalcaba, Balbina González, Emilia Beltrán y Puga, Esther Tapia de Castellanos e Isabel Prieto de Landázuri. La señora Wright integra en la biografía textos seleccionados en esta edición de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Se cuenta con información sobre Antonia Vallejo gracias a que Ignacio Dávila Garibi dio a conocer en 1936 un folleto del homenaje que le ofreció a su estimada amiga en 1933 en la ciudad de México, aunque ella siempre rehuía los reconocimientos.

Otra obra que ofrece datos biográficos y muestra selectiva es *Mujeres de América. Bosquejo antológico del paisaje espiritual femenino*, escrita y publicada en México por Natalia Gámiz en 1946 con la Compañía Editora Nacional. La autora organiza los países de América en orden alfabético y, de México, aparecen 112 escritoras, de las que seis son jaliscienses: Refugio Barragán de Toscano, Mateana Murguía de Aveleyra y Esther Tapia de Castellanos, del siglo XIX; y de principios del XX: Virginia Barreto, Consuelo del Río y María Luisa Hidalgo. Gámiz termina la introducción con estas palabras: «Ojalá estas advertencias sirvan de explicación a quienes encuentren lagunas en esta obra a la que, con amor, con calor y ternura de mujer, he dedicado dos años de mi vida pretendiendo realizar la idea que un hombre me dio: reunir, para que no se pierda, la obra dispersa de muchas escritoras».

En algunas historias de literatura mexicana aparecen biografías de Isabel Prieto de Landázuri y Esther Tapia de Castellanos, como la escrita por el notable laguense Carlos González Peña en 1928, o la de Heriberto García Rivas en 1972 en la que incluye, además de las mencionadas, a Refugio Barragán de Toscano entre otros autores.

También existen las obras específicamente sobre autores de Jalisco como la que realizó el malogrado poeta Andrés Arroyo de Anda, jr. en 1899 con el título de *Selección lírica* en la imprenta de J. Cabrera, y la de Fortino Jaime en 1918, *Florilegio jalisciense*. En ninguna de las dos antologías se seleccionan poemas escritos por mujeres. Además, *Escritores jaliscienses 1548-1964* (Universidad de Guadalajara, en dos tomos, 1982 y 1985) de Sara Velasco. En el primer tomo de esta

obra aparecen Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos y Refugio Barragán de Toscano. De la misma investigadora, en *Enramada, literatura joven de Jalisco* (Departamento de Bellas Artes de Jalisco, 1984) se dan a conocer poetas y narradores nacidos a partir de 1947 y en *Muestrario de letras en Jalisco* (Imprejal, 6 tomos, 2005 a 2007) se combinan escritores de varias épocas.

Magdalena González Casillas en *Historia de la literatura jalisciense en el siglo XIX*, publicada en 1987 por la Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, dedica un capítulo para estudiar a Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos, Refugio Barragán de Toscano y Antonia Vallejo. La misma historiadora especializada en letras de Jalisco, en el año 2002 complementa esta obra con *Antología de letras románticas en Jalisco, siglo XIX*, editada por Conexión Gráfica en cuatro tomos dedicados cada uno a Poesía, Narrativa, Leyendas y Teatro. En ninguno de ellos incluye a Antonia Vallejo.

Además, hay capítulos o tomos sobre temas literarios de Jalisco en colecciones o enciclopedias: *Historia de Jalisco* (Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, 1980), *Jalisco desde la Revolución*, (Gobierno de Jalisco y Universidad de Guadalajara, 1987), *Enciclopedia temática de Jalisco* (Gobierno de Jalisco, 1992) y Colección Letras de Jalisco (Secretaría de Cultura de Jalisco, 2006-2012), entre otros colectivos.

En 1998, aparece un libro titulado *Escritoras jaliscienses frente al nuevo milenio* en el sello La Luciérnaga Editores, con ensayos de Martha Cerda, Mario Martín, Diana Valencia y Roger A. Zapata. En esta obra hay estudios sobre treinta y dos escritoras cuyas obras se publican a partir de finales del siglo xx.

Otra estudiosa de las letras jaliscienses, Silvia Quezada, escribe el *Diccionario de escritoras en Guadalajara* en 2003, publicado por Ediciones Litorialia con breves datos bibliográficos de ochenta escritoras vigentes hasta ese año con por lo menos un libro publicado.

La mayor parte de los estudios o antologías sobre algunos escritores de Jalisco se han escrito a partir de la mitad del siglo xx, como los realizados por Adalberto Navarro Sánchez, Arturo Rivas Sáinz, J. Trinidad Núñez Guzmán, Ignacio Villaseñor Villaseñor, Elías Nandino, Ernesto Flores, Roberto Franco Fernández, Pedro Vargas Ávalos, Roberto Padilla Uribe, Alfonso de Alba Martín, Wolfgang

Vogt, Carlos Gutiérrez Arce, Federico Munguía, Celia del Palacio, Alfredo Cerda Muños, María Guadalupe Sánchez Robles, Luis Alberto Navarro, María del Socorro Guzmán Muñoz, Luis Martín Ulloa, Carmen Vidaurre, César López Cuadras, Remberto Hernández Padilla, Miguel García Ascencio, Artemio González García, Martha Cerda, Raúl Aceves, Raúl Bañuelos, Dante Medina, Jorge Souza, León Guillermo Gutiérrez, Felipe Ponce, Hermenegildo Olguín Reza, Jorge Orendáin, Moisés Vega y Kegel, Efraín Franco Frías, Jaime Suárez Rivas, Elizabeth Hernández y Pedro Valderrama Villanueva, entre otros; así como los trabajos que se ocupan exclusivamente de mujeres jaliscienses y de México investigados por Maya Navarro de Lemus, Guadalupe García Barragán, Patricia Medina y Carmen Villoro.

Mención aparte merecen quienes desempeñaron una importante labor en el registro de escritores de Jalisco de todas las épocas: los bibliógrafos Ramiro Villaseñor y Villaseñor y Gabriel Agraz García de Alba.

LAS CUATRO ESCRITORAS que son motivo de esta presentación tienen facetas personales muy variadas, sin embargo, en su escritura coinciden en formas y tendencias literarias de la época importadas de Francia y España, como Isabel Ángela Prieto de Landázuri, quien tuvo en vida reconocimientos de parte de sus contemporáneos mexicanos e incluso recibió epístolas laudatorias de Hartzbusch; pero a quien se debe el conocimiento más completo de su vida y de sus obras es a José María Vigil quien tomó la obra de Isabel como tema de su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua. El amplio estudio que realizó Vigil sirvió de prólogo a *Obras poéticas* de la señora Landázuri publicadas en 1883 en la imprenta de otro distinguido jalisciense, Ireneo Paz, en la ciudad de México. Esta obra contiene además de poemas, la leyenda alemana también escrita por Isabel Prieto poco antes de morir, que tituló *Berta de Sonnenberg*, y traducciones de Victor Hugo, Lamartine y André Chenier.

Quien también contribuyó a que esta poeta llegara a ser conocida en nuestros días es Armando de María y Campos, gracias al prólogo que escribió para *Un lirio entre zarzas*, drama estrenado en el Teatro Nacional en 1872, y que fue publicado por el Instituto Nacional de Bellas Artes en 1964.

Consideramos tapatía a Isabel Ángela aunque nació en Santa María de Alcázar de San Juan, provincia de Ciudad Real, España, el 1 de marzo de 1833, de padre panameño, Sotero Prieto, y madre madrileña, Isabel González Vango, porque a los cuatro años de edad ya radicaba en Guadalajara y en esta ciudad pasó su infancia y su juventud. Fue educada como correspondía a una hija de familia rica y aristócrata, de manera que aprendió música, idiomas (italiano, francés, inglés y alemán) y literatura. Su afición al teatro como espectadora la llevó a escribir más de quince piezas teatrales entre dramas y comedias, algunas puestas en escena y publicadas y otras que han llegado a nosotros solamente por los comentarios de Vigil. El teatro que se representaba en Guadalajara era de Calderón de la Barca y de Bretón de los Herreros, autores que serían su inspiración para escribir sus propias obras.

Sus biógrafos coinciden en apreciar la modestia de esta autora pues su primer poema se da a conocer de manera anónima por el poeta Pablo Jesús Villaseñor en *La Aurora Poética de Jalisco*, con la disculpa de haberlo publicado sin el consentimiento de Isabel. En 1860 dedica a su padre su primer drama, *Las dos flores*, y al año siguiente escribe la comedia *Los dos son peores*. Otro de sus dramas, *Espinás de un error*, lo dedica al doctor Juan Bautista Híjar y Haro, uno de los importantes poetas jaliscienses de la época.

Durante la intervención francesa se dirige con su familia a San Francisco, California, y a su regreso en 1865 contrae matrimonio con su primo Pedro Landázuri Formán, quien cuatro años después fue electo diputado al Congreso de la Unión, por lo que van a radicar, junto con su pequeño hijo, a la capital del país.

En la ciudad de México Isabel se relacionó con los grupos culturales como el Liceo Hidalgo y la Sociedad Literaria Netzahualcóyotl y se representó *Un lirio entre zarzas*. En 1874 su esposo es nombrado cónsul de México en Hamburgo, Alemania, por lo que tienen que trasladarse a aquella ciudad. Su segunda hija muere antes de embarcarse en Veracruz, y ya en Hamburgo, con su tercer hijo, Isabel Ángela Prieto enferma y fallece el 28 de septiembre de 1876, añorando su querida Guadalajara. Tiempo después, su esposo sería gobernador del estado de Jalisco (1882-1883).

Al año siguiente de su muerte, en 1877, se da a conocer su leyenda *Bertha de Sonnenberg*, por la imprenta de Jeans y Zapian de la ciudad de México.

Su obra consta de poemas, obras teatrales, una leyenda y traducciones. Su poesía se encuentra «envuelta en la influencia seductora del romanticismo que a la sazón se hacía sentir en todas las manifestaciones de la literatura y del arte», como expresa José María Vigil.

María Esther Gómez Loza analiza la obra poética de Isabel Prieto y la da a conocer en 1999 en la colección Hojas Literarias de la Secretaría de Cultura de Jalisco. En este ensayo la autora concluye que Isabel, «poetisa de transición entre el neoclásico y el romanticismo, es una digna representante de las letras jaliscienses».

Prieto de Landázuri dedica sus poemas a primas, hermanas, amigos, sociedades literarias, hijos, esposo, amor, patria. Refleja con maestría sus estados de ánimo, momentos cotidianos y, sobre todo, el dolor por el país en guerra y por no estar en Guadalajara. Sorpresivamente también tiene poemas de corte festivo en los que satiriza a Manuel Bretón de los Herreros y a otros autores que no le concedían capacidades a la mujer fuera de los trabajos domésticos y el cuidado de los hijos.

Vigil hace un comparativo de Isabel con la Décima Musa, sin embargo, considera que los mejores poemas de la señora Prieto son los relacionados con su maternidad: «el carácter especial de su inspiración, lo que le asigna lugar distinguidísimo en nuestro Parnaso, es el sentimiento maternal, es esa expresión pura, íntima de la afección más noble y respetable que se abriga en el alma de la mujer».

Como dramaturga es notable su habilidad para enlazar los diálogos en la secuencia de la historia y su versificación está llena de naturalidad y sencillez. «Modesta, sencilla e inspirada, sus obras se distinguen por su dulzura, armonía y pureza. Pulsaba su lira en la tierra, la templaba en el cielo y la hacía sonar en los corazones», expresa Enrique Olavarría y Ferrari en 1886.

OTRA POETA, ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS, fue muy reconocida en la Guadalajara del siglo XIX, ciudad a la que llegó en 1862 procedente de Morelia,

Michoacán, donde tal vez había nacido el 9 de mayo de 1837 o 1842. Comenzó a escribir poesía desde temprana edad y supo adaptarse a su nueva vida de tal manera que la invitaron a participar en uno de los grupos de escritores más representativos de la época y fue redactora propietaria de *La República Literaria*, prestigiada revista de Guadalajara, que se publicó de 1886 a 1890 y en la que convergieron José López Portillo y Rojas, Antonio Zaragoza, Manuel Álvarez del Castillo (quien fue sucedido por Manuel Puga y Acal) y Esther Tapia de Castellanos, por supuesto, la única mujer en este grupo de notables jaliscienses.

Su madre fue Luisa Ruiz y no se tiene la certeza de quién fue su padre puesto que el apellido Tapia lo recibió por Crispín Tapia, con quien su madre se casó posteriormente. Los primeros poemas que escribió en su adolescencia fueron sobre los hechos que la impresionaron: los mártires de Tacubaya. Contrajo matrimonio el 27 de marzo de 1864 con Ignacio Castellanos Jiménez, rico hacendado, con quien formó su familia y tuvo cinco hijos. (Luis, el mayor, más tarde sería gobernador de Jalisco, 1919-1920.) Vivieron un tiempo en Cumuato, una de sus haciendas, y murió en Guadalajara el 8 de enero de 1897. Su esposo había muerto el 27 de abril de 1885. Fue amiga de Melchor Ocampo y de Santos Degollado, entre otros importantes personajes.

Esther gozó de fama por las composiciones poéticas de su inspiración además de las que le encargaban para diversas ocasiones. Cuando los franceses entraron en Guadalajara se dedicó a visitar hospitales del ejército para animar a los heridos, dio recitales en la ciudad de México para recabar fondos para la causa y escribió poemas patrióticos.

En 1862, Juan Valle compiló los comentarios a la obra de la poeta en un trabajo que tituló *Álbum de Esther*.

A José María Vigil debemos información de su vida y obra gracias al prólogo que escribió para el poemario de Esther, *Flores silvestres*, que se componía de 85 poemas, y que fue publicado en la imprenta de Ignacio Cumplido en 1871. El libro se formó gracias al empeño que tuvo la señora Francisca López Portillo de García, querida amiga de Esther. Otro de los libros que dio a conocer Esther Tapia, *Los cánticos de los niños*, por la imprenta de Dionisio Rodríguez en 1881, fue realizado con motivo de la 2ª Exposición de Las Clases Productoras y dedicado

tanto a esta sociedad como a los niños de la Escuela de Artes de Guadalajara; le mereció una medalla de primera clase.

Francisco Sosa escribió una biografía que tituló *Esther Tapia de Castellanos*, publicada en *Miscelánea Científico-Literaria* en 1883, donde comenta las colaboraciones que tuvo en *El Correo de Ultramar*, *Ilustración Española y Americana*, y en periódicos de Guadalajara, ciudad de México y algunas otras entidades. Además, refiere que la poeta dejó inédita una leyenda bíblica, *Judith*, en forma de drama y a la que el maestro Meneses ofreció poner música así como otras varias leyendas para niños. «Después continuó nuestra poetisa consagrando las notas de su lira melodiosa bien a la expresión de sus individuales sentimientos, bien a las glorias de la patria; ora a las obras de beneficencia, ora a verter en nuestra habla bellísimas producciones extranjeras, o por último a la descripción de las costumbres nacionales», afirma Sosa.

El barón alemán Othon E. de Brackel-Welda dedica a Esther su trabajo *Apuntes históricos sobre representaciones dramático-religiosas y Los pasos de la Pasión en Oberammergau*, publicado en Guadalajara en la Tipografía de L. Pérez Verdía a cargo de Ciro L. Guevara en 1886. Brackel-Welda termina su ensayo con estas palabras:

Suplicamos, pues, a nuestros amables lectores y muy particularmente a la distinguida e ilustrada poetisa mexicana bajo cuya protección hemos puesto estos humildes apuntes históricos sobre las representaciones dramático-piadosas de México y Alemania, que los acepten con benevolencia, y que encuentren en ellos nuevos puntos de contacto del espíritu religioso y genio poético de ambas naciones, que, aunque separadas por vastos mares, al través de los océanos se han tendido fraternalmente las manos en filosofía, en ciencias, bellas artes, comercio e industria.

El sacerdote historiador de Lagos de Moreno, Agustín Rivera, escribió un fascículo titulado *Rasgos biográficos i algunas de las poesías inéditas de Esther Tapia de Castellanos*, editado en la imprenta de López Arce en 1903, en donde menciona su extraordinaria facilidad para versificar además de elogiarla como esposa y madre.

De manera póstuma, en 1905, se dio a conocer *Obras poéticas de Esther Tapia de Castellanos*, en dos tomos, por la Imprenta, Litografía, Encuadernación y Rayados Luis G. González con introducción de Manuel Puga y Acal y prólogo de José María Vigil.

OTRA DE LAS MUJERES DISTINGUIDAS en este periodo fue Antonia Vallejo, originaria de Guadalajara, considerada decana del periodismo mexicano por Ignacio Dávila Garibi. En realidad fue este historiador el único que consignó algunos breves datos de su vida y de su obra, ya que por su extrema modestia no gustaba que se escribiera sobre ella. Por lo tanto, es un verdadero logro que en 1936 Dávila Garibi publicara en la imprenta de Emilio Pardo e Hijos de la ciudad de México, *Antonia Vallejo y Ruiz Pujadas. Estudio biográfico*, trabajo leído por él en la Barra de Abogados como homenaje a la ilustre poeta en 1933.

En ese mismo año y por la misma imprenta se da a conocer una selección de poemas de Antonia Vallejo con el título *Para mí*, que se logró gracias a la insistencia del ingeniero Enrique Benítez y a un grupo de amigos, con prólogo de Dávila Garibi quien comenta que «se perfeccionaron en la señorita Vallejo, el espíritu de observación; el hábito de juzgar con serenidad y de emitir sus opiniones con suma discreción; el gusto por las buenas lecturas y, sobre todo, la afición por los estudios poéticos y literarios, en los cuales desde muy temprana edad se inició».

De sus publicaciones en prosa solamente ha llegado a nosotros *Apuntes para la historia del beaterio* (Tipografía Renacimiento, 1922).

Hasta la fecha nadie se ha ocupado de reunir las colaboraciones de la señorita Vallejo en periódicos de Guadalajara (*El Diario de Jalisco*, *El Mexicano*, *La Libertad*, *La Democracia Cristiana* y *Restauración*), Zacatecas (*La Verdad*, *El Celaje*, *El Filograma*), de Tepic (*El Orden*) y la ciudad de México (*El Correo de las Señoras* y *La Palabra*), así que todo investigador que quiera referirse a ella sólo cuenta con los documentos antes mencionados. Además, acostumbraba firmar sus textos en diarios o semanarios con diferentes seudónimos, como Sylvia, Rosa del Campo, Aquiles, Alcibiades, etcétera, y con su más frecuente anagrama, Ana Jovita Noell.

Vallejo perteneció a una familia de abolengo y no contrajo matrimonio ni tuvo hijos. Nació el 6 de febrero de 1842 y murió el 19 de mayo de 1939. Fueron

sus padres el abogado Jacobo María Vallejo y Fernández de Castro y Francisca Ruiz Pujadas y Piña. El ambiente familiar culto y holgado económicamente favoreció su trato con los escritores tapatíos, y su sensibilidad histórica y literaria la llevó a organizar reuniones culturales en su casa.

Su inicio en la poesía fue con la publicación de un poema que forma parte del libro titulado *Florilegio*, en 1860, en el que participaron varios jóvenes poetas amigos de Alfonso Lancaster Jones con motivo del estreno de su obra dramática, *Calaveras de ambos sexos*.

Juan B. Iguíniz se expresa así de Antonia Vallejo: «Se ha distinguido por su amplia ilustración, sus conocimientos filológicos y literarios y su erudición en nuestra historia, particularmente en la local de Jalisco [...] Su pluma ha producido mucho, ya en prosa, ya en verso y casi siempre bajo seudónimos o suscritos por sus iniciales».

De 1861 a 1884 Antonia Vallejo radica en Lagos de Moreno y cultiva amistad con el padre Agustín Rivera y Sanromán. Al regresar a su ciudad natal se integra en el grupo de sus amigos, Aurelio Luis Gallardo, Ireneo Paz, Francisco J. Zavala, Luis M. Rivera, Federico E. Alatorre, Clemente Villaseñor, Alberto Santoscoy, José María Vigil y, en fin, todos los escritores que se reunían en sus tertulias literarias. Asimismo la visitaban cuando viajaban a Guadalajara Juan de Dios Peza, José Peón y Contreras, Juan Hernández y Dávalos, Juan Rousset y José María Agreda y Sánchez, entre otros, quienes disfrutaban de su conversación y de sus conocimientos históricos y literarios.

Su longevidad no mermó ni sus fuerzas ni sus ánimos y siguió escribiendo siempre y recibiendo amistades del medio literario y científico. Varias de sus composiciones de carácter religioso fueron musicalizadas y aceptadas como himnos guadalupanos.

Los temas que ocuparon los escritos de Antonia Vallejo, tanto en prosa como en verso, son religión, patria, amistad, amor, naturaleza y algunos con tintes humorísticos, como señala Magdalena González Casillas: «Muchas poetisas dieron prueba de su capacidad creativa y de su delicadeza, pero tal vez ninguna igualó el sentido del humor y la constante fina ironía de Antonia Vallejo, incluso en su vejez lúcida y aguda».

OTRA AUTORA DEL SIGLO XIX que escribe en Jalisco es Refugio Barragán de Toscano, única escritora que incursionó en narrativa además de teatro y poesía. No es solamente la primera mujer jalisciense, sino la primera mujer mexicana que escribe novela. *Premio del bien y castigo del mal* (Imprenta de José Contreras, Ciudad Guzmán, 1884, con prólogo de Joaquín Silva) y *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado* (Tipografía El Católico, Guadalajara, 1887) son los títulos de las dos novelas que dio a conocer. La primera, escrita con intención de enaltecer los valores morales; y la segunda, cuyo argumento gira en torno a la leyenda muy conocida en la zona de Ciudad Guzmán sobre ladrones que asaltaban a los viajeros y que al huir desaparecían misteriosamente sin ser nunca aprehendidos.

Otro aspecto importante de esta jalisciense es el relacionado con la escritura de cuentos infantiles, como la obra titulada *Luciérnagas*, editada en 1905 por la Antigua Imprenta de Murguía. En ella ofrece relatos breves en ambiente mexicano, intercala algunos que tratan sobre hadas y palacios europeos y aporta la novedad de que algunas narraciones se continúan con los mismos personajes en otro cuento.

Se distingue también por sus trabajos en teatro infantil, como *Diálogos, monólogos y comedias para niños*, escritos en verso y que se dieron a conocer póstumamente, en 1933. Esta publicación contiene siete trabajos escénicos breves de niños y para niños: uno, cuyos personajes son profesora y alumna; luego, un diálogo de madre con su hija; el siguiente, una niña con sus muñecas; en otro, dos pequeñas y su mamá; hay un monólogo de una niña que perdió a su madre y un diálogo de hermanitos con madre y abuela. En medio de éstos da a conocer una obra con dos niños que representan «La paz y la anarquía». Además, fundó y dirigió el periódico *La Palmera del Valle* del 5 de febrero de 1888 al 16 de junio de 1889.

La biobibliografía más completa sobre Refugio Barragán es la escrita por el investigador tecolotlense Gabriel Agraz García de Alba.

Barragán es originaria de Tonila, Jalisco, en donde nació el 28 de febrero de 1843, hija de Antonio Barragán Sánchez y de Francisca Carrillo Aguilar. Estudió para profesora y obtuvo su título en la Normal de Colima en 1865. En esa ciudad dio a conocer sus primeros poemas y obras de teatro. En Zapotlán el Grande contrajo matrimonio con el profesor Esteban Toscano Arreola en 1869. Luego radi-

caron en Guadalajara. De los cuatro hijos que tuvieron, dos murieron pequeños y sólo sobrevivieron Salvador y Ricardo. Cuando éstos tenían siete y tres años, respectivamente, murió su esposo y comenzó para ella una vida de esfuerzos para continuar la formación de sus hijos. Trabajó como maestra y se trasladó a la ciudad de México en busca de mejores oportunidades. En aquella ciudad recibió ayuda de Rafaela Suárez, entonces directora de la Escuela Normal Nacional, quien la recomendó como profesora. Murió el 22 de octubre de 1916.

Si a Refugio Barragán de Toscano se debe históricamente el mérito de haber sido la primera mujer que escribe narrativa en México no lo es menos el hecho de que prefiera el tema de la infancia en la lírica y la dramática. Escribe para los niños sobre asuntos morales y religiosos con fines didácticos, además de lo escrito a sus propios hijos como hicieron sus contemporáneas. De este tipo destaca la publicada en 1883, por la Imprenta de Contreras en Ciudad Guzmán, *Cánticos y armonías sobre la Pasión. Obra religiosa escrita en prosa y en verso y dedicada a la niñez. Se comprenden en ella, los pasajes más interesantes de la vida de N.S. Jesucristo y las principales parábolas que dijo durante su peregrinación sobre la tierra.*

Otra obra es la titulada *Arpa infantil, poesías escritas para la niñez mexicana*, que se publicó de manera póstuma en 1921 por la Editora Cultura. Además, llama la atención el título de su trabajo *Páginas de oro para mis hijos*, de 1889, por el parecido con *Un libro para mis hijos*, escrito por José Rosas Moreno en 1881. Hay semejanzas y diferencias entre el texto de Rosas y el de Barragán; por ejemplo, ofrecen distinta estructura: Rosas integra su libro por capítulos con los buenos hábitos que quiere inculcar en breves párrafos numerados y con cuestionario al final de cada lección. Barragán lo hace a manera de carta. Coinciden ambos en que aunque se dirigen a sus propios hijos, consideran que su texto puede ser útil para cualquier padre de familia, además de afirmar que la felicidad se consigue con la práctica de las virtudes.

Uno de sus libros con temas religiosos es *La hija de Nazareth, poema religioso dividido en dieciocho cantos, desde la Concepción de María Santísima, hasta su gloriosa Asunción, con la salutación del Ave María*, en 1880. Con temas variados, en Ciudad Guzmán editó *Celajes de occidente. Composiciones líricas y dramáticas*, en 1880 por la Imprenta de J. M. Fuentes de Ciudad Guzmán.

En el drama en seis actos *Diadema de perlas o Los bastardos de Alfonso XI*, la autora toma un asunto histórico de la realeza española sobre los hijos que tuvo Alfonso XI con Leonor de Guzmán.

Lamentablemente no tenemos las obras completas de doña Refugio y de algunas sólo sabemos que existieron, como *Libertinaje y virtud o El verdugo del hogar* (drama trágico de costumbres en tres actos y en verso, Ciudad Guzmán, Tipografía de José Contreras, 1881) y *Las cuatro estaciones, zarzuela de fantasía* (1933), aparte de lo que dio a conocer en periódicos y revistas; otras no están registradas por ningún investigador, como lo demuestra el hallazgo reciente en una revista de Madrid de un ensayo sobre sor Juana Inés de la Cruz firmado en el siglo XIX por la señora Barragán, lo que no es difícil puesto que se acostumbraba enviar textos a España.

«La lira de la señora Barragán es tierna y expresiva; sus versos son fluidos y perfectos, y tan armoniosamente combinados, como bellos y completos [...] Su ardiente y soñadora imaginación reviste de un encanto indefinible la sencillez y humildad de las cosas que son sencillas y humildes, así como también llena de majestad e imponencia los asuntos elevados», escribió Diego Peregrina en 1886.

ÉSTAS CUATRO MUJERES DECIMONÓNICAS coinciden y se diferencian en ciertos aspectos de su vida y de sus obras: todas iniciaron su gusto por la lectura y la escritura de composiciones poéticas desde muy jóvenes. En el caso de Isabel Prieto y Refugio Barragán simultáneamente a la poesía comenzaron a escribir teatro.

Dos de ellas, Isabel y Antonia, recibieron educación esmerada como se acostumbraba en las hijas de familias de alta sociedad, que consistía en idiomas, música, literatura, bordados y cocina. Esther Tapia en su natal Morelia fue autodidacta y Refugio Barragán estudió para preceptora de primaria.

De las dos que perdieron a sus maridos, Esther alcanzó un alto nivel socioeconómico cuando contrajo matrimonio con Ignacio Castellanos y, en su viudez, siguió administrando los bienes de su esposo e incluso realizó un viaje a Estados Unidos y Europa con todos sus hijos. En cambio, Refugio tuvo que trabajar para mantener a sus hijos y padres una vez que enviudó.

En cuanto a sus propias familias, Isabel tuvo tres hijos (su hija, Blanca, falleció de año y medio); Esther, cinco (Luis, María, Ignacio, José y Enrique); Refugio, cuatro (murieron pequeños Alfredo y Arturo, le sobrevivieron solamente dos); y Antonia no tuvo hijos. El esposo de Isabel y un hijo de Esther fueron gobernadores del estado de Jalisco en diferentes momentos. Un nieto de Esther, Pedro Castellanos, fue sacerdote arquitecto, constructor de varios templos y del antiguo mercado de San Juan de Dios, entre otras obras notables. Los dos hijos de Refugio fueron célebres: Salvador Toscano por ser el introductor del cine en México y Ricardo como investigador astrónomo y geofísico, ambos ingenieros. Una de sus nietas, Carmen Toscano, periodista, poeta, escritora de teatro y televisión, fundó la revista *Rueca*; y el hermano de ella, Salvador, fue historiador especializado en temas prehispánicos.

Los años que vivieron cada una de ellas también es diverso: Antonia es la más longeva, 97 años; y la que vivió menos fue Isabel, 43 años; Esther murió de 55 o 60 y Refugio de 73.

Las cuatro colaboraron en publicaciones periódicas. Esther en *La República Literaria*, y Refugio Barragán fundó y dirigió su propio periódico, *La Palmera del Valle. Quincenal de carácter religioso, científico y literario*.

También hay diversidad en los géneros literarios en que incursionaron: Isabel escribe poesía, teatro y traduce; Esther, poesía y traducciones; Antonia, poesía, artículos periodísticos e historia; Refugio, cuento y poesía infantil, teatro, novela y poesía.

Ninguna de ellas buscó reconocimientos ni honores por su sincera modestia, pero sí hubo personas sensibles que las valoraron, impulsaron y apoyaron. Isabel formó parte de sociedades literarias y fue reconocida en la ciudad de México durante los años que vivió allí. Esther y Antonia fueron famosas en los círculos culturales en Guadalajara, en donde permanecieron. Antonia no perteneció a grupos literarios porque su propia casa fue cenáculo de escritores. Refugio no formó parte de ninguna asociación.

Las cuatro dejaron textos en forma de libros además de lo desperdigado en periódicos. Las tres casadas escribieron sobre sus hijos. La temática de los escritos de todas ellas es muy semejante.

Todas escribieron hasta el final de sus vidas, menos Esther pues sufrió la amputación del dedo pulgar de la mano derecha. Isabel escribe —o dicta— en el mismo mes en que muere a pesar de la gravedad de su enfermedad. Antonia tiene poemas fechados siendo nonagenaria. Refugio en sus últimos años, participó en el acontecimiento pionero del cine, desde Atlixco, Puebla, donde administró el Salón Pathé. Mientras acompañaba a sus hijos en sus aventuras científicas y profesionales, no dejaba de escribir.

Ahora todas están olvidadas, a excepción de Refugio Barragán de Toscano quien no pierde vigencia por las constantes ediciones que hacen las autoridades municipales en Ciudad Guzmán de su novela *La hija del bandido*. La más reciente es de 2013.

Francisco Zarco escribió en la *La Ilustración Mexicana* que:

Sin dejarnos llevar por un ciego espíritu de galantería, decimos que entre las mejores composiciones de *La Aurora*, deben contarse las escritas por personas del bello sexo. Estas composiciones son tales, que en cuanto a mujeres que cultiven las letras, la superioridad de Guadalajara sobre el resto de la República es incontestable [...] Bajo el cielo purísimo de Jalisco, en medio de ricas bellezas naturales, bajo el sol ardiente y en un clima feraz y abrasado, natural es que la mujer participe un tanto de las cualidades del suelo en que se abren sus ojos a la luz. Así ha sucedido; las poetisas jaliscienses que modestamente ocultan sus nombres, sienten verdadera, profunda inspiración, y se hallan adornadas de una imaginación atrevida y vigorosa. Sus versos respiran armonía, revelan sensibilidad, y tienen la frescura y el encanto de todo lo que lleva el sello de la juventud y de la mujer.

En los siguientes cuartetos con el mismo tema se podrá apreciar, de una manera somera, las cualidades poéticas de cada una de ellas.

Duerme una niña inocente
en blando lecho de flores,
de la aurora a los fulgores
y al murmullo de la fuente.

Isabel Prieto

Bello es ver en las mañanas
tus alfombras de verdura
y la apacible espesura
del verde cañaveral.

Esther Tapia

Y bendije mi fortuna
cuando en la noche miraba
que en el cristal se quebraba
la tibia luz de la luna.

Antonia Vallejo

El agua cristalina
saltando del peñasco,
bordaba caprichosa
sus formas de alabastro...

Refugio Barragán

El mejor juicio de valor sobre el trabajo literario de estas cuatro escritoras lo tiene, como siempre, el lector; así que en las muestras que se ofrecen en las siguientes páginas se procuró seleccionar los textos que puedan llevarlo a un mínimo acercamiento.

Isabel Prieto de Landázuri

(Alcázar de San Juan, España, 1833-Hamburgo, Alemania, 1876)

La plegaria

A mi hijo

Antes de dormir, bien mío,
cruza tus manitas blancas,
y con tu voz de querube
eleva a Dios tu plegaria.

La oración del inocente,
serena e inmaculada
sube más presto a los cielos
de su pureza en las alas.

Es una hora muy dulce;
tendió ya la noche clara
su azul y diáfano velo
que las estrellas esmaltan.

La tibia luz de la luna
ilumina el panorama
y en las aguas de la fuente
deja una huella de plata.

Uno de sus blancos rayos
penetra por la ventana,
y atravesando los pliegues

de la transparente gasa,
que envuelve tu blando lecho
como una nube argentada,
con una dulce caricia
tu frente de rosa baña.

Vamos a orar, hijo mío,
que ya a la oración te llama
el armonioso concierto
que la natura levanta,
en esta hora solemne,
misteriosa y sosegada.

Oye el rumor del arroyo,
del aura la queja blanda,
que acariciando las flores
susurra entre la enramada;

del postrer trino del ave
la nota indecisa y vaga,
que en sus alas de zafiro
tibia la brisa arrebató;

es una oración, mi vida,
que pura y ferviente alzan
los céfiros y las flores,
los árboles y las aguas,
las aves y los insectos
que zumban entre las ramas.

Fija en el cielo un instante
tu transparente mirada,

y admira el fulgor sereno
que las estrellas derraman.

Es el lenguaje sublime
con que al Creador alaban,
y su grandeza pregonan,
y su omnipotencia aclaman.

Es su oración, hijo mío,
que en luz los astros exhalan,
como en aroma las flores,
como en suspiros las auras.

Vamos a orar... No te duermas,
cruza tus manitas blancas,
y con tu voz melodiosa
eleva a Dios tu plegaria.

La oración es el perfume
más delicado del alma,
la esencia del sentimiento
hondamente concentrada.

Es la súplica más tierna,
el himno de la esperanza,
la bendición del dichoso,
del desdichado la lágrima;

la ofrenda de la inocencia,
a Dios tan dulce y tan grata,
que la plegaria de un niño
puede lavar muchas manchas.

Vamos a orar; Dios te escucha,
rápida la noche avanza,
y para llevarla al cielo
tu ángel tu oración aguarda.

«Madre», el niño le contesta,
después de una corta pausa,
mientras con sus dos bracitos
el materno cuello enlaza.

«Tú quieres que con Dios hable
y Dios a mí no me habla,
y pues que no me responde,
es que no oye mis palabras.»

Selló un beso de la madre,
la boquita nacarada
que su candorosa queja
gravemente pronunciaba.

«Dios te habla siempre, alma mía,
do quier su voz soberana,
a tu oración respondiendo
se escucha elocuente y clara,
en el sol que te calienta,
en las sonrisas del alba,
en el aire que respiras,
en los goces de tu infancia,
en los besos cariñosos
del padre que te idolatra,
y en el amor infinito
que mi corazón te guarda.

Dios a las madres inspira
la inmensa ternura santa
con que al hijo tierno adoran
desde que a la tierra baja;
Dios a las madres ha dado
la previsión delicada
con que comprenden al niño
que su auxilio les demanda
en ese mudo lenguaje
que en un sollozo se escapa.
Mil veces cuando en tu lecho
tranquilamente descansas,
sabiendo que tienes frío,
por intuición sobrehumana
vengo a cubrirte anhelosa
desde la próxima estancia
es que una voz de los cielos,
que sólo una madre alcanza,
le advierte cuando padece
el hijo de sus entrañas.
Cuando te digo: hijo mío,
sé bueno, al prójimo ama,
socorre al necesitado,
piadoso los males calma,
Dios por mi labio, alma mía,
estos preceptos te manda,
que por la voz de una madre
Dios siempre a los hijos habla...
Así, ponte de rodillas,
dame tus manos cruzadas,
reclina en mi hombro tu frente
que blando beleño empapa,

y comienza.» Con voz dulce,
que el sueño en su sombra apaga
el rubio niño repite:

«Dios mío, yo te doy gracias,
porque de ti todo bien
y toda dicha dimanan.
Como eres padre de todos,
con sencilla confianza
mi súplica fervorosa
a ti el corazón levanta.
Te pido por el que sufre
sumergido en la desgracia;
te pido por el culpable
que tus preceptos quebranta;
a mis padres que me adoran,
cuida, Dios mío, y ampara,
que ser huérfano es bien triste
me ha dicho mi madre amada.
Hazme bueno y obediente
y perdóname mis faltas,
y antes que me entregue al sueño,
que ya mis ojos empaña,
tu bendición, Dios piadoso,
que del mal defiende y salva,
en los besos de mi madre
sobre mi frente derraman.»

Al terminar débilmente,
estas últimas palabras
en los maternales brazos
dormido el niño resbala.

El ángel custodio entonces
el blanco lienzo separa,
y contemplando a la madre,
que sobre el hijo inclinada,
su dulce y tranquilo sueño
con débil canto arrullaba,
sobre el cariñoso grupo
tendió las diáfanas alas;
y de los labios del niño
recogiendo la plegaria,
cuyos últimos acentos
aun indecisos vibraban,
alzando el vuelo murmura
con voz apacible y blanda:

«Voy a llevar a los cielos
tu oración inmaculada;
pero me alejo tranquilo
pues que tu madre te guarda.»

La paz

Entre sangre y escombros y ruina,
tropezando con míseros despojos,
triste cubriendo los llorosos ojos,
se adelanta una blanca peregrina;

al paso sin embargo que camina,
brotan flores ahogando los abrojos,
y un sol de fuego de reflejos rojos
toma una luz purísima y divina.

Al llegar de mi patria a los umbrales,
viéndose recibida con anhelo:
«En gozo eterno trocaré tus males»,

dijo elevando su semblante al cielo;
«Verteré sobre México a raudales
con mi llanto de amor, dicha y consuelo».

Guadalajara, 14 de septiembre de 1861.

*Al desgraciado autor de
«Un tipo del siglo»*

Tú que así a la mujer has concebido,
y con tan negras sombras la has pintado,
¿no has sido, por tu mal, jamás amado,
ni lo que es el amor has comprendido?

¿Una madre amorosa no has tenido
que tu sueño infantil haya arrullado,
ni el beso fraternal, puro y sagrado,
del labio de una hermana has recibido?

Si de una casta esposa la ternura,
de una madre el afecto sobrehumano
hubieras conocido, en tu locura

no ultrajaras con labio audaz, profano,
a la que es el consuelo y la ventura
del niño, del adulto y del anciano.

*Al autor de
«Gracias de las hembras»*

Si es la mujer tan vana como necia,
si de su propio hechizo se enamora,
si díscola riñendo se desdora,
si ignorante confunde Roma y Grecia;

si aprecia siempre a aquel que no la aprecia
y sin motivo ríe, goza o llora;
si desprecia cruel al que la adora
e idolatra al que altivo la desprecia;

¿no merece de necio el justo apodo
el que buscando amor, dicha y placeres,
siembra sus ilusiones en el lodo

cifrando su ventura en las mujeres?
Filósofo, poeta, y sabio, y... todo,
¿por qué por monstruo tal, de amor te mueres?

México, 20 de diciembre de 1869.

Tristeza

A mi marido

¿Dónde está nuestro cielo luminoso,
siempre tan puro, azul y transparente?
¿Dónde ese bello sol siempre esplendente
que alumbra sonriendo nuestro Edén?
¿Dónde están las mañanas deliciosas,
de luz, de encanto y de perfumes llenas;
nuestras tardes templadas y serenas;
nuestras brisas de lánguido vaivén?

¿Dónde están esos celajes sonrosados
que coronan la frente de la aurora;
los que en la tarde, de carmín colora
del sol poniente la postrera luz?
¿Dónde están esos crepúsculos radiosos
que de topacios la lucerna puebla,
mientras se envuelven de argentada niebla
en el ligero diáfano capuz?

¿Dónde están esas noches majestuosas
en que reviste deslumbrante el cielo
su azul manto de oscuro terciopelo
que borda de diamantes el Señor?
¿Dónde la luz plateada de esa luna,

de esperanza y recuerdos mensajera,
que hizo brotar mi inspiración primera
con su blando y purísimo fulgor?

¡Lejos, muy lejos! Entre pardas sombras
aquí oculta su luz el firmamento;
se oye el gemir del destemplado viento
cual sollozo de herido corazón.
Cubre el blanco sudario de la nieve
una naturaleza muerta, fría,
cuya lúgubre queja de agonía
aún vibra en este triste panteón.

Tal vez cercana al fin de mi existencia,
que en medio de agudísimos dolores
ha ornado Dios con las benditas flores
que sólo los afectos pueden dar;
no quiero que este cielo nebuloso
de abrigo sirva a mi mansión postrera;
en esta tierra helada y extranjera
no quiero el sueño eterno reposar.

Quiero que me transporten algún día,
aunque se encuentre por mi mal distante,
a ese rincón de tierra que anhelante
do quiera el alma en sus ensueños ve.
Quiero dormir en el modesto asilo,
bajo la misma funeraria losa
en que su sueño postrimer reposa
el padre que en la tierra idolatré.

Hamburgo, noviembre de 1874.

El colibrí

Hijo mío, no te muevas,
no te muevas, porque espantas
ese lindo pajarillo...
¡Oh! Mírale entre las ramas
de esa espesa enredadera...
¡Cómo le brillan las alas
y el pecho! Es un ramillete
de rubíes y esmeraldas
que en el aire perfumado
se balancea con gracia,
lanzando vivos destellos
del sol a la ardiente llama.
Mírale junto a esa rosa
que sacudiendo gallarda
los diamantes del rocío
que sus pétalos esmaltan,
parece que le sonríe
ruborizándose casta,
al ofrecerle en un beso
la miel que su cáliz guarda.
El rojo clavel parece
que sus amores le canta,
cuando la alegre avecilla

cerca de su lado pasa;
y la tímida violeta
la frente modesta alza,
y en su celeste perfume
un blando suspiro exhala.
Mientras tanto el ave inquieta
el vergel recorre rauda,
y enamorando las flores,
de una flor a la otra vaga.

¿A dónde vas, inocente
avecilla descarriada?
¿Por qué el vergel abandonas?
¿Qué buscas en esta estancia?
¡Ay! La realidad dejando
por una quimera vana,
dejas el pensil florido
y en tu loca petulancia
a una prisión te introduces
que te acongoja y espanta.
Entre estas cuatro paredes
el aire libre te falta
y salir no puedes de ellas
por más que de salir tratas.
En redor del aposento
revuelas desesperada,
y vuelves al mismo punto
que de abandonar acabas.
Tendiendo hacia arriba el vuelo
te alejas de la ventana
cerrándote la salida
en tu ansiedad de buscarla;

y ciega, inquieta, jadeante
hasta el techo te levantas,
y contra él en tus angustias
tu cuerpecillo maltratas.
Así el corazón herido
por experiencias amargas
en un círculo de hierro
se agita con furia insana;
y pretendiendo librarse
del torcedor que le mata,
en esa lucha impotente
más hondo el puñal se clava.

Tierna, infelizavecilla,
tu agudo tormento calma...
No te asuste ni te alarme
la oscuridad momentánea.
Voy a salvarte... No tiembles,
es crueldad necesaria;
y el leve mal de un instante
tu bien duradero labra.
¡Oh! ¡Pobrecilla! Aturdida
por la transición tan rápida
de la luz a las tinieblas,
has caído al suelo... salta
tu inquieto corazoncito
que un hondo terror taladra.
No temas, voy a salvarte;
ya abierta está la ventana,
voy al instante a volverte
a tu libertad amada...
Y el colibrí sacudiendo

las leves, brillantes alas,
al jardín desde mi mano
rápidamente se lanza.
¡Con qué delicia el ambiente,
aspira de la mañana!
¡Ya al sol extiende sus plumas,
y en el rocío se baña
que en la corola de un lirio
ha depositado el alba!
Al fin el vuelo remonta,
y con graciosa elegancia
elevándose en los aires
la pared del jardín salva,
y en el éter transparente
se confunde en lontananza.

Así nuestra alma inmortal
en la materia encerrada
se agita, lucha y padece,
sin poder romper las trabas
que la ligan a este mundo
de dolor y de desgracia.
Mas llega la hora suprema
en que la muerte desata
los vínculos terrenales
que del cielo la separan;
hora de angustia terrible,
hora de crueles ansias,
de oscuridad y martirio,
de agitación y de alarma.
Pero leal mensajera
de consuelo y esperanza,

las puertas abre a otra vida
hasta ese instante cerradas;
y exenta de los dolores
de la condición humana
en el espacio se eleva
libre y satisfecha el alma,
hasta otra región más pura
en donde el mal no la alcanza...
Como el ave prisionera,
después de ruda batalla,
vuelve a su primer mansión
do paz y dicha la aguardan.

Tacubaya, julio de 1871.

¡Oh, patria mía!

Era una tarde como mi alma triste;
de espesa niebla el cielo se cubría,
la ciudad a lo lejos se perdía
medio envuelta en su lúgubre cendal.
El mar color de plomo reflejaba
el oscuro y pesado firmamento,
soplaba frío y penetrante el viento
murmurando una queja funeral.

Abrumada de pena y desaliento
el sombrío paisaje contemplaba,
y el llanto que mi pecho sofocaba
dejé un instante en libertad correr.
Los recuerdos queridos de la patria
evocaba uno a uno en mi amargura...
Cuando vi en medio de la niebla oscura,
de súbito mi musa aparecer.

Con la fresca guirnalda desprendida,
a la tierra las alas inclinadas,
húmedas y abatidas sus miradas
se acercó triste y cariñosa a mí.
«Adiós», me dijo con acento blando,

poniendo un beso en mi abatida frente:
«Si sufre aquí tu corazón doliente
también mi corazón padece aquí.

Más dichosa que tú, tendiendo el vuelo
de nuevo voy a atravesar los mares;
voy a esperarte en tus amados lares;
voy a sentarme a tu desierto hogar.
Yo no puedo vivir entre estas nieblas
que me sofocan en su denso velo;
de nuestra patria el trasparente cielo
siempre limpio y azul voy a buscar.

Voy a decir a los que tanto te aman
y lloran tanto tu penosa ausencia,
que si es triste y amarga su existencia,
triste y amarga tu existencia es;
que te mueres aquí cual yo me muero,
devorada de angustia y de tristura;
que todo envuelto con la sombra oscura
de tu profundo desaliento ves.

Cuando del sol los últimos reflejos
rosada nube en occidente guarde;
cuando la brisa al expirar la tarde
murmure con dulcísimo rumor.
Cuando se exhale el lánguido perfume
del cáliz inclinado de las flores
e ilumine los anchos corredores
de blanca luna el pálido fulgor.

Yo estaré allí vagando entre las ramas
del verde enebro y del rosal florido;
yo estaré en el tristísimo gemido
del aura suave que suspira allí.
Yo vagaré en el rayo de la luna
más puro haciendo su fulgor plateado...
recorreré tu hogar abandonado
en esa hora tan dulce para ti.

Y llevando en mis alas tu recuerdo
a los seres que te aman, en su oído
de tu dolor el lánguido gemido
y tu esperanza fiel murmuraré.
Y para ellos seré como una parte
de tu alma misma que en su busca vuela,
y cariñosa por su dicha vela
y sus pesares invisible ve.

¡Adiós! Cuando al volver a nuestra patria
oigas el noble grito de victoria,
y el resplandor inmenso de su gloria
enajene tu ardiente corazón.
Cuando veas flotar en las alturas
de libertad el soplo balanceado,
triunfante, aunque sangriento y desgarrado
de México glorioso el pabellón.

Olvidarás que tímida cantora
apenas osas elevar tu acento,
dará a tu voz un noble atrevimiento
de ese triunfo la santa majestad.
Y pulsando la lira del poeta

que las hazañas del valor pregona,
dando a los héroes inmortal corona
el himno entonarás de libertad.»

Dijo, y tendiendo sus azules alas
rápida atravesó la niebla espesa,
como el rayo de luz que le atraviesa
cuando el arcoiris sobre el mar se ve,
yo al contemplar su huella luminosa
que entre las pardas nubes se perdía,
sobre mi inspiración que rauda huía,
más amargo mi llanto derramé.

San Francisco, California, 8 de abril de 1864

Las dos flores

(Drama en cuatro actos y en verso [fragmento])

En esta obra se desarrolla la disputa psicológica del poeta Carlos, que está enamorado de Julia —esposa de Gonzalo— y el amor de Magdalena por Carlos, que no es correspondido. Al final vencen el deber y el honor y Carlos y Magdalena contraerán matrimonio. El título se refiere a que Carlos recibe una flor de cada una de las dos mujeres. Presentamos las ocho primeras escenas del primer acto.

* * *

Personajes:

JULIA

MAGDALENA

CARLOS

GONZALO

ANDRÉS

PABLO

DON PASCUAL

DOÑA TOMASA

ROSA

La obra transcurre en la ciudad de México, en casa de Gonzalo en 1860.

ACTO PRIMERO:

Sala amueblada lujosamente; puerta en el fondo; a la izquierda una ventana, a la derecha, en primer término, un piano abierto, con partituras; en segundo, una puerta que conduce al interior; en medio una mesa redonda, con un jarrón de flores; cuadros, espejos, etcétera. Crepúsculo de la tarde.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón, aparecen Julia y Magdalena sentadas cerca de la ventana, trabajando en alguna labor; Carlos de pie, junto a la mesa, leyendo unos versos.)

CARLOS: *(leyendo)* — «¡Amar, dulce palabra, deliciosa,
que el joven corazón llena y embriaga!
¡Amar, bella ilusión color de rosa,
que el alma tierna e inocente halaga!
De los sueños divinos de la tierra,
sueño del corazón, el más querido;
celeste acento que en su seno encierra
una dicha que nadie ha comprendido.
El corazón que, a la existencia entrando,
sueña, doquier, felicidad y amores,
esa palabra mágica escuchando,
juzga el mundo un edén de luz y flores;
en el candor de su infantil pureza,
desafiando, atrevido, el sufrimiento,
le basta a ser feliz con la grandeza
de un inmenso, profundo sentimiento;
embriagado de dicha y de ternura,
sintiendo, con placer, que vive y ama,
piensa que no hay angustia, ni tortura,
que pudiera apagar su viva llama.»

JULIA: —Y esa confianza completa
de un alma tierna y ardiente,
¿la sentís, Carlos, realmente,
o es... el canto del poeta?

MAGDALENA: —¡Julia!

JULIA: Toda esa ternura
que pintan con tal ardor,
muchas veces, más que amor,
me parece calentura...
Pero proseguí...

CARLOS : —No sé
si me atreva, a la verdad...

JULIA: —¿Por qué?

CARLOS : —No tenéis piedad....

JULIA: —Ya callo.

CARLOS: —Proseguiré.

(Lee) «¡Y es todo una ilusión! Llegan momentos
en que del corazón lleno de vida,
de esperanza y de fe, los sentimientos
se escapan con la sangre de su herida...
Víctima de una duda cruel, sombría,
por desengaños mil despedazado,
queda del corazón que antes sentía,
un esqueleto seco y descarnado...
En desolada calma que nos hiela,
en un letargo estúpido sumido,
momentos hay en que un dolor se anhela
que arranque a ese cadáver un latido...»

MAGDALENA: —En la quejosa expresión
de ese amargo sentimiento,
hay un doloroso acento
que penetra el corazón...

Es preciso que sufráis
hondamente...

JULIA: —Magdalena
toma a lo serio la pena
que con tal fuego pintáis...

MAGDALENA —Pero me parece a mí
que para expresar...

JULIA: —¡Qué fuera
del poeta que sintiera
todo lo que expresa así!
Esos mustios corazones
que lloran, desesperados,
sobre los restos helados
de sus muertas ilusiones,
decid, Carlos, ¿no es verdad
que, por su dicha, no son
tan dignos de compasión
cual parecen?

CARLOS: —¡Qué crueldad!
Ya que de mi padecer
en dudar os obstináis,
¿por qué, al menos, no dejáis
a Magdalena creer?

JULIA: —Pues no me parece, a fe,
que mi severa opinión
le haya hecho gran impresión.
¿No es cierto, prima?

MAGDALENA: —Yo sé que ese acento de verdad...

JULIA: —¿Te hizo temblar y sufrir?

MAGDALENA: —Pero deja proseguir a Carlos.

JULIA: —Sí, continuad...

CARLOS: (*leyendo*)

—«¿Y esto es vivir?, ¿es ésta la existencia
que nos hizo entrever, pura y hermosa,
el divino fulgor de una creencia,
el anhelo de un alma cariñosa?
¿Esto es vivir? ¿El hondo sentimiento,
luz, encanto, esperanza de la vida,
es el sueño engañoso de un momento,
una ilusión tan bella cual mentida?
Al morir la pasión, inmensa y pura,
que juzga eterna el alma a quien abrasa,
cuando, cual la ilusión, cual la ventura,
cual todo aquí, se desvanece y pasa,
nada le queda al corazón herido
que por ella vivir no más quisiera;
y, en montón de cenizas convertido,
ni de un mundo mejor la dicha espera...»

JULIA: —¿Lloras, Magdalena?

MAGDALENA: —¡Yo...!

JULIA: —No seas niña, que ese muerto
corazón no está, por cierto,
tan muerto cual lo pintó...

CARLOS: —Magdalena... (sí, ella llora)
y Julia... (¡no sé qué siento!)

JULIA: —Venid, Carlos, un momento,
a consolármela ahora...

CARLOS: (*acercándose a Magdalena*)
—Magdalena, no lloréis;
no hay tan puro corazón
que merezca esa emoción,
ese llanto que vertís;
no os aflija ese gemido

que arranca crudo tormento;
no lloréis de sentimiento,
vos, que nunca habéis sufrido.

JULIA: —¡Buen modo de consolar!
Yo te diré, Magdalena,
que toda esa amarga pena,
no le impedirá bailar.

CARLOS: (*cambiando de tono*)
—¡Y bien!, sí, tenéis razón,
¿no es necedad y locura
entregarse a la amargura
de una doliente ilusión?
No os aflijáis, Magdalena;
ese dolor que os inquieta
es un canto de poeta
que en un sueño se enajena:
no os imaginéis jamás
que he sentido lo que canto;
ese profundo quebranto,
ni lo comprendo, quizás:
he hallado siempre la vida
bella, serena, radiante;
no he llorado un solo instante
mi ilusión desvanecida:
¡cómo gemir y llorar
si brinda tantos placeres!
¡Si hay tan hermosas mujeres
a quienes ciego adorar!

MAGDALENA: (—Extraña contradicción!
Con su dolor padecí,
y al oírle hablar así
se me hiela el corazón.)

CARLOS: —Porque una mujer un día,
tal vez, infiel me ofendió,
y, sin piedad, marchitó
la flor de la vida mía,
¿he de entregarme al pesar,
he de olvidar el placer,
cuando en vez de una mujer
puedo otras mil adorar?
Porque nadie comprendió
lo que se encierra en la mente,
y hubo quien necio, demente,
tal vez, me consideró,
¿he de llorar y sufrir?,
¿he de gemir angustiado?,
¿he de vivir desolado,
cuando es tan bello vivir?
No; yo quiero de la vida
los placeres y las flores;
quiero que en sueño de amores
goce el alma adormecida;
quiero dejarme arrastrar
por su ruidosa alegría,
y, como Julia decía,
quiero reír y bailar.
¿Jamás os habéis hallado
en una alegre reunión,
en un brillante salón
lujosamente adornado?
¿Jamás os habéis sentido
conmovida dulcemente
por la impresión que se siente
de la música al sonido?

¡Es tan dulce contemplar
esas mujeres hermosas,
tan frescas y tan graciosas,
ante la vista pasar!
Vos no podéis comprender
lo que podemos sentir
si logramos oprimir
la mano de una mujer;
la viva y honda impresión
que llena el alma agitada,
al sentirla, así, apoyada
sobre nuestro corazón.

JULIA: — ¡Loco!

CARLOS: — ¿Por qué? ¿Porque admiro
extasiado lo que encierra
de más hermoso la tierra,
y por la mujer deliro?

MAGDALENA: (¡Ay!, ¿es éste el corazón
que ardiente y tierno juzgaba?
¡Pobre de mí, que soñaba
y fue sólo una ilusión!)

JULIA: — ¿Ves ahora, prima mía,
que ese hondo tormento era
solamente una quimera
en que él mismo no creía?

MAGDALENA: — Sí, Julia, tienes razón;
mas, al oírlo, juzgaba
los acentos que escuchaba
un grito del corazón...
¡Cómo pudiera pensar
que esos versos, tan sentidos,
no eran los hondos gemidos

del más amargo pesar!
¡Qué quieres!, Julia, yo veo
visiones siempre doquiera,
y en la más loca quimera
sin vacilar, necia, creo.

CARLOS: —Sois muy severa.

MAGDALENA: —¿Por qué?

JULIA: —No te admires; pero ahora,
voy a ser su defensora,
yo, que antes le condené.
Si una penosa impresión
sentiste, prima, al saber
que encuentra en cada mujer
nuevo objeto a su pasión;
ese loco desvarío
no te haga juzgarle mal...
¡Dicen que es tan general!

MAGDALENA: —Pero un poeta, ¡Dios mío!

JULIA: —Así, de indulgencia escasa,
les niegas, sólo, el perdón,
porque has creído que son
hechos de distinta masa...
Ángeles, un triste día
arrojados del edén...
Escuchad, Carlos, también
entiendo de poesía...

CARLOS: —Sin duda; ¿ni quién mejor
que vos sentirla pudiera?
¡Vos, la imagen hechicera
de la gracia y del amor!

JULIA: —Sois muy galante.

CARLOS: —No sé
si será galantería;
os dije lo que sentía.

JULIA: —Entonces os crearé.

CARLOS: (¡Cuán dulce, cuán candorosa,
en su infantil travesura
es la expresión suave y pura
de su sonrisa graciosa!)

JULIA: —Lo del baile, Magdalena,
mal me pudiera admirar;
te confieso que bailar
me entusiasma, me enajena...
Viva impresión de alegría
llena el alma embelesada,
al sentirse arrebatada
en alas de la armonía...
El adornado salón,
los trajes de mil colores,
y las luces, y las flores,
el ruido, la animación,
me han hecho siempre gozar;
y aunque es una niñería,
¡qué quieres!, amiga mía,
es mi delirio bailar.

MAGDALENA: —Es gran dicha que tu esposo
encuentre el mismo placer.

JULIA: —Él tan sólo con saber
que estoy contenta, es dichoso.
Siempre amante, siempre atento
en su profunda ternura,
ni una sombra de amargura
ha turbado mi contento:

ha sido esta tierna unión
en dos años, Magdalena,
fuente de dicha serena,
la vida del corazón.

CARLOS: — ¡Sois muy feliz!

JULIA: — Si se encierra
en un recíproco amor
la felicidad mayor
que existir puede en la tierra.

CARLOS: (No sé qué hechizo fatal
se encuentra en esta mujer;
verla me hace estremecer,
escucharla me hace mal.)
— Me voy ya.

MAGDALENA: — ¿Tan pronto?

JULIA: — Os ruego,
pues de las bellas gustáis
tanto, Carlos, que volváis...

CARLOS: — Con gran placer. (*Se retira.*)

JULIA: — Hasta luego.

ESCENA SEGUNDA

(*Julia y Magdalena, que ha seguido con la vista a Carlos hasta que desaparece.*)

JULIA: — ¿En qué piensas, prima?

MAGDALENA: (*sorprendida*)
— ¡¿Yo?! ¡En nada!

JULIA: — Pues juraría
que adivinarlo podría...
¿Quieres que adivine?

MAGDALENA: — ¡No!

JULIA: —¿Qué tienes?

MAGDALENA: —Nada... No sé...

Siento mala la cabeza...

JULIA: —Te devora honda tristeza,
y me lo ocultas, ¿por qué?
Tiempo hace que en tu semblante
oscura nube se extiende,
que las hondas penas vende
del corazón delirante:
hace tiempo que sombría,
pensativa, distraída,
pasas las horas sumida
en negra melancolía.
¿Qué tienes? En tu aflicción
huyes esquivo de mí;
¿no es el mismo para ti
mi afectuoso corazón?

MAGDALENA: —Sí, Julia, sí; dulce, buena,
en tu cariñoso anhelo,
has sido siempre el consuelo
de tu pobre Magdalena:
no creas ingrato ni injusto
mi corazón; sin querer
te hago, prima, padecer
con mi carácter adusto.
¡Qué quieres! No es culpa mía;
tú bien sabes si evitar,
aun la sombra de un pesar,
a tu alma tierna querría...
Mas no te figures, no,
que el dolor mi pecho hiera;

te engañas, esa quimera
tu inquieta amistad forjó.

JULIA: — Así, ¿fue un error?

MAGDALENA: — Ya ves
que sí.

JULIA: — Me alegro; que espero
que vuelva Carlos, y quiero
que amable y contenta estés.

MAGDALENA: — ¡Yo!, ¿para qué?

JULIA: — ¿No has notado
la dolorosa expresión
de su acento, su emoción,
su aire triste, preocupado?

MAGDALENA: — No, en verdad; es un extraño
carácter, que no he podido
penetrar.

JULIA: — Es que ha sufrido
más de un triste desengaño.

MAGDALENA: — ¡Ah!

JULIA: — No puede comprender
tu sencillo corazón,
la extraña contradicción
que reina en su proceder.
Porque al oírlo expresar
con entusiasmado acento,
la fuerza del sentimiento
que hace su lira sonar,
un solo instante después
escucharlo te hace mal,
si frívolo, insustancial,
un hombre distinto es.

MAGDALENA: —Tienes razón, prima mía;
la dolorosa impresión
que siente mi corazón
expresarte no podría,
al pensar que el alma ardiente,
que en él soñaba encontrar,
es sólo un alma vulgar
que lo que dice no siente.
Versos tiernos y sentidos
que la mente absorta llenan;
versos dulces que enajenan,
cual melodiosos sonidos;
y todo se encierra allí;
son palabras, nada más,
que ni comprende quizás.

JULIA: —No, no lo juzgues así.
Nadie pudiera mejor
un dulce afecto sentir;
pero amor lo hizo sufrir;
y se burla del amor.
Es un noble corazón,
sólo para el bien nacido,
que sus yerros ha debido
a su amarga decepción;
de esas almas escogidas
llenas de sueños de gloria,
del triste mundo en la escoria
por su desgracia caídas;
almas de fuego, que al ver
que nadie en su derredor
a su noble, inmenso ardor,
supiera corresponder;

que sintiendo, al despertar
de su ilusión esplendente,
que era un sueño solamente
y ya no pueden soñar;
olvidando la alta esfera
do su aspiración las llama,
del fuego que las inflama
la llama imperecedera;
se dejan arrebatar
del mundo en el torbellino:
es culpa de su destino,
no los debes condenar.

MAGDALENA: —Quizá injusta lo juzgué,
y lo siento, prima mía.
No sé por qué me afligía...

JULIA: —Sospecho que yo lo sé...

MAGDALENA: —¿Qué quieres decir?

JULIA: —Que es vana
tu reserva; que sufriste
cuando necio lo creíste
por... por caridad cristiana.

MAGDALENA: —¡Julia!

JULIA: —Tú inquieta, sombría;
él sombrío, preocupado;
él de tristeza abrumado;
tú tan triste, prima mía.
¡Vamos!, no sé qué pensar
y me vuelvo loca a fe...
¿Qué pensarías tú?

MAGDALENA: —No sé
lo que quieres indicar.
Amo a Carlos tiernamente,

con la más pura amistad,
como al amigo, en verdad,
siempre atento, complaciente;
que en todo tiempo ha tratado,
cariñoso, de evitar
cuanto puede lastimar
mi corazón delicado;
mas mi justa estimación
no es exaltada ternura...

JULIA: —¿Te digo yo por ventura,
que lo quieres con pasión?

MAGDALENA: —¡Prima!

JULIA: —Vamos; sé sincera;
¿por qué te obstinas así
en negarlo?, ¿no soy, di,
tu hermana, tu compañera?

MAGDALENA: —¿Yo, Julia? Pero has
pensado...

JULIA: —Que lo amas, y con razón:
es un noble corazón,
bien digno de ser amado.
Confíésalo.

MAGDALENA: —Pues que así
lo quieres, confesaré:
lo que yo siento no sé;
él nada siente por mí.

ESCENA TERCERA

(Julia, Magdalena, Gonzalo, con una caja de cartón)

GONZALO: —¿Adivinas, Julia mía,
lo que me hace tan temprano
volver a casa esta noche?

JULIA: —No me parece, Gonzalo,
difícil de adivinar,
es, a mi entender, bien claro:
has venido para verme,
para buscar, a mi lado,
de tus penas el alivio,
de tus goces el encanto...
¿No es cierto?

GONZALO: —Sí, vida mía,
tienes razón, sólo hallo
la dicha cerca de ti,
tu dulce voz escuchando,
en tu mirada embebido,
con tu sonrisa extasiado...

JULIA: —¡Gonzalo!

GONZALO: —Pero esta noche
he tenido, sin embargo,
otro motivo además,
grave, serio, extraordinario.

JULIA: —¿Y cuál es? Mas, ¿qué contiene
esta caja?

GONZALO: —Ten cuidado,
es el misterio en cuestión...

JULIA: —¿Un misterio?, pues la abro:
acércate, Magdalena.

GONZALO: —No seas curiosa.

JULIA: —¡Un peinado!
¡Qué hermoso!

GONZALO: —Dos: recordé
que son las rosas tu encanto
(*a Magdalena*):
¡Y a ti, te sienta tan bien
el azul!

MAGDALENA: —Gracias, Gonzalo.

JULIA: —¡Oh, qué lindo!, ¡qué frescura
de rosas! (*al espejo*.) Voy a probarlo.
¿Está bien?

GONZALO: —¡Estás divina!

JULIA: —A tus ojos, no lo extraño.

GONZALO: —Los ángeles, de quien eres
el peregrino retrato,
envidiosos te contemplan,
y te admiran extasiados.

JULIA: —¡Adulador!

GONZALO: —No lo creas,
pero, si es verdad que tanto
esa friolera te agrada,
mi recompensa demando.

JULIA: —¿Y cuál es?

GONZALO: —Un solo beso
en esa preciosa mano.
Mas, ¿qué tiene nuestra prima?
Magdalena te has quedado
pensativa.

JULIA: —No la inquietes.
¡Silencio!, que está pensando
en asuntos importantes,

en que no debe un profano
intervenir.

GONZALO: —Prima mía,
¿estás triste?

MAGDALENA: —No, Gonzalo;
pensaba que no he podido,
por mi carácter extraño,
por mi necia timidez,
expresarte, primo, cuánto
agradezco tu recuerdo.

GONZALO: —¡Y vale la pena acaso!
No seas niña; pero creo
que además tú tienes algo.

MAGDALENA: —¿Yo?, no, nada.

JULIA: —El dios Cupido
(*con intención*),
dios travieso y temerario...

MAGDALENA: —¡Julia!

GONZALO: —¿Se trata de amor?

JULIA: —Nada he dicho.

GONZALO: —¡Tendrá Carlos...!
¿Por ventura algún papel...?

MAGDALENA: —¡Primo!

GONZALO: —¿Te enfadas?, pues callo,
aunque no tienes razón
en hallar culpable, o raro,
abrigar un sentimiento
de la vida luz y encanto:
en amar y ser amada,
Magdalena, está cifrado
de la mujer el destino.

MAGDALENA: (¡Ser amada!)

GONZALO: — Yo no hallo
causa para ese rubor,
que te sienta, sin embargo,
tan bien.

MAGDALENA: (Sospechar no pueden
cuánto me torturan, ¡cuánto!)

JULIA: — ¿Quieres que tomemos ya el té?

GONZALO: — ¿No esperas a Carlos?

JULIA: — No, vendrá tarde sin duda.

MAGDALENA: — Voy a mandar prepararlo.
(Se retira.)

ESCENA CUARTA

(Julia y Gonzalo)

GONZALO: — Tiempo hace que en Magdalena
se nota visible cambio:
aunque ha sido su carácter
siempre serio y reservado,
esa tristeza profunda,
ese abatimiento raro,
no observé jamás en ella.
¿Te figuras tú que Carlos,
como decías ha poco,
es la causa?

JULIA: — Sí, Gonzalo;
aunque se niega mi prima
tenazmente a confesarlo,
su palidez, su emoción,
al reconocer los pasos
de Carlos; la viva pena

que sus locos arrebatos
le causan; la honda impresión
de interés y de entusiasmo
que en su semblante se pinta
con viveza, al escucharlo
expresar en dulces versos
su ventura o su quebranto,
me hacen creer ese amor.

GONZALO: —Pero me parece extraño
que tan dulce sentimiento
sea causa del estado
de abatimiento en que se hallan
los dos; porque encuentro a Carlos
cambiado también.

JULIA: —Yo creo
que, orgulloso y reservado,
teme declarar su amor,
y ama y padece callando;
y ella, que el silencio suyo
indiferencia ha juzgado,
con un afecto profundo
lucha sin cesar en vano.
Eso me parece a mí,
pues, repito, que ni Carlos
ni Magdalena me han dicho
una palabra.

GONZALO: —Es extraño
que guarde Carlos conmigo
esa reserva.

JULIA: —Yo, que amo
a mi prima tiernamente
y por su dicha me afano,

celebro ese amor, que puede
hacer la dicha entre ambos.

GONZALO: —Ciertamente. En el carácter
a un tiempo tierno, exaltado
y serio de Magdalena,
hay mil puntos de contacto
con el de Carlos. Si es cierto
que, en su desaliento amargo,
él niega, a veces, la dicha
y aun el sentimiento santo
que llena su corazón;
de ese amor el dulce halago,
la bondad de Magdalena,
la dicha de ser amado,
arrancarán de su mente
esos delirios extraños...
Y de su alma lastimada
la felicidad borrando
los venenosos recuerdos
de un doloroso pasado;
él, noble, leal, sincero,
sentirá con entusiasmo
la dicha de hacer feliz
a ese ángel, gozo y encanto
de su vida.

JULIA: (*con ligereza*)

—¡Cuánto siento
que no esté todo arreglado,
y no fuera el matrimonio
mañana mismo! ¡Con cuánto
júbilo lo viera!

GONZALO: —¡Niña!

JULIA: —¿No te parece que Carlos
hace muy mal en callar?
Si yo estuviera en el caso
de Magdalena, te juro,
le haría pagar bien caro
su silencio.

GONZALO: —Pues entonces
convendremos en que Carlos
hizo mejor elección,
y estuvo más acertado,
escogiendo a Magdalena,
y no la copia buscando
de cierto duende travieso,
ángel y espíritu malo,
que llora con el que sufre,
extasía al más helado,
y hace rabiar, si lo quiere,
a todo el género humano.

ESCENA QUINTA

(Gonzalo, Julia y Carlos)

CARLOS: —Gonzalo.

GONZALO: —Vienes a fe
a buen tiempo.

CARLOS: —Yo temía...

GONZALO: *(a Julia)* —Creíste que no vendría.
(A Carlos) Van a servirnos el té.

CARLOS: —Es temprano, y en verdad
debí tal vez comprender
que pude importuno ser...

GONZALO: —¡Importuno!

JULIA: —Perdonad.
Si, amigos del corazón,
cuyo cariño apreciáis,
importunos encontráis,
para mí nunca lo son.

GONZALO: (*a Carlos*) —La has enfadado...

CARLOS: (Podría
comprender ella... ¡Ay de mí!
¿A qué he venido yo aquí?
Mi cabeza se extravía.)
—Perdón, Julia, yo bien sé
que sois la misma bondad...

JULIA: —Y de esa seguridad
os dejáis llevar a fe.

GONZALO: —Vamos, calma ese inhumano
enojo; ten compasión
y de reconciliación
en señal, dale la mano.

CARLOS: (¡Ah!)

JULIA: —¿Qué tenéis?, estáis frío
como el hielo.

CARLOS: (¡Y esto más!)

GONZALO: —¡Pero cuán pálido estás!

CARLOS: (¡Es mucho sufrir, Dios mío!)

GONZALO: —¿Te sientes mal?

CARLOS: —No.

JULIA: —Quizá...

GONZALO: —Esa extraña agitación...

CARLOS: —Nada; una palpitación
ligera, que pasó ya.

GONZALO: —¿Tienes penas?

CARLOS: —¿Penas yo?
¡Ocurrencia peregrina!
Nunca en la vida una espina
mi corazón encontró.
Por una senda sembrada
de blancas y frescas flores,
por los divinos fulgores
de la esperanza bañada;
sin la sombra de un dolor,
sin un suspiro siquiera,
mecido por la quimera
deliciosa del amor;
me adelanto en la existencia
sin haber nunca sabido
lo que es lanzar un gemido
que arranca cruda dolencia.
¡Esto es vivir! Si el amor
nos causa crueles pesares,
no arrojaré en sus altares
de mi esperanza la flor;
ni pudiera un corazón
tan frívolo como el mío,
comprender el desvarío
de una indomable pasión.

JULIA: (Es muy amargo su acento.)

CARLOS: —Sí, Julia; para sufrir
es necesario sentir,
y sabéis que yo no siento.

JULIA: —Carlos, no debéis hablar
con tanta hiel; ¿quién pudiera
vuestra alma grande, sincera,
yerta, insensible juzgar?

¿Por ventura seré yo?
¿Esa acusación amarga
sobre mí tal vez descarga
el veneno que encerró?
Si habéis llegado a creer
que frívola e indolente,
un corazón nobel, ardiente,
no me es dado comprender;
si una niña me juzgáis
porque ligera me veis,
Carlos, no me conocéis;
muy equivocado estáis.

GONZALO: (*a Carlos*) —Esta noche estás fatal.

CARLOS: —No, Julia; no habéis pensado
que hubiera así calumniado
un corazón celestial.
(¿Por qué se ha expresado así?
Ha mostrado una emoción...
No delires, corazón...
Silencio, ¡triste de mí!)

ESCENA SEXTA

(*Julia, Gonzalo, Carlos, Magdalena, un criado, que trae un azafate con el té, que pone sobre la mesa, y se retira.*)

GONZALO: —Vamos a tomar el té.

MAGDALENA: —Voy a servirte una taza,
prima mía.

JULIA: —No; no tomo
esta noche.

MAGDALENA: —¿Carlos?

CARLOS: (*aceptando*)—Gracias.
MAGDALENA: —¿Tú, Gonzalo?
GONZALO: —No lo pongas
muy dulce; me desagrada.
JULIA: —¿No tomas tú, Magdalena?
MAGDALENA: — No.
JULIA: —Pues entonces, confiadas
en vuestra bondad, señores,
os dejamos solos.
GONZALO: —¡Calla!
¿Con que nos queréis privar
de vuestra presencia grata?
JULIA: —Sí, vamos al tocador un momento.
GONZALO: —Deseara que no fuera largo.
JULIA: —No; lo más diez minutos.
GONZALO: —Nada,
nada más; no os concedemos
ni un segundo más.
CARLOS: (¡Qué gracia!
¡Qué atractivo en su sonrisa,
en su voz, en su mirada!)
(*Julia y Magdalena se retiran.*)

ESCENA SÉPTIMA

(*Carlos y Gonzalo.*)

GONZALO: —Ahora, que solos estamos,
espero que me dirás
la causa de esa tristeza
que te abrumba sin cesar.
No te he dado, según creo,

motivo, Carlos, jamás,
para que guardes conmigo
esa reserva tenaz:
amigos desde la infancia,
nada ha podido turbar
nuestro cariño profundo,
nuestra sincera amistad.

CARLOS: —Sí; más que mi amigo, has sido
mi hermano; y si algún pesar
abrigara, cual supones,
no lo confiara jamás
sino a ti; pero no es nada,
te engañas, a la verdad;
son arranques de locura,
devaneos nada más;
tú sabes que mi carácter
es extraño, original;
porque está nublado el día,
porque llueve sin cesar;
porque el sol está muy fuerte;
porque ardiente el aire está,
me pongo de mal humor...
No hablemos ya de eso más.

GONZALO: —Como quieras.

CARLOS: —Es mejor
que me digas quién vendrá
esta noche.

GONZALO: —Los de siempre
yo supongo. Don Pascual,
doña Tomasa, su esposa,
su hija Rosa, el capitán
Andrés, y el capitalista

Pablo, que no tiene más
cualidades y atractivos,
que tontera y capital.

CARLOS: —Pero hombre, dime, ¡por Dios!,
de dónde has ido a sacar
esa colección curiosa
de entes raros.

GONZALO: —En verdad,
no lo sé. Como vecino,
ha creído don Pascual
un deber indispensable
de cariño y amistad,
el venir todos los días,
y no lo quiere dejar
salir un instante, solo,
su cariñosa mitad.

CARLOS: —Que es un sargento primero
nada menos.

GONZALO: —Y jamás
se ha separado Rosita
del regazo maternal:
Andrés, calavera tonto,
que muere de ociosidad,
que jamás un libro toma,
que sólo sabe bailar
y componerse los rizos,
necesita, a la verdad,
para que el tiempo se pase,
al prójimo incomodar.
En cuanto al capitalista,
es otra canción; ¿creerás
que pretende a Magdalena?

CARLOS: —Pero ¿está loco?
GONZALO: —¡Qué afán
para hacerle dulces ojos!
¡Qué gemir y suspirar!
CARLOS: —¿Y ella?
GONZALO: —No lo escucha nunca,
lo deja desatinar.
DON PASCUAL: (*fuera de escena*)
—Sí, señor, os aseguro
que lo menos costará
el azúcar este año...
GONZALO: —¡Ay! la voz de don Pascual;
ya están aquí.
CARLOS: —Yo me voy.
GONZALO: —Hombre, no, ten caridad,
acompañame.
CARLOS: —¡Es atroz!
DON PASCUAL: (*fuera de escena*)
—Pues, digo, ¡y el zafrán!

ESCENA OCTAVA

(*Gonzalo, Carlos, don Pascual, doña Tomasa, Rosa, Andrés, Pablo por el fondo, Magdalena y Julia por la derecha; Pablo da el brazo a Rosa; Andrés a doña Tomasa; detrás don Pascual con un gran paraguas.*)

DON PASCUAL: —Buenas noches.
PABLO: —Servidor.
DOÑA TOMASA: —¡Magdalena!
ROSA: (*a Julia*) —¿Cómo estás?
JULIA: —¿Vos, doña Tomasa?

DOÑA TOMASA: —Bien:
hace frío, ¿no es verdad?

JULIA: —Sentaos.

(Andrés cerca de Julia, sigue doña Tomasa, Pablo junto a Magdalena, Rosa del otro lado, Pascual junto a Gonzalo. En una extremidad, cerca de Julia, Carlos.)

ANDRÉS: *(a Julia)* —Arcángel divino
caído por vuestro mal,
del prosaico matrimonio
en el... en el...

JULIA: *(con sonrisa burlona)* —Acabad;
es lástima que se pierda
un discurso tan galán.

CARLOS: —(¡Necio!)

PABLO: *(a Magdalena)*
—Magdalena os juro,
que mi mujer estará
vestida como una reina.

MAGDALENA: —Lo celebro.

DOÑA TOMASA: *(a Julia)* —Mi Pascual
está malo de los nervios.

ROSA: *(a Magdalena)* —Magdalena, ¿no es verdad,
que los poetas no son
hombres como los demás?

MAGDALENA: —¡No!

ROSA: —Mira a Carlos; tan mustio,
tan seco, no sabe hablar;
ni dice nunca una flor;
me disgusta mucho.

DON PASCUAL: *(a Gonzalo)* —Ya
os comprendo; pero creo
que no he de hacer con la sal
tan buen negocio.

DOÑA TOMASA: (*a Julia*) —Me gusta
que reine siempre la paz,
la tranquilidad, la dicha
en el doméstico hogar;
por eso procuro siempre
que obedezca mi Pascual
mis disposiciones todas;
y ceda sin vacilar
a mi voluntad expresa,
a mi firme autoridad.

JULIA: —¡Bueno!

ANDRÉS: (*llamando la atención a Julia*)
—Julia, ¿no queréis?
vuestra mirada fijar
en el hombre que no vive,
que no tiene más afán,
ni más dicha, ni más gloria,
ni más ilusión, ni más...

JULIA: (*interrumpiéndolo con burla*)
—¿Os gusta la letanía?

ANDRÉS: —¿A mí? ¿Por qué?

PABLO: (*a Magdalena*) —Causará
gran envidia a las mujeres,
cuando la vean pasar,
en elegante carruaje:
¿qué os parece?

MAGDALENA: (*distraída*) —Bien.

DON PASCUAL: (*a Gonzalo*) —No tal.
No me deja mi mujer
ni vivir, ni respirar:
bajo pretexto que debe
residir la autoridad

en la cabeza más fuerte,
y que ella debe mandar...

GONZALO: (¡Pobre hombre!)

ROSA: (*a Magdalena*) — ¿No te parece,
Magdalena, muy galán
y amable Pablo?

MAGDALENA: — No a fe;
no lo puedo soportar.

JULIA: (*con intención burlesca aparte a él*)
— Carlos, acercaos a Rosa,
sed amable, ¿qué dirá,
al veros tan retirado?
Y pues es la celestial
divinidad que os inspira,
que os encanta...

CARLOS: — Por piedad,
Julia, no me habléis así.

JULIA: — No os enfadéis.

ROSA: (*a Magdalena*) — Mi mamá
encuentra más elegante,
más cortés, al capitán.
yo no.

ANDRÉS: (*a Julia*) — Julia, yo querría
poder con fuego expresar
lo que siente el corazón.

CARLOS: (¡Mentecato!)

DOÑA TOMASA: (*a Andrés*) — Capitán,
¿no habéis padecido nunca
de los nervios?

ANDRÉS: — ¿Yo? ¡Jamás!

ROSA: (*a Magdalena*) Me han dicho que los poetas
son todos locos de atar;

y la figura de Carlos
no destruye, a la verdad,
esa impresión.

DOÑA TOMASA: (*a Gonzalo*) — Cuando yo era joven...

GONZALO: (Lo menos hará
cincuenta años a la fecha.)

DOÑA TOMASA: — ¡Tenía yo el afán
por todos los militares!
¡Me gustaban tanto!

GONZALO: — Ya lo supongo.

PABLO: (*a Magdalena*) — Un aderezo
de perlas y de coral,
para el día de la boda
le destino.

DON PASCUAL: (*a Gonzalo*) — Es singular
la manera con que ataca
la maldita enfermedad
de los nervios.

GONZALO: — ¿Padecéis
de los nervios?

DON PASCUAL: — Sí, me dan
unos ataques furiosos.

ANDRÉS: (*a Julia*) — Encantadora beldad,
luz de la luz de mis ojos...

CARLOS: (Me falta la fuerza ya.)

ROSA: — ¡Magdalena!

MAGDALENA: (Me sofoca.)

ROSA: — Yo querría oír cantar
a Julia, ¡me agrada tanto
su dulce voz!

MAGDALENA: — ¿En verdad?
Pues dile algo.

CARLOS: —(No puedo
permanecer aquí más...)
(*Se retira.*)

ROSA: —Julia, cántanos un poco.

PABLO: —Sí.

ANDRÉS: —¡Bravo!

DOÑA TOMASA: (¡Vaya un afán!)

JULIA: (*a Rosa*) —¿Y qué deseas que cante?

ROSA: —Algo nuevo.

DOÑA TOMASA: (*Aparte*) —¡Ay, Pascual,
voy a aburrirme.

DON PASCUAL: —Lo creo.

ANDRÉS: —Julia, dignáos aceptar
mi mano.

DOÑA TOMASA: (*A Julia.*) —Que no sea larga.

JULIA: —No temáis.

ROSA: —¡Calla, mamá!

(*Andrés se levanta y ofrece la mano a Julia, ésta la acepta con una sonrisa burlona, se encaminan al piano, y en este momento se dicen las últimas palabras.*)

TELÓN

Esther Tapia de Castellanos

(Jiquilpan (¿Morelia?), Michoacán 1837 (¿1842?)-Guadalajara, Jalisco, 1897)

El collar de perlas

A mi hija María.

Mi madre me refería
que una regular fortuna,
cuando yo estaba en la cuna
nuestra familia tenía.

Alegre y cómoda casa,
buenos muebles, lindas flores,
muy honrados servidores,
y felicidad sin tasa.

Entre objetos muy curiosos
guardados en bellas cajas
tenía algunas alhajas,
en estuches primorosos.

Contaba entre éstas, mi madre,
orgullosa de tenerlas
unas blanquísimas perlas,
regalo de su buen padre.

Y me decía encantada,
que siendo yo pequeñita

era blanca, muy bonita
y además muy bien formada.

Quizá a mi lector no cuadre
cuando esta leyenda vea,
que a una hija, siendo fea,
la encuentre hermosa la madre.

La mía que era tan buena
tan sensible y cariñosa
víame blanca y hermosa,
siendo yo fea y morena.

Perfecciones me veía
de la cabeza a la planta
y mirando mi garganta
gozaba la madre mía.

Con placer me colocaba
al cuello sus lindas perlas
ahí orgullosa de verlas
según ella murmuraba.

Las enredaba en mi brazo
con delicia verdadera,
formándome una pulsera,
o algún elegante lazo.

Y la dulce madre mía,
entre mis negros cabellos
formando adornos muy bellos,
las perlas entretejía.

Y cuando enferma me hallaba,
sin gran temor de perderlas,
como un juguete, sus perlas
por divertirme, me daba.

«Cuida esas perlas, que a ti»,
díjome, «te entrego yo,
cual mi padre me las dio,
cuando quince años cumplí.

Y sólo pensar me encanta,
verte adornada con ellas,
pues son las perlas tan bellas
como hermosa tu garganta.»

Desapareció en un día,
aquella buena fortuna
que mi familia tenía,
cuando yo estaba en la cuna.

Y llovieron a mi padre
mil trastornos y aflicciones,
que él le ocultaba a mi madre
por cariñosas razones.

Mi padre era inteligente,
comerciante muy honrado,
y muy bien acreditado,
por fino, probo y decente.

El país hundido estaba,
en guerra civil odiosa

y por doquiera reinaba
la ruina más espantosa.

Y la desgraciada suerte,
al perseguir a mi padre,
puso a mi adorada madre
a las puertas de la muerte.

Y mal los negocios viendo,
mi padre en sus sinsabores,
dio todo a sus acreedores,
cesión de bienes haciendo.

Y en lugar de aquella dicha,
que reinaba en nuestra casa,
tuvimos negra desdicha
y una tristeza sin tasa.

Y por dar pruebas de honrado,
mi padre entregó en un día,
cuanto en nuestra casa había,
cuanto habíamos gozado.

Todos los muebles mejores
y los libros de mi padre,
y hasta los tiestos con flores
que cultivaba mi madre.

Y ella, queriendo ayudar
a dejar limpia su fama,
cuanto tuvo, quiso dar
como esposa que bien ama.

Y entregó estuches, y cajas,
y ahorros en plata y oro,
y para mayor decoro
cedió todas sus alhajas.

Las que había recibido,
de su familia, mi madre,
recuerdos de su buen padre,
que tanto había querido.

Fanática por su amor
decía, como un gran rey;
«Que se pierda en buena ley
todo, menos el honor.

Perderemos la riqueza
mas quedaremos honrados,
que vale más la pobreza
que bienes mal conservados».

Y sus alhajas, activa,
iba entregando sin verlas...
mas tomó el collar de perlas
y quedóse pensativa.

«Éstas, nunca» —dijo— «¡no!
Con la vista en ellas fija;
son las perlas de mi hija,
a ella se las di yo.

Lo mío lo podré dar,
no lo de mi hija querida;

¡Si parece que la vida
voy con ellas a entregar!

¡Ah!, no es posible sufrir
tan terribles desengaños,
mi hija las debe lucir,
cuando cumpla sus quince años».

Y sus lágrimas brotaban;
todavía creo verlas
¡Más valiosas que las perlas
por sus mejillas rodaban!

Y ya sin titubear,
y con semblante sereno,
ocultó el rico collar
en su palpitante seno.

«No sé si el remordimiento»,
dijo, «algún día, me aflija,
¡son las perlas de mi hija!
¡Que Dios me perdona sienta!»

Y se quedó sollozando,
con una angustia infinita;
¡lloraba la pobrecita,
con su conciencia luchando!

II

Entre varios acreedores
que mi buen padre tenía,

contábase un comerciante
cegado por la codicia.

Tal vez ni a cincuenta pesos
la suma no llegaría
que aquel exigente hombre
reclamaba con justicia.

Y era la suma tan corta,
que pensaba mi familia,
pagarla de preferencia
con delicadeza fina.

Presentóse el comerciante
en mi casa, cierto día,
sin respeto a la desgracia,
ni a la enfermedad que iba
la existencia de mi madre
atacando con gran prisa.

Pidió luego su dinero
con exagerada ira,
y con insultos muy duros
en breve el pago exigía.

Suplicábale mi padre
que esperase algunos días;
mas contestó secamente:
«No espero, ni un solo día,
pagad, pagadme, aunque sea
con ropa de vuestra hija».

Mi madre, triste y enferma,
en una pieza inmediata,
con indignación creciente
aquel diálogo escuchaba.

Lentamente levantóse,
débil, en extremo pálida,
y sacando de un armario,
una primorosa caja,

tomó, llorando las perlas,
el collar que tanto amaba,
el regalo de su padre,
de familia antigua alhaja,
y lo besó con respeto,
bañándolo con sus lágrimas.

Dirigióse en el momento,
hacia la pequeña sala
donde insultando a mi padre
aquel hombre duro estaba.

«Esperad, señor», le dijo
con voz triste y angustiada,
«suspended vuestros enojos,
teneos, por Dios, ya basta;
en este mismo momento
vais a tener reembolsada
la cantidad que os debemos
por nuestra fortuna ingrata.

«No con ropa de mi hija
sino con prenda más cara:
aquí tenéis estas perlas
ellas han sido valuadas,
en triple de lo que os deben,
que decís os hace falta.

Mas concededme el derecho
de poder reconquistarlas,
porque me las dio mi padre,
y a mi hija las tengo dadas.

Quedáis pagado con ellas...
tomadlas, señor, tomadlas
y no volváis a insultar
de mi esposo la desgracia».

Y dejándole el collar,
volvióle luego la espalda,
y regresó sollozando,
hacia la vecina estancia.

Yo entonces era una niña,
ahí jugando me hallaba,
pero comprendía bien,
de mi madre la desgracia.

Y al verla llorar sentía,
hecha pedazos el alma.
Me arrojé luego en sus brazos
intentando consolarla.

Besé sus preciosas manos,
y besé su frente pálida,
y «No llores», le decía,
pero yo también lloraba.

Me contempló con tristeza,
besó después mi garganta,
y dijo con amargura:
«¡Ay! ¡Hija mía de mi alma!

Cuando cumplas tus quince años
yo no te veré adornada
con esas queridas perlas,
que me cuestan penas tantas».

Mas viendo que yo con ella
enternecida lloraba,
enjugó mi acerbo llanto
con sus manos adoradas.

Y «No llores», me decía,
«no llores nunca por nada,
todas las perlas del mundo
valen menos que tus lágrimas».

«Pues no llores tú tampoco,
no llores madre de mi alma...»
Y yo besaba su frente,
y ella mis labios besaba.

Y ocultábamos el llanto
con una sonrisa amarga.

¡Ay! La pobre madre mía,
por su fortuna ignoraba
que en la senda de la vida
me esperaba la desgracia
para hacer que mi camino
con mis lágrimas regara.

IV

Pasaron años y años;
fortuna desdeñosa
sus dones a mis padres
negándoles siguió.

Ausente mi buen padre
y en lucha tormentosa,
mi madre siempre enferma,
y en situación penosa
la que en mi edad florida
mi planta atravesó.

Yo no era ya una niña,
la juventud dorada
mostrábame un camino
de dichas, de ilusión;
mas, ¡ay!, aquella dicha,
estábame vedada,
que la tristeza impía
junto a mi hogar sentada
cubrió siempre de duelo,
mi joven corazón.

Cual pálida azucena
que azota impiamente,
en medio a sus furores
rugiendo el huracán,
mi madre tan sensible
tan noble e inteligente
doblegaba su hermosa,
su pensadora frente,
del infortunio indómito
al implacable afán.

Y recordando siempre
sus tristes desengaños,
besando mis mejillas
con inefable amor,
en medio de ilusorios
bellísimos engaños,
decía, «Pronto cumple
mi hija sus quince años
y un botón me parece
de nacarada flor».

(Su maternal cariño,
que no burléis os ruego;
así todas las madres
en su delirio son.
Es el amor de madre
exagerado y ciego,
y todo ven sus ojos
bajo la luz del fuego
en que arde su cariño
que es siempre una pasión.)

«Ya no veré en su cuello,
sus perlas primorosas,
como era en otro tiempo
mi férvida ilusión.

Tal vez en su garganta
se vieran más hermosas,
yo diera mis dolores,
mis noches fatigosas,
por gozar tan soñada
feliz satisfacción.»

De mi adorada madre
tan hondo desconsuelo,
con angustiosa pena,
tristísima sentí...

Mi alma desgarraba
su inconsolable duelo,
y un pensamiento santo,
inspiración del cielo,
mi mente iluminando
se apoderó de mí.

v

«¿Lloras por tus bellas perlas»,
le dije, «madre querida?
¿Quisieras volver a verlas?»
«Si yo ambiciono tenerlas
es por dártelas, mi vida.

Tuviera en verlas consuelo,
por ser un don de mi padre
a quien Dios tenga en el cielo.
¡Ay! Él me cumpla este anhelo,
pueril capricho de madre.

Encierran recuerdos tantos
esas perlas para mí...
Tristes, dolorosas, santos,
son un manantial de encantos,
y por eso te las di.»

Abrigué desde ese día
la idea fija en mi mente
de trabajar con porfía,
y las perlas prontamente
volver a la madre mía.

Trabajando en mil labores,
con penas y sinsabores
muy largos de referir,
conseguí en días mejores
buena cantidad reunir.

A mi madre le ocultaba
por qué tanto trabajaba:
y si saberlo quería,
que comprar algo anhelaba
yo engañosa le decía.

Al fin recobré el collar,
y con alegría santa,
fui a mi madre a saludar,
quien me lo encontró, al besar,
como siempre mi garganta.

Los quince años cumplía
ese venturoso día,
en que devolví a mi madre
con inocente alegría
el regalo de su padre.

Y mi amante corazón
tuvo la satisfacción,
de ofrecerle aquel consuelo;
aquella grata ilusión
en que cifraba su anhelo.

Y llorando de ternura,
cariñosa me besaba,
con angelical dulzura;
y yo al mirar su ventura
de satisfacción lloraba.

Y contemplando sus perlas
dijo con encanto al verlas:
«¡Olvido mis desengaños,
porque al fin logro ponerlas
en tu cuello a los quince años.

Guárdalas, mi hija adorada,
como un recuerdo de amor;

mas si te ves angustiada
no guardes ni ocultes nada,
salva primero el honor».

VI

Besé el collar, y con cariño santo,
los cabellos besábame llorosa,
derramando a torrentes dulce llanto
al sentirse por su hija, tan dichosa.

Yo guardé aquellas perlas tan lloradas,
y cuando del amor el suave arrullo
vino a dorar mis horas encantadas,
sentí de amar el soberano orgullo.

Y al hacer de mi amor el juramento,
llevando siempre en mi feliz memoria
de amor filial el grande sentimiento
y del collar la peregrina historia,

quísele hacer un don a mi adorado,
una ofrenda de amor sagrada y bella;
tomé una perla del collar amado,
y le entregué mi corazón con ella.

Y en el dedo anular, siempre en su mano,
haciendo alarde de mi amor sencillo,
la ostentó con orgullo soberano
en artístico engaste de áureo anillo.

«Fue esta perla», le dije, «de mi madre;
y fue un recuerdo tan amado y tierno,
que ella la tuvo de su amante padre:
yo te la doy con mi cariño tierno.

Como prenda de amor, y en mi memoria,
guárdala siempre tú, tenla contigo;
y de esta perla a la sencilla historia,
dale en tu noble corazón abrigo.»

Esa historia de amor y desengaños
conservo siempre, en mi memoria fija.
como guardo el collar para que mi hija
en su cuello lo lleve a los quince años.

9 de junio de 1887.

Los recuerdos

Todo en el mundo perece,
todo en la vida se acaba,
se agota el placer, la dicha,
y se extingue la esperanza.

Huye la ilusión ligera,
muere la gloria soñada
se olvida el amor, se olvida,
y tienen fin las desgracias.

Que el sufrimiento se agota
aunque desgarrando el alma,
¡y todo muere en el mundo
y todo en la vida acaba!

II

Mas hay, por nuestra fortuna,
hay algo que nunca pasa;
nunca mueren los recuerdos
en los que de veras aman;

se atesoran en el pecho,
en el cerebro se gravan,
se fijan en la memoria
en el corazón enraízan,
y se riegan con el llanto,
y dentro el alma se guardan,
y cuando ésta vuela al cielo
al cielo van con el alma.

Mayo de 1886.

Cantilena

Apoyando en la mano su semblante
estaba Estrella un día;
y a su amante que absorto la miraba
le dijo conmovida:
«¿Sabes tú qué tan lejos está el cielo,
y de aquí cuánto dista?»
«Sí lo sé», contestóle, «ciertamente,
lo que hay de tu codo a tu mejilla».

Intuición

«Ninguna mano dirigió mi mano
cuando mi mano se ensayó en la lira,
que el hombre enseña su saber humano
mas nadie enseña lo que el cielo inspira.»

Nadie me dijo en mi niñez amada
cuánto era bello el esplendente cielo,
y yo mil veces lo miré extasiada
de blanca nube entre el flotante velo.

Nadie me dijo que se hallaba escrito
un lenguaje divino en las estrellas,
y algo alcancé a leer del infinito
al contemplarlas en las noches bellas.

Nadie me habló de Dios cuando ostentaba
el sol en el cenit, su disco ardiente;
y la obra de Dios en él miraba
cuando en sus rayos se bañó mi frente.

Aspirando el aroma de las flores
nadie me habló de amor, ni de ternura,

y adiviné sus cándidos amores
al ver reproducirse su hermosura.

Al escuchar los cánticos del ave
del bosque secular en la espesura,
en su ignorado idioma tierno y suave
adiviné su amor y su ventura.

Al contemplar los turbulentos mares
el rugido escuchando de sus olas,
mis lágrimas corrieron a millares
su poder admirando, ahí a mis solas.

Una historia de amor y de tristeza
no me contaron al morir el día,
y a esa hora, doblego la cabeza
vencida por mortal melancolía.

Aun antes de que mi alma comprendiera
de mi madre el cariño y el desvelo,
yo, besando su negra cabellera,
en sus pupilas contemplaba el cielo.

Nadie en mi juventud me habló de amores
y lo que era el amor yo lo ignoraba;
y en medio de mil sueños seductores
y sin querer, con el amor soñaba.

Del amor maternal nadie me dijo
el sentimiento celestial, intenso;
y antes aún de conocer un hijo
ya lo adoraba con amor inmenso.

Nadie al dormirlo me enseñó a arrullarlo
y un cántico ha inventado mi cariño,
que él sus ojitos cierra al escucharlo
y duerme el sueño angelical del niño.

Cuando pequeña, apenas aprendía
a venerar a Dios en los altares,
y su eterna grandeza descubría
en los montes, los cielos y los mares.

Por sublime intuición amo lo bello,
y si no sé cantarlo ni decirlo,
veo en todo su vívido destello
y puedo comprenderlo y sé sentirlo.

Y en mi hogar, olvidando mis dolores,
me finjo con placer aquí a mis solas,
bosques, campiñas y gallardas flores,
lagos y mares de encrespadas olas.

Y admiro la verdad y la belleza
y los hechos sublimes de la historia,
de las almas sublimes la grandeza
y el arte y el valor, y amo la gloria.

Y arde mi corazón y arde mi mente,
y sin saber cantar pulso mi lira,
«Que nadie enseña lo que el alma siente
y nadie enseña lo que el cielo inspira».

Soldado y poeta

Al señor general don Vicente Riva Palacio

I

¡Musas del patriotismo y la victoria
dadme cantos de gloria!
Enriqueced mi pluma y mi paleta,
que retratar intento en este día,
al soldado poeta,
orgullo y gloria de la patria mía.

II

Heredó de su abuelo el patriotismo
y el sublime heroísmo;
un hermoso laurel sombreó su cuna,
y valor, y virtudes y riqueza
le brindó la fortuna.
¡El genio su magnífica grandeza!

III

Brilló la luz de inspiración ardiente
como un sol en su frente,
y Apolo le prestó su dulce lira,
por eso cuando canta sus amores,
o doliente suspira,
recoge aplausos y laurel y flores.

IV

Arde el fuego sagrado en su mirada,
su vida afortunada
se desliza en su hogar, dulce y tranquila;
nunca baña su rostro acerbo llanto,
y se ve con encanto
el júbilo irradiando en su pupila.

V

Una aureola serena, refulgente,
ilumina su frente,
el pueblo le prodiga sus honores,
y le dan para colmo de ventura,
los hombres sus loores,
las mujeres, sonrisas y ternura.

VI

Pero se escucha en memorable día,
un grito de agonía;
el estampido del cañón resuena,
la voz retumba del clarín guerrero
que los espacios llena,
y relincha el corcel altivo y fiero.

VII

«¡La patria está en peligro!» Todo clama,
¡Al combate nos llama!
La patria de sus hijos necesita,
flota en el viento tricolor bandera,
todo el combate excita,
nadie la frente humillará altanera.

VIII

¿Contemplará el poeta indiferente,
el peligro eminente?
¿Verá morir la libertad amada
que sus cantos patrióticos inspira?
¿Su alma levantada
hará tan sólo resonar su lira?

IX

¡Imposible... jamás! Que fue su herencia,
valor e inteligencia;
por su bendita patria amante vela,
apréstase al combate presuroso,
se multiplica y vuela,
henchido de entusiasmo generoso.

X

La lucha va a empezar... ¡Tremendo drama!
Todo pecho se inflama;
en las filas se aprestan como actores,
el peligro buscando con anhelo,
los fuertes luchadores
que juran defender el patrio suelo.

XI

Noble campeón, heroico y denodado
el poeta soldado,
dice *adiós* a su lira y sus cantares,
adiós, a su pacífica ventura,
adiós, dice a sus lares
y *adiós* de su familia a la ternura.

XII

¿También dará un adiós a la victoria,
y a la soñada gloria
que de flores regaba su camino?
A la artística corona que a su frente
preparaba el destino,
¿renunciará también indiferente?

XIII

¡Ah, nunca... no! Que añadirá su acero
el laurel de guerrero,
a la inmortal corona de poeta;
y en el eterno libro de la historia,
del luchador atleta,
el nombre ilustre grabará la gloria.

XIV

No empañará su triunfo soberano
con el rencor insano,
ni secará su lauro indeficiente
el infortunio si en su contra lidia,
ni manchará su frente
torpe calumnia ni rastrera envidia.

XV

Su musa sus esfuerzos santifica,
sus cantos glorifica,
y patrióticos himnos entonando,
recorre la montaña y la llanura,
y el peligro buscando,
no abandona a la patria en su amargura.

XVI

Y así firme y audaz, vate y soldado,
alientas esforzado
la fe de un porvenir santo y glorioso,
y tu palabra mágica sostiene
el fuego esplendoroso
que la llama patriótica mantiene.

XVII

Tu palabra tan dulce e inspirada,
altiva e inflamada
a cada corazón le da ardimiento;
y así tu musa de potentes alas
da vida al sentimiento
y lo reviste de brillantes galas.

XVIII

Y cuanto Dios de grande y de sublime
a los genios imprime,
cuanto de noble el corazón alienta,
en tu alma inmortal vive y respira
y fúlgido se ostenta
¡Palpitando en tus hechos y en tu lira!

XIX

Y al pueblo enseñas, y tu pluma de oro
nos descubre el tesoro
que guarda nuestra historia en el pasado;
los nombres de los héroes que existieron,
y tu acento inspirado
canta las glorias que a tu patria dieron.

XX

Y cantas las hazañas del soldado,
del héroe infortunado,
de quien se ignora hasta el humilde nombre,
de ese mártir anónimo y querido,
que sin gloria y renombre
se pierde entre las sombras del olvido.

XXI

Nos enseñas que viven, heroísmo
valor y patriotismo
en la patria de Hidalgo y de Guerrero;
que su espíritu lleno de ardimiento
ha templado tu acero
y ha vivido en tu propio sentimiento.

XXII

«Ni temor ni rencor», es tu divisa
y tu acento electriza.
Fe y entusiasmo por doquier derramas
en tu hogar al trabajo consagrado,
por la ciencia te inflamas
y el lauro del saber has conquistado.

XXIII

Prosigue en tu misión, sabio y poeta,
noble y robusto atleta;
conságrale a tu patria tus ensueños,
y cual la encina fuerte y vigorosa
que a los tallos pequeños
comunica su savia portentosa;

XXIV

Siga la huella de tu noble vida
la juventud florida;
sigue dando ese ejemplo venerado
que tu honradez acrisolada inspira.
sigue, bardo soldado,
triunfando con la espada y con la lira.

CÁNTICO 26
¡A la Virgen María!

A mi hija

Suba hoy hasta tu trono,
Purísima María,
la voz del alma mía
en dúcida canción.
Y entre el fragante incienso
que hasta tu trono sube,
te lleve algún querube
mi férvida oración.

¡Oh! Salve Virgen pura,
inmaculada y bella,
tú, la polar estrella
que el marinero ve.
Tu luz consoladora
la salvación alcanza;
tú, la única esperanza,
la antorcha de la fe.

¡Oh madre de los huérfanos
que gimen desolados,
consuelo de angustiados,
mi faro salvador!
María, tu dulce nombre

de dicha el alma llena,
purísima azucena
de celestial olor.

Pronuncia con cariño
tu nombre el navegante,
mirando ya expirante
su nave zozobrar.
Te invocan fervorosos
los labios del soldado
cuando el clarín ha dado
de guerra la señal.

Te nombra en los desiertos,
bañado en dulce llanto,
el misionero santo
apóstol de la cruz.
En tormentosa noche
te llama el peregrino,
perdido en el camino
faltándole la luz.

María, preciosa niña
de estrellas coronada,
la sola preservada
entre mujeres mil.
De un nuevo y feliz día
la sonrosada aurora,
el arca salvadora,
la Torre de David.

A ti me acerco, madre,
con infantil cariño,
pues sé que ese Dios niño
que en tu regazo está
tan pequeñito y bello,
es mi amoroso padre,
sé que eres tú mi madre
que me ama y me amaré.

Por eso con ternura
a ti, madre adorada,
me acojo, enajenada
de dicha celestial.
En mí fija tus ojos
y cuida mi inocencia;
protege mi existencia
librándome del mal.

Blanco lirio entre espinas,
paloma inmaculada;
fuente pura y sellada,
tuyo es mi corazón.
Y eleve hasta los cielos
el oloroso incienso
de mi cariño inmenso,
señora, la canción.

CÁNTICO 29
La Santa Cruz

En una noche de mayo
clara, apacible, serena,
alcé mis ojos al cielo,
y contemplé con fijeza,
una cruz grande, formada
de rutilantes estrellas.
Se hallaba mi buena madre
de donde yo estaba, cerca,
y conmovido le dije
alzando al cielo mi diestra:
«¿Por qué también allá arriba
la Santa Cruz se presenta?»
«Hijo mío», me contestó
con voz expresiva y tierna,
«porque también en el cielo
los ángeles la veneran,
como la adoran postrados
los justos sobre la tierra;
se complacen en formarla
en el cielo las estrellas
tal vez para demostrar
que sobre este mundo reina.

Adórala tú, hijo mío,
porque ella da fortaleza,
ella libra de peligros
y la tentación ahuyenta.
Ella es la insignia preciosa
que el cristianismo venera;
que en la cumbre del Calvario
murió nuestro Dios en ella.
Sobre todo cuanto existe
entre nosotros impera.
ella está sobre los templos
en sus torres gigantescas.
Los reyes en sus coronas
con santo orgullo la llevan
para demostrar que está
sobre sus regias cabezas.
Ella condujo otro tiempo
en las memorables guerras,
al cruzado a Palestina
do de gloria se cubriera,
y don Juan de Austria en Lepanto
la ostentaba en sus banderas.
Ella brilla en los palacios,
en el altar se venera,
y se mira en los sepulcros
y en los templos de la aldea.
Las jóvenes en el cuello
graciosamente la llevan,
ya sea de humilde metal,
ya de brillantes o perlas.
El arma es, del misionero,
del moribundo la fuerza,

es el lábaro precioso
que los cristianos celebran
cual signo de redención,
porque Jesús murió en ella.
Adórala tú, hijo mío,
y cuando del sueño vuelvas,
y cuando al sueño te entregues,
y cuando el peligro veas
o malignas tentaciones
te hagan tormentosa guerra,
invócala con cariño
y con fe viva y sincera.

«Ya conoces de la Cruz,
hijo mío, la grandeza;
los ángeles en el cielo
se postran en su presencia,
y para que ellos la adoren
la dibujan las estrellas...»
Así me dijo esa noche
de mi madre la voz tierna,
y yo caí de rodillas
con veneración sincera,
y contemplé con ternura
la Santa Cruz tan perfecta,
dibujada sobre el cielo
con cintilantes estrellas.

¡Vuelve a mí!

Vuelve a mi lado, arcángel de mi suelo,
visión hermosa que en mi infancia vi;
haz que yo escuche, mi adorado sueño,
la dulce voz que en otro tiempo oí.

Ven a batir tus alas en mi frente,
y calmarás su fuego abrasador:
ven, murmura en mi oído dulcemente,
gratas palabras de placer y amor.

Ven en la tarde, que te espero ansiosa,
quiero en tu frente tu pasión leer;
déjame en tu pupila cariñosa
la fe del alma con la paz beber.

Ven en la noche, cuando aislada lloro,
a enjugar mis mejillas con amor;
ven, dulce bien, a quien constante adoro,
di una palabra y morirá el dolor.

Dos besos

Grabados en mi memoria,
como en mis labios impresos,
llevo dos divinos besos
que son mi poema, mi historia.

Recuerdo en mi triste suerte,
aunque el dolor me taladre,
que uno me lo dio mi madre
con el soplo de la muerte.

El otro por mi ventura
vino a calmar mi dolor;
fue el primer beso de amor
que di en prenda de ternura.

Y mi buena y mala suerte
hicieron, ¡ay!, que en mi vida
fuera uno beso de muerte
y otro de dicha cumplida.

Con uno pagué un tributo
al deber y a la virtud

y a mi triste juventud
entré vestida de luto.

Me dio la felicidad
el otro con santo anhelo
e hizo descender del cielo
a mi alma la inmensidad.

Y en mis labios llevo impresos
como el recuerdo más bello
esos dos divinos besos
que son de mi amor el sello.

Un recuerdo triste y santo
trae el uno a la memoria,
uno de muerte es un canto,
el otro un himno de gloria.

Si el uno me hizo ver
la nada... la eternidad,
el otro me hizo nacer
para la felicidad.

Y los dos llevo en mi anhelo
como un celestial fulgor;
uno es océano de duelo,
otro el cielo de mi amor.

Guerrero

¿A dónde vas libertad
ya casi desfallecida,
a do tu paso diriges
tan próxima a la agonía?

En el sepulcro de Hidalgo
se hundieron tus alegrías,
se secaron tus laureles
y tus glorias y tus dichas.

Murieron tus defensores,
y tus esperanzas mismas
cayeron como tus glorias
perdiendo su hermosa vida...

Detente, pues, libertad,
¿qué esperas, di, qué te anima?
Detén tu marcha, que estás
cerca de la tumba fría.

Voy del sur a las montañas,
voy a esa tierra bendita,
donde no muere el valor

y el patriotismo halla vida...
Allá mi luz nunca muere
y la esperanza se abriga
bajo las pobres cabañas;
y allá laureles cultivan.

Y regados con la sangre
de mil héroes fructifican...
allá un grupo de valientes,
sin doblar la frente altiva,

mandados por un caudillo
de alma grande y frente erguida,
hacen flotar mis banderas
y a los combates convidan.

El león de las españas
en esa tierra bendita
es combatido sin tregua,
y allí me darán la dicha
o perderán con denuedo
antes que el honor la vida.

¿Y quién es ese caudillo
que tu esperanza reanima?
¿Quién es el que podrá ser
que cambie tu suerte mísera?

Es mi hijo predilecto
de alma grande y frente limpia,
el de nobles sentimientos,
el de hazañas dignas.

Es de mirada de fuego,
es el de cabeza altiva,
que une al corazón de un héroe
la nobleza más cumplida.

Es el patriota, el soldado
que a la España desafió
es el inmortal Guerrero
a quien deberé la vida...
Voy pues al sur que él me espera
En esa tierra bendita.

Mi dolor

Dejad que mi dolor y mi amargura,
mi honda desventura,
fibra por fibra el corazón rompiendo,
me lleven lentamente a la agonía;
y mi pesar tremendo
destruce de una vez el alma mía.

No intentéis consolarme; mi consuelo
está solo en el cielo;
quiero regar con llanto a cada instante
el polvo abrasador de mi camino;
hallo un goce punzante
en sufrir, sin quejarme, mi destino.

Tiene el dolor su aureola de belleza;
hay mucho de grandeza
en la alta majestad del sufrimiento;
y en esas horas de amarguras llenas
se eleva el sentimiento
a regiones más altas y serenas.

El dolor ennoblece y nos levanta
a una mansión más santa;

se piensa en Dios, la eternidad se siente,
se percibe del mundo lo finito
y la atrevida mente
se levanta del polvo, a lo infinito.

¿Quién piensa en la materia miserable
ni encuentra el vicio amable,
en esas horas de dolor intenso
en que vemos sufrir a un ser querido?
¿Quién entonces lo inmenso
de la bondad de Dios no ha conocido?

El dolor poderoso nos redime,
Él en el alma imprime
de la virtud el mágico idealismo;
Él nos presenta el sacrificio hermoso
y del tremendo abismo
nos aparta con brazo poderoso.

Dejadme mi dolor, es mi consuelo
este punzante duelo;
muevo el puñal de la mortal herida
y gozo con sentir mi afán profundo.
¡Es tan corta la vida,
y somos pasajeros en el mundo!

No me robéis el duelo; quiero a solas
abismarme en las olas
del océano inmenso de mis penas;
encuentro dolorosa complacencia
en mover las cadenas
que atan al sufrimiento mi existencia.

Hay lujo en el dolor... ¡Se sufre tanto!
Regando voy mi llanto,
en la abrasada tierra del camino;
pero ando y ando... con ferviente anhelo,
pues sé que el peregrino
que camina constante, llega al cielo.

¡Dichosos, ¡ay!, los que en el mundo moran
y en él, dolientes, lloran!
Se juzgan en el mundo venturosos
los que son por el duelo respetados;
¡mentira, son dichosos
los que saben sufrir... No desgraciados!

Si habéis perdido a un ser idolatrado,
decid, ¿no habéis gozado
en sufrir recordando su agonía?
¿No gozasteis mil veces desgarrando
con mano asaz impía
el alma, aquellos cuadros recordando?

Dejadme, pues, sufrir... Lo hecho, hecho.
No me saquéis del pecho
ese puñal que ahonda mis heridas;
dejadme a solas con mi acerbo llanto,
dejadme mi quebranto,
¡las horas de placer están perdidas!

Hay orgullo en sufrir con valentía;
yo siento el alma mía
con sus grandes dolores orgullosa.
Tiene el dolor un dulce magnetismo,

que atrae a la espantosa
profundidad inmensa del abismo.

Dejádmelo mirar; no temáis nada;
mi alma está templada
por el más poderoso sufrimiento;
no intentaré arrojarme innoblemente,
yo veo al firmamento
y al cielo llegaré con limpia frente.

Las lágrimas me ahogan; veo el cielo,
mas no pido consuelo;
si fue mi ser para el dolor formado,
si aún la desgracia mi cabeza hiere,
no arrojaré mi cruz; Dios me la ha dado,
Dios me la quitará si así lo quiere.

Noviembre de 1886

Tus pensamientos

I

Yo cultivo cariñosa
en unos preciosos tiestos
unas plantas florecientes
de variados pensamientos.

Unos son blancos, muy blancos,
otros son negros, muy negros.
Unos predicen ventura,
los otros pregonan duelo.

Los blancos dicen amor,
olvido, dicen los negros.
los unos paz y alegría,
los otros dudas y celos.

Y un lenguaje misterioso
tienen esos pensamientos
que yo adivino en sus hojas
cuando en las tardes los riego.

El abismo que en tus ojos
impenetrable contemplo,
me recuerdan con tristeza
esos pensamientos negros.

Y la sonrisa agradable
que en horas tranquilas veo,
jugueteadando en tus labios,
al ver los blancos, recuerdo.

Que lo que de ti recibo
lo bendigo, lo venero,
lo mismo grata ventura
que triste amargo duelo;

ora el amor inefable,
o bien el dolor intenso,
las divinas alegrías,
o los crueles tormentos.

Y siempre llevo en el alma
tus queridos pensamientos,
ya sean negros o blancos,
como guardo tus recuerdos.

Una pasión

¿Y qué es pasión? Conmovida
me pregunto en mi desvelo;
¡Es un dolor sin consuelo,
muerte que mata la vida,
infierno que cierra el cielo!

Cuando se comienza a amar
se da principio a sufrir;
¡es comenzar a llorar,
es querer luego morir
y no quererse matar!

Es formarnos de la nada,
un mundo de encantos lleno,
y como en copa dorada,
apurar letal veneno
en una dulce mirada.

Es un matador tormento,
constante monomanía,
es una locura impía,
es un solo pensamiento,
fijo de noche y de día.

Es una garra acerada
que como una ave de presa
deja el alma desgarrada;
con una imagen amada,
en sus girones impresa.

Es un insomnio constante
es un delirar eterno,
es un vagar incesante,
es descender al infierno
mirando el cielo delante.

Es enfermedad que mata,
que consume, que enardece;
cadena que a un yugo ata;
es delirio que arrebató
y es un dolor que enloquece.

Es hambre devoradora
de mirar a quien se adora,
es sed que nunca se apaga;
una llama destructora,
y en el alma hundida daga.

Es un esperar constante
que hace un siglo de un instante;
una ansiedad invencible,
una angustia delirante,
¡es una vida imposible!

Es una negra prisión
donde las dudas y el celo

aprietan el corazón.
¡Y sólo un jirón del cielo
se ve desde su rincón...!
Ímpetu que nuestros ojos
con venda de fuego ciega,
que la voluntad doblega,
y a sus míseros antojos
maniatados nos entrega.

Abismo de ceguedad
do nos sepulta la suerte;
un mar de infelicidad,
y terrible tempestad
que en sus alas trae la muerte.

Catarata impetuosa
que se desborda ruidosa
con vertiginoso afán;
asolador huracán
que todo arranca y destroza.

Es relámpago violento
de funesta claridad,
¡rayo que en solo un momento
matando paz y contento
nos hunde en la eternidad!

Esto es pasión... Conmovida
me contesté en mi desvelo.
¡Cruel dolor sin consuelo,
muerte que mata la vida,
infierno que cierra el cielo!

Antonia Vallejo

(Guadalajara, Jalisco, 1842-Guadalajara, Jalisco, 1939)

Pensamiento

En el cielo hay solamente
dos puertas de introducción:
por una entra la inocencia,
por otra la contrición.

Un consejo

¿Quiere el gobierno hacer economías
y que no haya escasez en el erario?
¿Quiere que haya sobrado numerario
y no ver las penurias de otros días?

¿No quiere dar al pueblo más sangrías
y procura solícito al contrario
proporcionarle sin cesar, y a diario,
muchas satisfacciones y alegrías?

Pues entonces resuelva con cuidado
y suma diligencia, y gran premura,
suprimir nuestra actual Legislatura.

Haciendo ya que cada diputado
abandone las dietas y la holgura
que hace más de cuatro años ha gozado.

Una consulta

- ¿Qué tiene usted, señorita?
— Doctor, ochenta y seis años.
— Mas, ¿qué le molesta ahorita?
— De la vejez los amaños.
— ¿Duele la cabeza?
— Algo.
— ¿Y la garganta?
— Lo mismo.
— Para curarlas me valgo
de un eficaz sinapismo.
Auscultaremos el pecho...
¿Qué dice ese corazón?
— Se siente en su caja estrecho,
y a veces en suspensión.
— Y el estómago, ¿qué tal?
¿Se encuentra bien de ordinario?
— No, señor, está muy mal.
¡Qué bien! Todo lo contrario.
— ¿El intestino es penoso
cuando no se halla en corriente?
— Señor, es muy perezoso
y parece que no siente.
— ¿Y cómo se hallan las piernas?

—Parecen de requesón,
así las siento de tiernas,
¡como que de hilacha son!
—¿Los pies?
—No me sirven de nada,
ya no pueden caminar;
hallan grande la jornada
y ya quieren descansar.
—Mas ahora, de la ciencia
voy a agotar el poder
y me dice mi experiencia
que sana la voy a ver.
No hay que desmoralizarse;
con un método prudente,
usted llegará a aliviarse
si a él se sujeta obediente.
Tomará tantita leche
a diario; por el momento
es preciso que deseche
antojos en su alimento.
Medicinas de patente,
en combinaciones varias,
y algún reconstituyente
en diez inyecciones diarias,
alivio le irán trayendo.
Cacodilato de sosa
y arrenal, según entiendo,
son para usted la gran cosa.
Los fosfatos también son,
en su caso, interesantes,
y no sé por qué razón
no los aplicaron antes.

Fosfoemonerol, yo creo
dará muy buen resultado,
si según lo que preveo
el cerebro está afectado.

—Y diga, doctor amigo;
esas drogas, ¿quitan años?

—¡Ah, no! Tan sólo consigo
hacer menores sus daños.

—Entonces me quedo así
con mi vejez achacosa,
pues la salud que perdí,
sólo la hallaré en la fosa.

Balance

Siguiendo de mi párroco el consejo
que con tanta prudencia ayer me dio,
pasé a hacer el balance detallado
del año de dieciocho que expiró.

En nada soy perita y mucho menos
en asuntos de contabilidad,
pero pude, venciendo mi torpeza,
lograr mi intento sin dificultad.

Llevo mi cuenta por partida simple,
sin libro talonario, ni mayor,
ni auxiliar, ¿para qué tantos asientos
si solamente tengo un acreedor?

Con los de Diario y Caja bien se puede
una cuenta llevar con sencillez,
haciendo los apuntes cada día
y un reconocimiento cada mes.

Yo no doy ni recibo comisiones
y ni de nadie soy corresponsal,

por tanto puedo hacer muy fácilmente
el balance parcial y general.

Hice, pues, el del año de dieciocho,
¡y qué gusto tan grande tuve al ver
que se igualaba muy exactamente
a la suma del debe la de haber!

Alentada por este resultado,
quise hacer el balance general
de muchos años, computando en ello
la ganancia y la pérdida parcial.

Y, ¡oh, dolor espantoso, oh, desconcierto
que embargó por completo mi razón
al encontrar un déficit enorme...!
¡En el debe y haber no hay proporción!

El desfalco creciendo año por año,
¡qué grande cantidad vino a arrojar!
En lo mezquino y ruin de mis recursos,
¿cómo voy esa suma a solventar?

Mi ruina es inminente, ¡estoy quebrada!
El conflicto no tiene solución
no contando con tiempo y sin dinero,
¿he de poder salvar mi situación?

No supe manejar como debía
el saneado caudal que recibí,
y en bagatelas, que lamento ahora,
cuando menos pensaba, lo perdí.

El plazo de entregarlo está muy cerca,
y con angustia me pregunto yo:
¿Cómo es posible que restaure un día
lo que toda una vida derrochó?

Mas si Dios, mi acreedor, me diera esperas
(sin causar interés el capital),
yo lo iría amortizando poco a poco
hasta que data a cargo fuera igual.

Pero mejor me arrojaré a sus plantas
para implorar de todo su perdón,
y en su riqueza y munificencia
encontrará mi ruina salvación.

La campana y yo

Para el Sr. Licenciado don J. Ignacio Dávila Garibi

Se balancea una campana
en lo alto del campanario
de la iglesia del Santuario,
desde época muy lejana,
y de allí su voz envía
diariamente, hora tras hora,
en cuanto asoma la aurora,
hasta que fenece el día,
convocando a la oración.
La puso el obispo Alcalde,
y no ha llamado de balde
desde su colocación,
pues luego que lleva el viento
su eco a todo el vecindario,
acudiendo va al Santuario
y ora con recogimiento.

Mas la campana no suena
como en mi niñez sonaba,
cuando alegre repicaba
anunciando la novena.
¿Cambiaría ya de sonido
con tanto golpe el metal,

o será que ya mi oído,
por los años, oye mal?
¡Quién sabe! Pero su acento
es melancólico y triste,
y de lo que ya no existe
me despierta el pensamiento.
Y pasa por mi memoria,
como en fantasmagoría,
cuanto en mi infancia veía
con su verdad ilusoria.

Y miro a los concurrentes
que las calles van cruzando,
con atención contemplando
sus adornos diferentes.
Y veo que pasan de noche,
bajo lazos de faroles
que dan luces de colores,
damas y niños en coche.
Y en mi memoria contemplo
las sabrosas golosinas
que desde las cuatro esquinas
llegan al frente del templo.
Los puestos improvisados
que en la plazoleta había,
con ruleta y lotería
y otros juegos tolerados,
también llegan a mi mente
y con claridad los veo,
con el jolgorio y jaleo
que en ellos tiene la gente;
y a la turba de chiquillos

que alegres y bulliciosos,
silban y aplauden gozosos
al prenderse los castillos.

De ese tiempo que pasó
tan sólo vamos quedando,
la campanita sonando,
y haciendo recuerdos yo.
O tal vez algún anciano
que entonces niño sería
y, que como yo, vería
aquel pasado lejano.

12 de diciembre de 1918.

*A Hidalgo
en el Día de la Patria*

Cerebro pensador donde la idea
aprisionada sin cesar se agita,
y rompiendo sus redes necesita
hender la inmensidad que la rodea.

Ardiente corazón que centellea
de oculto fuego irradiación bendita,
y que a su impulso abrasador palpita
elaborando sangre que caldea.

Eso tuviste tú, y al pensamiento
de independencia que surgió en tu mente,
le diste forma, y fuerza al sentimiento

que hace amar a la patria reverente,
siendo, a la vez, motor y movimiento,
alma creadora y brazo prepotente.

En la batalla

Al Sr. Pbro. Doctor don Agustín Rivera

Como un soldado que se encuentra inerte
ante el cañón que sin cesar estalla,
y ve cerca de sí que la metralla
a muchos compañeros les da muerte;

que de las balas el silbar le advierte
que no hallará defensa en la muralla,
y que pronto, muy pronto en la batalla
tendrá que sucumbir de cualquier suerte.

Así contemplo yo que de mi lado
la Parca va cegando sin demora
mis parientes y amigos cada día;

y permanezco en pie, como el soldado,
esperando la bala silbadora
que dará fin a la existencia mía.

Dos métodos curativos
(Recomendación a Lupe)

Te he dicho en mil ocasiones,
y te lo sigo diciendo,
que cuando me esté muriendo
no me pongan inyecciones.

No las quiero de alcanfor,
ni mucho menos de suero,
¡que no me piquen el cuero,
te lo pido por favor!

Que al fin se muere la gente
lo mismo que se moría
cuando aún no se conocía
remedio tan excelente.

Ni había debajo del sol,
como hoy, tanta medicina
que ha de terminar en «ina»
o cuando menos en «ol».

Prefiero, sin vacilar,
el antiguo tratamiento

del cual un conocimiento
pequeño te voy a dar:

Si acaso una inflamación
al enfermo le amenaza,
cataplasmas de linaza
con aceite de melón.

Con el bálsamo tranquilo,
de castor o de beleño,
puede conciliar el sueño,
dormir la noche de un hilo.

Si resulta calentura,
buena dosis de ingrasante,
que, como es muy refrescante,
baja la temperatura.

Un baño de pies caliente,
con mostaza o con ceniza,
es de una acción muy precisa
y resultado excelente.

Luego se aplica un cordial
de amapolas y borraja
y unas hojas de cerraja
de las que hay en el corral.

Al enfermo la cabeza
se le amarra fuertemente
con un pañuelo corriente,
y se le cierra la pieza.

Después se le pone encima
toda la ropa de casa,
hasta que el sudor traspasa
del colchón a la tarima.

Al día siguiente un purgante
de crémor y tamarindo,
que tiene un sabor muy lindo
y es de un efecto abundante.

Mas si en fiebre quiebra el mal,
se abre vivo un pichoncito
y se pone calientito
en la parte abdominal.

Donde ya se había aplicado
de sanguijuelas voraces
un buen número, que audaces
la sangre se hayan chupado.

Si el enfermo no se muere,
poco a poco va sanando
y después hasta engordando,
comiendo de cuanto quiere.

Y queda, por de contado,
después de todo, el paciente
más ágil y más potente
que antes de haberse enfermado.

Observa este tratamiento
económico y seguro,

que en su aplicación no es duro,
y sí de gran valimiento.

Recuerdo que en mi niñez
me lo hubieron aplicado,
y a él debo haber alcanzado
la edad en que ahora me ves.

Mi vocación

Aunque nada me halaga ya en la vida,
tampoco tengo penas ni dolores;
pero sí muy frecuentes sinsabores
que me tienen cansada y abatida.

Y al sentir que se acerca mi partida,
que me causa grandísimos temores,
queriendo que mis días sean ya mejores
y que me halle la muerte prevenida,

he decidido hacerme religiosa
en la dulce quietud de algún convento,
donde mi alma se eleve venturosa

hasta el trono de Dios, cada momento.
Mas el claustro ha de ser, ¡tendencias vanas!,
sin Reverenda Madre y sin hermanas.

Coplas

Cuando te oigo que desprecias
el terrible ¿qué dirán?,
pienso que ya tus costumbres
descomponiéndose van.

Dizque los drogueros pagan
cuando lloviendo hace sol:
así llovió una semana
y ninguno me pagó.

La niña a quien junta el novio
con otra novia, después
no extrañe que de marido
la junte con otras tres.

Si coges un pajarillo
y le atiendes con desvelo
cuenta que al primer descuido
le verás tender el vuelo.

Cuando oigas tocar a muerto,
no pienses que me morí,

es que he sabido de cierto
que te olvidaste de mí.

Que no has encontrado ingratos
me sostienes con ardor:
eso pregona muy alto
que nunca has hecho un favor.

Siento que me mata el frío
y que me agobia el calor;
si me mata tu desvío,
también me hostiga tu amor.

Siempre se debe obrar bien
ante Dios en la presencia;
mas de ello el mundo también
debe tener evidencia.

«La antesala del cielo
son los conventos»,
dicen frailes y monjas
si están adentro.
Pero, en saliendo,
no quieren ni de chanza
volver a ellos.

Me duermo pensando en ti
y despierto en ti pensando,
la ilusión acariciando
de que pensarás en mí.

En el limbo en que vivía,
feliz habría continuado
si no me hubiera encontrado
un alma como la mía.

Los años volando van,
los años volando vienen,
y todos para mí tienen,
en hiel, dulce mazapán.

«La vida es sueño», alguien dijo,
y así vivimos soñando;
sólo la madre y el hijo,
despiertos, viven amando.

Si me dejaras de amar,
el caso sería sencillo:
como sacarme un anillo
así te podría olvidar.

Himno a la preciosa Sangre de Cristo

Coro

*¡Gloria eterna al Señor poderoso
que la tierra y el cielo formó!
¡Gloria a Aquel que en madero afrentoso
el linaje de Adán redimió!*

* * *

Bendigamos la sangre inocente
que en el templo vertiera Jesús,
cuando apenas habían, débilmente,
contemplado sus ojos la luz.

Y la sangre por Él derramada
en el huerto, formando sudor,
por nosotros también celebrada
sea en estrofa de célico amor.

Ponderemos la sangre que, atado
derramara con santa humildad
el Señor, cuando fue flagelado
por sayones de horrible crueldad.

Veneremos la sangre preciosa
que a raudales su frente manó,
al ceñir la diadema afrentosa
que de espinas su sien coronó.

Bendigamos la sangre que, ardiente,
duros clavos hicieron salir
de sus manos, que presta obediente
al querer por nosotros morir.

Ensalcemos la sangre bendita
que brotó de los pies de Jesús,
cuando fue por la gente maldita
enclavado en durísima cruz.

Y lo mismo la sangre preciosa
que la lanza su pecho al abrir,
en corriente de gracia copiosa
nuestras culpas logró redimir.

Adoremos de sangre el torrente
que Jesús derramó en su pasión,
para hacer que su Padre, clemente,
diera al mundo completo perdón.

Olvido

Como el rastro que deja
en la espuma del mar, débil barquilla
cuando cruza sus aguas turbulentas,
así será la estela, así será el recuerdo
que deje por el mundo en mi carrera.

Cuando cubran las sombras
de la primera noche mi sepulcro,
y de la lluvia las menudas gotas
empiecen a borrar el nombre mío
que hubiese puesto allí mano piadosa;

entonces mi recuerdo
se habrá borrado ya de mi memoria
de los seres que quise y me quisieron,
y sólo vivirá perpetuamente
en la región ignota de lo eterno.

Al Sagrado Corazón de Jesús

Señor: ante tu trono
llegamos reverentes
a venerar fervientes
tu Sacro Corazón.
Venimos impulsados
de amor por el exceso,
en místico embeleso
a darte adoración.

A meditar venimos
también unos momentos
en todos los tormentos
y angustias que sufrió,
para borrar del hombre
la mancha del pecado,
y abrirle el paso ansiado
del cielo que perdió.

Venimos, por tu sangre,
Señor, a suplicarte
te dignes apiadarte
de nuestro acerbo mal,
enviándole a tu Iglesia,

que sufre acongojada,
piadosa una mirada
de afecto paternal.

Y Tú, corazón santo,
escucha compasivo
el eco dolorido
que tiene esta oración,
y danos en la vida
penosa que llevamos,
a aquellos que te amamos
consuelo y bendición.

Jesús, recibe pío,
en esta humilde ofrenda
de nuestro amor, la prenda
que encierra nuestra fe,
y acepta como emblema
de místicos amores,
incienso, luces, flores
y cuanto aquí se ve.

Consejos a una amiga

Que no has podido Ramona,
hacer versos, me sorprende
porque es cosa que se aprende
a la primera intentona.

Como a la vez que talento
tienes imaginación,
no trabajo, diversión
tendrás y entretenimiento.

Y si a escribirlos te avienes
en estilo modernista,
es decir, decadentista,
mayor facilidad tienes.

Haces buena provisión
de términos retumbantes,
extraños y altisonantes,
buscados sin discreción.

Y luego los vas poniendo
como quien no lo ha pensado,

del modo más adecuado
que se te vaya ocurriendo.

Un «glaucó» pones aquí
y un «polícromo» adelante,
y luego un poco distante,
otro «polícromo» allí.

Y después «policromía»
por una o dos ocasiones,
y «macabras» a montones
y «neurosis» a porfía.

No se te vaya a olvidar
poner algún «coruscante»,
es término bien sonante
que nunca debe faltar.

«Clorótica», ya se entiende
que has de llamar a la luna,
porque pálida es una
cosa que bien se comprende.

Palabras extravagantes
tienes que poner seguido,
que no teniendo sentido
los versos son elegantes.

Y hasta gustan mucho más
mientras menos se comprenden,
que lo que todos entienden
es cursi, hasta por demás.

Por eso sin hacer caso
de reglas gramaticales,
ni de léxicos triviales,
escribes así, al acaso.

Te ríes de los preceptistas
y de su tonta exigencia,
haciendo tu inteligencia
lucubraciones altruistas.

Te aconsejo que inventando
términos nuevos del todo,
vayas con tacto y con modo
el idioma destrozando.

Has muchos aumentativos
y otros muchos derivados,
que si no son adecuados
serán siempre llamativos.

Lee, sobre todo, «El Tenorio»
que se llama modernista,
y de dislates la lista
formará tu repertorio.

Con eso y con repetir
una frase con frecuencia,
podrás, como consecuencia,
buenos versos escribir.

Sigue al Tenorio precisa
tomándolo por maestro;
y con tu poderoso estro
serás una gran poetisa.

A un ave

Adiós, ave viajera, prosigue tu camino,
no quiere tu destino que te detengas ya:
ante la vista tienes el infinito espacio,
y nubes de topacio tu vuelo romperá.

Adiós; ya del invierno se sienten los rigores,
no tiene el campo flores y palidece el sol;
el cristalino arroyo acorta su corriente
y el cielo transparente se tiñe de arrebol.

Tal vez lejos, muy lejos, del mar en la ribera,
tu tierna compañera contigo soñará,
y abandonada y triste al verse solitaria,
su canto, cual plegaria doliente exhalará.

Parte, y allí, a su lado, en el musgoso nido
a donde llega el ruido del agitado mar,
será tu voz más suave, más dulces tus concentos,
e imitarán los vientos tu célico cantar.

En el vecino bosque tendrás hermosas flores
de vívidos colores y aroma embriagador,

y eternos manantiales de límpida corriente,
y perfumado ambiente y un sol fecundador.

Te ofrecerá Natura constante primavera
cubriendo la pradera con poético abedul;
alumbrará tus noches la luna misteriosa
cruzando majestuosa un cielo siempre azul.

Adiós; tu dulce canto que acarició mi oído,
tan suave, tan sentido, jamás escucharé,
ya remontaste el vuelo... te alejas... ya te pierdo,
mas siempre tu recuerdo en mi alma guardaré.

Apuntes para la historia del Beaterio

No hace muchos años aún que se conocía con el nombre del Beaterio Viejo, la esquina nororiente de la manzana donde cruzan las calles Prisciliano Sánchez y San Cristóbal.¹ Allí fue en efecto, el lugar en que a mediados del siglo xviii, Marcos Flores, originario del estado de Michoacán y hermano descubierto de la Tercera Orden de San Francisco, muy conocido después en esta ciudad bajo el título de hermano Marcos de Jesús, intentó y llevó a cabo la fundación de una casa de recogimiento y vida común para niñas pobres, con el nombre de Beaterio de Santa Clara. Careciendo de recursos, logró su objeto en virtud de que el ayuntamiento le cedió el solar gratuitamente, y de que el mismo Flores trabajaba en la obra material como albañil, ayudado de tres hermanas suyas, que le servían de peones, y es natural suponer que contaría con el concurso de algunas otras piadosas personas, como también con limosnas que le proporcionarían medios de dar fin a su obra. Terminada modestamente y con un pequeño y pobre oratorio en que se decía misa, acaso sin licencia, se recogieron allí trece hermanas, incluso las Flores, y vivían en comunidad distribuyendo su tiempo entre la oración y el trabajo manual, con el que se proporcionaban la subsistencia, y bajo el mando de una de las hermanas del fundador a quien habían elegido como prelada y que no fue Ana de la Purificación, como se había creído, sino la madre Francisca de la Purificación. No se conoce el nombre que en el Beaterio llevaba la otra hermana.

Cuenta la tradición, que a la venida del señor obispo Alcalde, informándose de todo lo que le concernía, tuvo noticia de la existencia de aquella casa, en

¹ Hay razones para suponer que la entrada estaba por Prisciliano Sánchez.

la que sin permiso ni requisitos debidos, vivían en comunidad y ayudadas por su trabajo, cierto número de doncellas pobres para quien colectaba limosnas el hermano Marcos. Lo mandó llamar y le ordenó que en el acto disolviera aquella congregación que no se había fundado canónicamente. Sin embargo, el hermano Marcos le expuso con tal acopio de buenas y persuasivas razones, la necesidad que había de un recogimiento que no fuera colegio ni convento como los que ya existían, sino un beaterio para las jóvenes que queriendo vivir en clausura, por huir de los peligros del mundo, no se consideraban capaces de soportar las austeridades de la vida religiosa ni la perpetuidad de sus votos; que consintió en que todo quedara como antes, dejando al hermano Marcos en libertad de seguir sosteniendo la casa como pudiera.

Por 1776, cuando ya había fallecido el fundador y dejado su obra recomendada al señor provisor don José Eusebio de Larragoitia, quien no ha de haber hecho mucho caso de ella, puesto que habiendo suplicado a mediados de julio de ese año «al señor Nicolás Chávez que se dedicara a las Beatas y recomendando a éstas que se valieran de él como lo hicieron, pues las confesaba en la capilla y les daba limosnas por el torno». Sucedió, según se refiere en el libro de gobierno de esa congregación, que el primero de septiembre, yendo el padre Chávez a confesar a Juana Antonia de Nuestra Señora de Guadalupe, se encontró con el médico Rosillo, quien salía y le dijo: «bendito sea Dios que veo a usted en esta casa para que se duela de ella», afirmándole que de hambre más que de enfermedad se morían las beatas y le rogó que no las desamparase», lo que cumplió eficazmente el padre Chávez organizando mejor la comunidad, que ya entonces contaba con dieciséis beatas y dos hermanas domésticas de velo blanco, de todas las que se conserva lista nominal; acaeciendo por entonces la muerte de la prelada hermana del fundador Marcos. Poco después les proporcionó que lavaran ropa de la catedral, y era tan eficaz su injerencia allí, que habiendo renunciado ante el provisor su encargo para irse a su parroquia o curato,² y sustituyéndole el padre Salmerón, a los catorce días de haberse separado estuvo a punto de disolverse la comunidad porque no tenía régimen ni orden, ni elementos de conservación, ni

² No se sabe de dónde era cura.

más apoyo moral y material que el que daba el padre Chávez que, compadecido del estado que guardaban las beatas, les propuso el 26 de septiembre de 1777, que abrieran escuelas públicas de doctrina cristiana y de todas artes, a las veinticinco —que era el número a que habían ascendido entonces— a fin de que pudieran conservarse, a cuya propuesta contestaron que estaban prontas a hacerlo, pero que «no sabían más que leer y escribir (y no todas) coser común, hilar en malacate, tejer en sosopaste y aquellas cosas ordinarias que comúnmente saben las más mujeres»; a lo que el padre les contestó que con voluntad todo se facilitaría, prometiéndoles ayudarles con toda diligencia. En efecto, al día siguiente empezó la obra fabricando el local para las escuelas y reconstruyendo la capilla y los ambulatorios que amenazaban ruina, y se trabajó con tal actividad que para el 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís, cuyo hábito azul vestían las hermanas, se abrieron las escuelas gratuitas al público, siendo de suma utilidad puesto que fueron las primeras que hubo de esa clase.

El 22 del mismo mes ingresó al Beaterio Gertrudis Macedo, dando a su entrada como doscientos pesos, siendo la primera hermana de quien se menciona que hubiera introducido algo, pues de las anteriores a que se hace referencia en el libro de registro se dice: «entró Fulana sin más ropa que la que traía puesta», o bien, «hoy entró Mengana sin más que lo encapillado»; y a partir de esa fecha se encuentra que algunas entraban sin llevar nada y otras introduciendo cien, doscientos y hasta quinientos pesos, mucha ropa y aun libros de que se tomaba razón; y tan bien iba prosperando el establecimiento que ya el primero de enero de 1778 se abrió un colegio de internas, que se llamó más tarde de Santa Teresa, siendo Atanasia Martínez la primera niña que entró en él; y ha de haber seguido progresando el Beaterio de tal manera y sido de tan buena utilidad pública, que ya el señor Alcalde no volvió a tratar de extinguirlo, sino que, por el contrario, empezó a impartirle una pequeña protección enviándole desde el primero de enero de 1780, cien pesos anuales como obsequio a las beatas. La calidad de personas que ingresaban allí, tanto por sus recursos como por su ilustración hacía que todo fuera tomando mayores creces, y esto determinó al padre Chávez a ir a la ciudad de México el primero de octubre del mismo año a fin de traer lo necesario para habilitar la sala de labor, sobre lo que refieren las crónicas que volvió

en enero de 1781 «con varios artes y una memoria bien surtida para la sala de labor», y que procurando siempre que sus protegidas fueran útiles en todos sentidos, desde el 22 de este mes comenzaron a lavar la ropa del Santuario. En ese año ya el colegio había aumentado tanto, que se refiere de alguna colegiala que tomó el hábito de aprobanda introduciendo trescientos pesos, siendo también considerable el número de beatas, lo que determinó al obispo Alcalde a proponer al padre Chávez, que viera el local que, destinado para casa de cuna (y el cual objeto no había llegado a dársele,) a fin de que si le gustaba trasladara allí a las beatas. Todo parecía serles favorable desde que el padre Chávez tomándolas bajo su decidida protección, había procurado hacerlas de una utilidad notoria, conquistándoles simpatías y con ellas elementos bastantes para su sostenimiento, y tan fue así, que a 13 de febrero de 1781 se hizo escritura de la Hacienda de la Capacha a favor de la congregación y que el mismo año tomaron el velo otras hermanas introduciendo doscientos o trescientos pesos, sin que por eso les faltara el auxilio que periódicamente seguía enviándoles como regalo de pascua, el señor Alcalde.

El 24 de enero de 1783 el señor obispo Reyes, que pasó rumbo a su diócesis de Sonora, quiso visitar el Beaterio, lo que indica que era ya un establecimiento de cierta importancia, y del que se mostró complacido como lo quedaron el padre Chávez y las beatas de su visita, puesto que les concedió indulgencias a algunas de las imágenes que tenían; pero no obstante el incremento que había tomado la congregación, de que ya el padre Chávez había aceptado la oferta de la casa de cuna y de que ya se había pedido permiso a España para hacer la traslación proyectada (cuya contestación favorable llegó el 24 de marzo del año siguiente), el régimen interior ha de haber sido muy irregular, pues según el decir de la crónica, hasta el 25 de agosto de 1783 se empezaron a guardar las constituciones, lo que se hacía ya muy necesario, porque en el curso de los últimos meses habían tomado el velo —negro o blanco— veinticinco aprobandas, y del número total sólo habían muerto dos y separádose otras dos. Desde esa fecha seguramente dató la cifra máxima a que llegó después la comunidad, que fue la de cuarenta beatas o hermanas maestras y diez la de legas o domésticas; refiriéndose en 1784 que la hermana Micaela de Espino y Elizondo introdujo quinientos pesos y ofre-

ció dar una cantidad anual para su manutención, por tener cincuenta años de edad, pues la suma señalada como dote era de trescientos pesos, habiendo sólo diez lugares de merced según se practicó posteriormente.

Decretado ya el cambio de la comunidad a la casa de cuna convenientemente preparada para recibirla, se escribió la escritura de donación y se le dio lectura en presencia de las beatas, las que, cuando volvió el escribano, don Blas Silva para que la firmaran, se negaron a firmarla en atención a que había en ella cláusulas que les eran onerosas y contrarias a su constitución y a lo que mandaba el rey, pues la casa, dice la crónica, «está fundada con los fines de crianza y enseñanza de toda clase de niñas, así pobres como ricas, nobles y plebeyas, como hasta hoy se han recibido más de ochocientas con toda caridad, enseñándoles en primer lugar la doctrina cristiana y todo lo que sabemos, y hemos experimentado que las más no saben ni persignarse [...] y esto sin estipendio ninguno, sólo por el bien público». Y refieren las crónicas que el 24 de julio volvió el escribano Silva acompañado de otro y del padre Chávez, quien fue de parecer que no firmaran la escritura hasta hacer un ocurso al señor obispo suplicándole que la modificaran; que se retiraron Silva y su compañero, que tras ellos se fue el padre a ver al señor Alcalde, quien no quiso oír las razones que le exponía y que dijo que ya no daba la casa ofrecida; pero que cediendo a otra nueva instancia del padre Chávez convino por fin en darla y, añade la crónica, «el 27 de julio como a las nueve del día oímos ruido de coches y se nos fueron apareciendo, sin el menor aviso ni el más mínimo recado, el padre prebendado y el excmo. don Blas de Silva a llevar a ocho hermanas a presencia de su ilustrísima para que fuéramos a contestar allá; y quería hablarnos sin nuestro padre fundador, y de vernos tan asustadas y confusas nos dijeron que nos llevaban a ver la casa si nos gustaba. Todas estas cosas nos hacían estar más temerosas, pues estaba la calle llena de coches y gente (según nos decían los que estaban en la reja) y que decían afuera unos que nos llevaban a depositar, otros que íbamos presas por inobedientes, otros que nos querían dividir en tres o cuatro escuelas, en fin, nos llenaron de confusión y susto, todas sin saber qué hacer, que a no haberse hallado allí nuestro padre fundador, no sé qué hubiera sido de nosotras». Ya había dicho el padre prebendado, confesor del señor Alcalde «que a las niñas de honor las llevaran a

Santa María de Gracia o San Diego, pues ésa no era congregación ni lo podía ser; que las de aquí se enseñaran a lavar, guisar e hilar y que con sólo el rosario y un cuarto de hora de oración tendrían, y después al trabajo». Pero el padre fundador se arrojó a los pies del padre Alonso y lo conmovió, le enseñó las escuelas públicas, el colegio con las colegialas, los lavaderos, etcétera, un telar y dos tornos, uno de hilar plata y otro seda, porque cinco grandes y seis chicos estaban con los demás artes preparados para cambiarse; cerca de las doce se retiraron los señores con el padre Chávez, quien no logró ver a su ilustrísima y le dejó recado.

Así las cosas, el 11 de agosto a las cuatro de la tarde se presentaron en la casa del padre Chávez los canónigos Flores, Gutiérrez y Fuentes, acompañados de un notario, a comunicarle auto de que se retirara de las beatas sin avisarles. Él alegó, entre otras razones en contrario, que había enfermas graves y tenía negocios importantes con ellas y después de una larga conferencia, convinieron en que se haría escritura modificando lo anterior, y que volverían otro día a llevarle a que le pidiera perdón al señor obispo, lo que tuvo lugar diez días después, cuando encontrándole muy contento y habiendo este señor perdonádole, se acordó que al día siguiente fueran algunas de las madres a la casa de cuna a acomodar los trastos a donde habían de quedar, lo que se hizo durante tres días, yendo seis hermanas diariamente en *forlones*. La escritura, motivo de tantos y de tan serios disgustos para el padre Chávez, había sido firmada por éste y por las beatas desde el 23 del mes en curso.

El 25 de agosto de 1784 se bendijo solemnemente el nuevo Beaterio, que tantas mortificaciones había costado al padre Chávez, siendo la mayor la de haber incurrido en el desagrado del señor obispo, hasta el extremo de haberle ordenado que se retirara al convento del Carmen, al de San Francisco o fuera de la ciudad, lo que no llegó a suceder. Aquella comunidad que había estado a punto de extinguirse, y que había logrado a fuerza de consagrarle una protección decidida, no sólo conservar, sino acrecentarla y mejorarla, así en el orden moral o intelectual como en el material, proporcionándole gracias a la munificencia y protección del señor Alcalde, quien se la acordó al palpar lo útil que era a la parte débil y menesterosa de la ciudad, habitación amplia, provista de todo lo necesario y de un pequeño templo abierto al público; con un departamento com-

petente para el colegio, que ya contaba con 44 alumnas, y salones espaciosos y ventilados, que dando a la calle facilitaban la entrada a las niñas que concurrían a las escuelas y, en fin, con todo lo que podía desearse para un establecimiento de esa naturaleza.

El 26 de agosto (y no el 16 como equivocadamente dijo la *Gaceta de México*) se hizo la traslación de las hermanas al Beaterio nuevo con la mayor solemnidad. Fueron por ellas los tres canónigos mencionados antes y el provisor. Iban en coches, primero las hermanas domésticas, luego las colegialas y en seguida las beatas por orden de antigüedad, yendo atrás las más antiguas y la prelada con la regenta doña Luisa Báez. Custodiaban los coches los dragones, espada en mano, y asistieron los regentes Sánchez Pareja con todos los oidores, las comunidades religiosas, muchas personas de las más distinguidas de la ciudad y multitud del pueblo. La comitiva se puso en marcha a las cinco de la tarde, y empezando a repicar en el Carmen siguieron en las demás iglesias hasta llegar frente al Santuario, en donde bajando de los coches todas las hermanas y colegialas, se formaron procesionalmente y entrando a este templo, hicieron oración y se cantó la salve por los cantores de la catedral. A las seis y media tomaron posesión de su nueva casa.

Desde ese día dio el señor Alcalde a la comunidad el nombre de Congregación de Maestras de la Caridad y Enseñanza de la Visitación de Nuestra Señora de Guadalupe, trocando en negro el color azul del hábito que vestían. Después revisó el señor obispo las constituciones de las beatas, autorizándolas para que las siguieran; indicando en todo que estaba contento con la comunidad a quien ya había visitado y dándole amables consejos, lo mismo que su bendición al retirarse.

El 6 de septiembre tuvo lugar la apertura de las escuelas. A las que concurren de pronto trescientas niñas, pasando de cuatrocientas poco tiempo después. Esto se explica, a pesar de lo lejos que estaban situadas las escuelas, con ser las únicas de esa clase que existían en la ciudad; y por eso tal vez cuando aún estaban las beatas en su otra casa, mandó la audiencia informase qué número de piezas necesitaban, a fin de procurarles un lugar más céntrico. En efecto, con fecha 21 de noviembre, el fiscal Maldonado propuso en un escrito al señor Alcalde el local de la Compañía [de Jesús] para que las trasladara, al que contestó su ilustrísima el primero de diciembre diciendo que no quería que se cambiaran

de donde estaba porque le tenía mucho amor a ese barrio, el que deseaba que se poblara por interés de las escuelas; pero que si las beatas consentían en mudarse podían hacerlo, mas sin contar con las rentas que les había señalado. Estos trabajos de la audiencia volvieron a acarrear nuevos disgustos al padre Chávez, pues aunque le aseguró al señor obispo que no tomaba parte en tales pretensiones, no por eso dejó de experimentar nuevas muestras de su desagrado.

En ese mismo diciembre murió una hermana de las fundadoras, del tiempo del hermano Marcos, siendo la primera que se enterró en el Santuario, después de haber llevado el cadáver al coro de la capilla; en donde el padre presentado cantó la misa, y por eso, dice la crónica, «no se le mandaron sino hasta el 28 las pascuas al obispo con unas calzetitas de algodón y un pañito hechizo en casa».

El establecimiento seguía mejorando en todo, ya en lo material con obras de albañilería, ya en cuanto al culto, poniendo a la veneración pública en la capilla, una imagen del Sagrado Corazón de Jesús,³ a la que se le cantaba una misa los viernes primeros del mes; ya perfeccionándose las hermanas cada día más en las labores de mano en que siempre sobresalieron, como lo demuestra un ornamento⁴ que le hicieron al señor Alcalde —quien costeó su valor— que consistía en casulla, dalmáticas y paño de atril, que se estrenó en el Corpus del Santuario del año 1786, y con la cual quedó tan complacido que mandó mil pesos para que le hicieran capa, paño de púlpito y almaizar a fin de completarlo; pero en lo que más se hicieron admirar las beatas fue en los servicios que empezaron a prestar

³ En un libro del Sagrado Corazón de Jesús, perteneciente a una niña, vieron las beatas que estaba profetizado hacía cuatro siglos que en su congregación debía permanecer y extenderse la devoción del Corazón de Jesús, y por eso determinaron ponerlo en la capilla.

⁴ Este ornamento figuró en la exposición de objetos del uso del señor Alcalde que tuvo lugar en Guadalajara en agosto de 1892 con motivo del centenario de su muerte, habiéndose acreditado ser obra de mano por examen y juicio pericial de las señoritas profesoras de costura Dolores de la Torre y Dolores Gutiérrez, calzado con su firma. Se hizo necesaria esta diligencia porque la perfección de la obra hacía que algunas personas pusieran en duda su procedencia. La señorita De la Torre fue alumna de la escuela del Beaterio y decía haber trabajado allí en varias labores similares a esa.

desde la entrada del año de 1785, en que habiéndose desarrollado una epidemia de sarampión, que invadió también la casa no obstante las muchas enfermas que había en ella no desatendieron a las obligaciones que tenían contraídas con el público, pues seguían asistiendo a la escuela y atendiendo a las niñas con tal caridad que un día que llovió, detuvieron a comer a más de treinta que estaban convalecientes de sarampión. Así pasó ese año y ya en febrero de 1786, cuando la miseria, precursora del hambre, se hacía sentir con todo su rigor, empezaron a darles de desayunar y de comer a las niñas más pobres que fueron en número de ochenta, noventa y a veces más de cien. Ya en marzo la fiebre empezó a hacer estragos, aunque dice la crónica que «las más sanaron con vomitorios y sangrías», pues de la hermana Gertrudis Portillo de Señor San José, que murió el 15 de abril y que se enterró en uno de los sepulcros que en el Santuario había concedido el señor Alcalde para la congregación, no se expresa que fuera víctima de la epidemia, cuando la crónica hablando de ella sólo dice «esta hermana es la del cangro en el pecho a quien operaron don José Arellano, don Ruperto, don Juan González y don José Pamplona, que fue el que hizo la operación de cortarle el pecho: ella no se quejó, la hicieron en una silla, y estaba con los pies colgando; después se le cambió el cáncer al pecho que le quedaba y se le abrieron fuentes. El médico que primero la curaba era don Fernando Bonilla, doctor. Se le estuvieron dando por más de quince días lagartijos crudos y ranas».

Compadecido el padre Chávez de la situación de los pobres, que se morían de la peste y del hambre, habló con el padre mayordomo don José Antonio Moreno, con el señor provisor y con el señor cura del Santuario, don Juan de los Ríos, y a estos lo mismo que a otros señores que encontró en la casa del último, les encareció la necesidad de poner una cocina para dar de comer a los pobres, para lo que él desde luego ofreció facilitar cien pesos aunque tuviera que vender sus libros. Esa idea fue acogida; mas luego surgió la dificultad de que no habría una sola persona segura y capaz que quisiera encargarse de su ejecución; pero el padre Chávez ofreció que las beatas tomarían por su cuenta ese trabajo e inmediatamente se reunió entre las personas presentes y otras más, la cantidad de mil trescientos cincuenta y cuatro pesos, dos reales, de los que doscientos fueron dados por el iniciador con lo que desde luego se abrió la proyectada cocina y dice

la crónica: «cuando se les empezó a dar de comer y especialmente a los chicos se desmayaban; fue menester que los metiéramos adentro y estar dándoles poco a poco caldo y chocolate o vino de parras, todo líquido y cada ratito. Se llenaron dos salas de las escuelas de aquellos más imposibilitados y se pusieron dos madres para que los asistieran hasta que se recuperaran y a todos los demás se les daba por nuestra mano en los corredores, de desayunar, de comer y a las cinco de la tarde su pan y su atole, y a los grandes se les repartía en las casas de enfrente asistiendo N. P.». Esto continuó por más de dos meses, hasta que agotados los recursos se dejó de dar de comer a los pobres el 29 de junio. Pero, viendo el padre Chávez que la epidemia continuaba como al principio y que el hambre seguía, se propuso hacer un esfuerzo supremo para seguir socorriendo a los pobres, y aunque entre el regente, los oidores, fiscal, etcétera estaban sosteniendo un hospicio, habló con todos y logró convencer al regente de la necesidad que había de que se establecieran cuatro cocinas públicas, como en efecto sucedió, volviéndose a dar de comer a los pobres el 29 de julio en la de la congregación, para la que daba el señor obispo quinientos pesos mensuales y quinientos que se repartían en las otras tres.

Todas las personas que podían ayudaban a esta obra de caridad a medida de sus fuerzas, y así se refiere que «el señor Quintano dio una peña de plata, para ayuda de la comida de los pobres» y que el «señor Maldonado volvió a dar más de mil pesos». Y continúa la crónica: «porque ya no nos querían vender más de dos fanegas de maíz y no nos alcanzaba, pues sólo de atole era una fanega; afligido nuestro padre discurrió ver cómo les haría mantenimiento del zacate y de la hoja del maíz, lo que pusimos por obra cogiendo del zacate y picándolo con un machete, lo echamos en una olla y le echamos cal como si fuera nixtamal y luego se enjuaga muy bien y se muele en metate, y colado como atole se deja asentar y de lo más espeso se pone a cocer como atole, y si se quieren hacer tamales o tortillas se deja espesar como punto de cajeta algo más, y se le revuelve otro tanto de nixtamal y se hacen muy bonitas tortillas y tamales, que para dárselos a los pobres primero los comimos nosotros, y se les daban a ellos, y atole, y se lo bebían muy bien; lo mismo se hace con la hoja del maíz. También se pusieron a cocer seis libras de paja molida y colada sale un atole muy espeso, y éste dejándolo pasar, se

revuelve con otro tanto de nixtamal y se hacen tortillas no de muy mal gusto».

La fiebre que seguía haciendo estragos atacó en el mes de septiembre al padre Chávez (sustituyéndole en el Beaterio el señor cura Ríos), lo mismo que atacó a muchas de las madres y colegialas, al extremo de que el 22 de octubre fue preciso que se cambiara la cocina, porque las pocas sanas que había ya no podían seguir al frente de ella, no obstante que entraban más de treinta mujeres a moler y hacer la comida, y todavía en enero de 1787 no había maestras suficientes para las escuelas.

El 18 de agosto de 1787 encontrándose gravemente enfermo el padre Chávez de una enfermedad crónica que padecía, y que hay datos para creer que haya sido una afección cardiaca, habiendo ya recibido los últimos sacramentos, las beatas tomaron empeño en que se sacara un retrato de aquel virtuoso sacerdote a quien con razón llamaban su fundador, porque él era el continuador de la obra del hermano Marcos, y a quien debían no solamente la existencia de la congregación, sino también la altura a que en todas líneas había llegado. Aunque el padre no dio su consentimiento para que se le retratara y que, por el contrario, trataba de ocultar el rostro, se logró por fin sacar un retrato que aún existe. Y se refiere que un religioso franciscano que lo auxiliaba espiritualmente, le instaba a que hiciera testamento y que expresara a quién le dejaba recomendadas las beatas, a lo que contestó «a nuestro señor Jesucristo», y como le repitiera esta pregunta dos veces más, y contestara de la misma manera, le objetó que si no se les encargaba al señor obispo, a lo que el padre contestó al cabo afirmativamente. Después de esto, expiró el 20 a las once. Este señor había nacido en Teocaltiche, el 6 de septiembre de 1740, «de padres nobles y de mucha caridad», virtud que heredó en alto grado, como se ha visto en todo lo que hizo por las beatas durante once años y por los pobres en 1786; puesto que a él se debió el establecimiento de las cocinas públicas que tanto aliviaron su necesidad, costando al padre toda suerte de sacrificios que tuvieron por galardón el agradecimiento de sus contemporáneos, pero no el de la posteridad, puesto que su nombre ha permanecido olvidado o desconocido por más de un siglo.

Dios llamó a su seno al padre Chávez cuando su obra estaba ya consolidada, puesto que el señor Alcalde le había dado fondos suficientes para su sosteni-

miento (40 000 pesos) y le siguió dispensando su favor; siendo objeto también de estimación para todas las personas distinguidas de la ciudad y aun de los regentes, pues se refiere que en enero de 1788 fue don Antonio Villa Urrutia a visitar el Beaterio acompañado de varias señoras, entre las que se encontraban sus niñas Gertrudis y Regina, y de su hijo don Cirilo, sacerdote, quien dos veces estuvo a decir misa en la capilla.

Y así como se hizo notable la congregación en muchas cosas de utilidad pública, lo fue también en la práctica de su regla y de sus virtudes privadas en que sobresalieron algunas de sus hermanas que en el asiento de su muerte tienen la nota: «fue observantísima de la regla, humildísima, obediente, caritativa, benigna con las enfermas y dulce con sus súbditas»; o bien: «virtuosa en grado heroico», etcétera, y aun se refiere un suceso portentoso que merece la pena ser referido casi textualmente: «El 24 de julio de 1786 falleció la hermana María Rita de la Natividad Arellano, hija de don José y de doña Mariana Ochoa, vecinos de Durango. Entró el año 1779, tenía 28 años, fue ayudante de señorita y vicaria de coro; maestra de escuelas públicas; prefecta de domésticas; fue ejemplar en todo; probablemente en la humildad; nunca habló mal de nadie y fue muy festiva. La enfermera, después de muerta esta hermana, notó que tenía una cruz, a modo de Jesús, pintada en el pecho y en la cabeza tres clavos. Se le avisó al padre director y a su padre, el médico Arellano, y éste hizo que le lavaran las impresiones por ver si se le borraban; pero antes se vio más perfecta la cruz y los clavos que fingían como una flor de tres hojas; la comunidad y las niñas todas la vieron».

Como este colegio siguió sobresaliendo en algunas de sus artes fue muy favorecido por familias distinguidas que ponían allí a sus hijas, y como inspiraba entera confianza en todas líneas, en noviembre de 1810 un señor español apellidado García, temiendo la entrada de las tropas insurgentes en la ciudad, quiso poner a salvo su persona, familia e intereses, y al efecto reunió sus fondos, puso a sus dos hijas jóvenes en el Beaterio, pagando su colegiatura por dos años y huyó. Pasó este tiempo y otro mayor sin que se recibieran noticias de él, y sus hijas, que no tenían más familia ni personas que se interesaran en ellas, se quedaron allí ocupando lugares de merced. Una murió algunos años después y otra, ya anciana, fue más tarde muy conocida en esta ciudad como «la niña García»

porque una señora caritativa,⁵ sabedora de su triste situación, la sacaba cada año a vacaciones, y la primera vez que salió era tan inocente, que volvió a su colegio contando con horror que afuera había tal miseria que muchos pobres que no tenían casas, dormían de día acostados en las banquetas de las calles y eran los ebrios que estaban tirados a quienes aún no recogía la policía.⁶

El Beaterio siguió prestando importantísimos servicios durante muchos años, hasta que leyes demasiado liberales vinieron a ponerle fin, coartando en nombre de la libertad, la libertad individual, una libertad cuyo ejercicio en nada perjudica los derechos ajenos; y hoy en nuestro país,⁷ las jóvenes que tienen vocación para la vida religiosa o de comunidad en cualquiera de sus instituciones necesitan salir de él e ir a buscar en extranjera tierra un abrigo que no se les niega, pero en donde generalmente son mal queridas, dedicándolas a los quehaceres más pesados de la comunidad, sufriendo allí no solamente la nostalgia de la patria, la familia y el idioma, sino hasta la diferencia de clima, costumbres, alimentos, etcétera, pues según la elocuente o gráfica expresión de una señorita experimentada: «Allí hasta la virtud es diferente y se ama y se sirve a Dios de distinta manera que aquí».

Los conventos antiguamente eran un gran recurso para la mujer que no quería o no podía casarse, aun cuando hubiera elementos para vivir, porque la vida social tenía entonces grandes dificultades para una señora sola, y eran el puerto único de salvación para las jóvenes desheredadas de la fortuna, que en las mismas circunstancias de celibato carecían de un arbitrio intelectual o manual que les proporcionara medios para vivir honestamente: hoy las mujeres que están en este caso no tienen más que un camino que seguir... ¡Desgraciadas!

⁵ Señorita doña Atanasia de la Rosa, hermana que fue del señor canónigo del mismo apellido. Habitaba la casa P. S. de las calles del Liceo e Independencia.

⁶ Siendo yo pequeña, conocí a la niña García ancianita y muy sorda, y al preguntarle si quería ser monja o casada contestaba con la mayor sencillez: «Si Dios quiere que sea yo monja, seré monja y si quiere que sea casada, me casaré», lo que causaba la hilaridad de quien la interrogaba.

⁷ Estos apuntes fueron escritos en 1892.

Para concluir, conviene hacer saber que hace apenas como cuatro años (1888), que las beatas, no obstante estar pobres, enfermas y ancianas en su mayor parte, todavía tenían una escuela en la que enseñaban lo mismo que antes y también «sin extipendio ninguno y sólo por el bien público», pero ya las niñas no tomaban parte en aquella famosa fiesta anual de la coronación, que consistía en premiar a la niña más adelantada, es decir, a la que mejor sabía leer, escribir, contar, el catecismo de cuerito a cuerito, con meterla al Beaterio acompañada de otra niña que elegía por madrina, yendo muy bien ataviadas las dos. Allí las esperaba otra madrina elegida por las maestras de entre las colegialas, quien ponía a la premiada una corona de rosas de castilla y la paseaba por la huerta⁸ y todo el edificio haciéndole a la despedida algún pequeño obsequio consistente, por lo general, en jarritos olorosos compuestos con flores de seda peinada y algunos dulces y rosquetes.

Hoy no existen más que siete u ocho beatas separadas en algunos grupos; y habiendo fallecido una hace pocos meses en la Enfermería Guadalupana,⁹ pues por una extraña coincidencia, en el fin de esta congregación puede casi decirse lo que en el principio de ella afirmaba su médico Rosillo: «Que más que de enfermedad se mueren de hambre»; ¡de hambre, ellas a quienes el santo obispo Alcalde dio tantos millares de pesos!¹⁰

El local que habitaron parece que está aún custodiado por su fundador, puesto que en él se encuentra un establecimiento de caridad o si se quiere de filantropía: el Hospital Militar.

⁸ La huerta cerraba la calle del Seminario, que después se llamó del Liceo.

⁹ El 17 de mayo de 1922 falleció, asilada en la casa de caridad El Refugio de Guadalajara, la madre Carmen Velázquez, última superiora de esta comunidad, a la edad de 93 años según unos datos y 103 según otros. Nació en Ayo el Chico, siendo hija de don Antonio Velázquez y de su esposa doña Guadalupe Pulido.

¹⁰ El último miembro que subsiste de esta benéfica comunidad es María Jesús Aguilar, quien profesó en agosto de 1861, y quien salió del Beaterio junto con toda la comunidad cuando la exclaustración tuvo lugar en todo el país ya mediado el siglo XIX.

Refugio Barragán de Toscano
(Tonila, Jalisco, 1843-México, Distrito Federal, 1916)

¡Ése es el mío!

Si oyes decir que en cuna de tristezas
y a los arrullos del invierno frío,
nutrido en el dolor y el sufrimiento
se meció un corazón... ¡Ése es el mío!

Si oyes contar que es anémico y enfermo
enlutado a los velos del hastío
al banquete se sienta de la vida
un triste corazón... ¡Ése es el mío!

Si sabes que rendido y fatigado
herido al filo de rigor sombrío,
cabe las ruinas de esperanzas yertas
ha muerto un corazón... ¡Ése es el mío!

Tendencias opuestas

En el yerto jardín del pensamiento
se abrió la flor de los recuerdos míos
pálida como el lirio que en la tarde
se mece al viento de otoñales fríos.

Miróla el corazón y dijo triste:
¡En tu perfume encontraré la vida!
¡Y yo en cada una de tus lindas hojas
una esperanza lloraré perdida!

Dijo doliente el alma, y un suspiro
de ella escapado remontóse al cielo,
en tanto que una lágrima candente
brotó del corazón y cayó al suelo.

Así dos seres en el hombre luchan
cual corrientes radiales de la nube:
materia y corrupción el uno, baja;
espíritu inmortal el otro, sube.

Amor filial

Está la niña sentada
de la madre en las rodillas,
graciosa como los ángeles,
pura como los reflejos
del sol sobre las colinas,
risueña como los prados
y como el aura festiva.

Sus lindos brazos, a medias
cubiertos por la batista,
hoyuelados y redondos
de la madre el cuello lían,
mientras su boca de nácar
breve, boruquienta y lista,
la está besando en los ojos
en la frente y las mejillas.

Y cuando tan cara prenda
la madre a besar se inclina,
ella rehúye juguetona
la rizada cabecita
y esconde la blanca frente
entre la blanca batista

para volverla radiante
a la madre que la mima,
y la estrecha entre sus brazos
y con ternura infinita,
la prodiga mil caricias
y en sus gracias se extasía.

¡Feliz madre! Llena su alma
emoción indefinida.
Aquel amor es su cielo
y es su encanto aquella niña.

«Carmen, Carmen, ¿me amas mucho?»,
dice al besar sus mejillas:
y ella, con voz que asemeja
suave murmullo de brisas,
una música, una nota,
un suspiro, una armonía,
un rumor de castos besos,
dice entre alegre y loquilla:
«Como lo que hay en el cielo,
así te amo, madre mía.
A nadie amaré en el mundo
como a ti, sol de mi vida».

Con tristeza indefinible
la madre la oye; y suspira
al recordar que a su madre
lo mismo contó de niña.

Almas y flores

En un humilde tiesto
dos flores de la vida, se encontraron.
Pequeña y triste, la una;
fragante la otra y bella cual ninguna;
¡Se vieron juntas, y a la par se amaron!
¡Así suelen dos almas
que al mundo fueron en distinta cuna,
encontrarse por suerte,
y amarse con pasión hasta la muerte,
burlándose de sangre y de fortuna!

Amores del campo

Al señor don Agapito Ochoa

I

«Ensíllate el alazán
o la yegua champurrada,
y anda al pueblo, Juan Antonio,
a vender queso y bueyada.
De paso dile a tía Nica
que venga por su cuajada,
que quiero darle a la probe
tantita lechi quemada.»

Entra al corral, Juan Antonio,
y echa fuera la manada:
laza el fogoso alazán
y de un huásimo lo amarra.

Ya está ensillado el corcel,
ya el freno impaciente tasca,
y ya siente del jinete
la ligerísima carga.

Lleva sombrero alemán
con toquilla galonada,

con dos grandes iniciales
bordadas de oro y de plata.

La calzonera de paño
por el extremo abrochada,
hacia la rodilla abierta,
con botonadura blanca.

Y fajada a la cintura
una banda flor granada,
y un sarape del Saltillo
del alazán a las ancas.

«¡Qué guapo va, Juan Antonio»,
dice la madre encantada,
«con sus armas, su soguilla,
su machete y su gualdrapa.

¡Vaya si es guapo! Pues mira,
que aunque te canses no jallas
tres leguas a la redonda,
como la suya una cara.

Que yo tengo de casarlo
con una muchacha guapa,
fresca como una amapola,
como una rosa de pascua.»

Así ponderando al hijo
se quedan Juan y Mariana
hasta que desaparece
de un montecillo en la falda.

El arroyo

II

Cual la fresca primavera,
como el granado encendida,
viene a bañarse al arroyo
la encantadora Lucía.

Que es bella todos lo dicen;
mas yo digo que es más linda
que el arroyo en que se baña,
que lo albores del día.

Tiene ojos negros y ardientes,
pestañas grandes y chinas,
dientes que parecen perlas
en botón de Alejandría.

La nariz correcta y pura,
frente grande, alabastrina,
el pelo un poco quebrado,
fresca y tersa la mejilla.

Es graciosa y arrogante
cual las palmas de Turquía,
tan esbelta como el junco
que crece en la serranía.

Llega cantando al arroyo;
deja el calzado a la orilla,
y el pie pequeño y desnudo
entre la arena desliza.

Y alzando un poco la enagua
hacia las ondas se inclina;
y al verse tan hechicera
sonríe la picarilla.

Mete el pie dos o tres veces
en las azuladas linfas,
y entre alegre y juguetona
otras tantas le retira.

Enamorado el arroyo,
quizá al verla tan loquilla,
la baña de blancas perlas
que el mórbido pecho agitan.

Y al encontrarse bañada
de brillantes que cintilan
a la luz del sol, asoma
a sus labios la sonrisa.

Oculto en tanto en las ramas,
allá de la opuesta orilla,

Juan Antonio la contempla
con admiración divina.

Y al verla tan hechicera
esta promesa se hacía:
«Cuanto soy y cuanto tengo
daré por tu amor, Lucía».

Ella en tanto recelosa
alza su mirada limpia
y oculto tras los tacotes
a Juan Antonio divisa.

En encarnado se torna
el rosa de su mejilla;
trata de huir, mas el mozo
se le acerca de puntillas.

Y entre asustada y alegre
al agua baja la vista
en tanto que Juan Antonio
así le dice a Lucía:

—Tus gracias y tus monadas,
allá de la opuesta orilla
he mirado embebecido:
y tan cierto que eres linda
que celos me ha dado el agua
en que tu hermosura miras.
me ha dado celos el viento
que te besó a hurtadillas,

la arena en que el pie de niño
juguetona zambullías.
Y las perlas que saltaban
y en tu seno se escondían.

El sol que desde ese cielo
encendida te ponía.
y me he dicho: ¡Qué dichoso
Juan Antonio no serías
si pudieras ser arroyo,
viento, arena, perlas frías,
y sol que desde la altura
reditieras a Lucía!

—Galán eres y buen mozo
—dice bajando la vista.
—¿Quieres casarte conmigo
dulce alma del alma mía?
Si me das tu blanca mano,
tu hermosura peregrina
será el sol en que me abrace
por la noche y por el día.

Te llevaré a donde vaya,
reina de la serranía,
y en fogosos alazanes
iremos al pueblo a misa.

Te llevaré a la majada,
verás ganados y crías,
y beberás dulce lechi
en blancas tazas de China.

Y al calor, con tu ligera
enagua de muselina,
te conduciré a los bosques
de pinos y altas encinas.

Verás a las borregadas
saltando entre la pedrisca
y pastando entre la yerba
los toros y las vaquillas.

Y cuanto mires en torno,
mi sultana peregrina,
será tuyo, sólo tuyo;
como es tuya el alma mía.

— ¿Y es cierto lo que me dices?
¿Es verdad lo que me pintas?
Porque mi padre me dijo,
no hace mucho: «Mi Lucía,
de engañar a las muchachas
los hombres tienen manía».

Por toda respuesta el mozo
con donaire y gallardía,
puso un anillo en la mano
de la seductora niña.

Como tímida gacela
ella después se retira
con el corazón flechado,
como la grana encendida.

Y él montando en su alazán,
deja atrás la serranía,
y se va al pueblo soñando
con la imagen de Lucía.

Prendada está la hechicera,
se dice con alegría;
en tanto que suspirando,
ella el arroyo no olvida.

Y dice: «Viendo el anillo
que en su blanca mano brilla,
muy pronto será envidiada
de toda la ranchería».

La llegada

III

Con el guapo Juan Antonio,
ella por fin se ha casado,
y con música y cohetes
los esperan en el campo.

Desde tiempos muy remotos
acostumbran en los ranchos
quitarle la espuela al novio
entre risadas y aplausos.

E ir a bajar a la novia
es honor tan estimado,
que corren a verla aún lejos
en sus fogosos caballos.

Así es que todos aguardan
con impaciencia en el rancho,
y miran hacia el camino
que a su encuentro ha de llevarlos.

De pronto gritan: ¡Los novios!
cada uno parte esperando,
en aquella apuesta lucha
ser el más afortunado.

En una nube de polvo
los jinetes y caballos
de pronto quedan envueltos;
pero ya llegan, ¡qué chasco!

La traviesa de Lucía
loquilla riendo al mirarlos,
ágil como la gacela
pega un brinco del caballo.

Y que ¡Viva! gritan unos,
otros celebran el garbo
con que supo disputarles
la victoria palmo a palmo.

Al novio quita la espuela
el más apuesto y gallardo,
después vanse a la ramada
do el mariachi está tocando.

Grandes vasos de tequila
se corren de mano en mano,
y piden para los novios
un jarabe repicado.

Y ella terciando el rebozo,
una punta en cada lado,

sigue el son con tanto tino
que parece anda volando.

Hace el tequila su oficio,
se ponen muy humorados,
sigue la locura, el pleito,
y hacen el arpón pedazos.

Pagan luego el instrumento,
que es costumbre, en esos casos
quebrar, pues de lo contrario
dicen: no sirvió el fandango.

Concluida la tornaboda
cada cual se va a su rancho,
¿y los novios?, como todos;
vida nueva y al trabajo.

Pero su vida está exenta
de ese hálito emponzoñado
que se respira en las cortes,
entre el oro y el brocado.

Pues que no hay amor más puro,
cariño más tierno y santo,
que el que crece y se alimenta
bajo las auras del campo.

Parábola de la oveja perdida

Pastaban en verde campo
cien ovejas muy hermosas;
una de ellas se extravió
entre las vecinas rocas.
El pastor la echa de menos,
y, como las ama a todas,
con sus gritos lastimeros
todo el contorno alborota.
Deja las noventa y nueve,
sin mirar que quedan solas,
y en busca de la extraviada
pasa larguísimas horas.
Al fin la encuentra, y la trae
al rebaño donde mora;
y haciéndole mil caricias
alegre cántico entona.

En la oveja descarriada,
que el pastor lamenta y llora,
se ve al pecador que errado
la ley de Dios abandona.

¡Murió el siglo! ¡Viva el siglo!

Cien años hace que un día
brilló tu primera aurora.
Naciste bien a deshora
y quizá en noche sombría.
Al ofrecerte la flora
de sus nectáreos la esencia;
al par, con dulce cadencia,
luciendo plumas de encaje;
las aves en el ramaje,
no anunciaron tu existencia.

Mas... ¡qué importó! Los poetas
con su numen por tesoro,
templaron las arpas de oro,
entre las sombras discretas;
y en verso egregio y sonoro
te dieron la bienvenida...
¡Quizás les fue presentada
tu grandeza soberana,
y te cantaron ¡Hossana!
con voz vibrante y sentida!

Siglo en portentos fecundo,
¿qué genios te bautizaron?
¿Qué arcángeles te arrullaron?
¿Qué sol te alumbró en el mundo?
Eres grande, eres profundo,
tus hechos son inmortales;
la ciencia te dio a raudales
los tesoros de su genio,
y del mundo, en el proscenio,
asombraste a los mortales.

Vapor tomando por alas;
electricidad, por bríos;
bogaste en mares y ríos,
derroche haciendo de galas.
Del poder en las escalas,
fuiste titán que se encumbra,
meteoro que deslumbra
haciendo surja la luz
de las sombras, del capús,
de la enlutada penumbra.

Transportaste el pensamiento
por los hilos de una idea;
¡mas tu genio que aletea
no se cansa, está sediento!
Sueña, en su noble ardimento,
otra palma, otra victoria;
y así, en pos de nueva gloria,
las imágenes alienta,
revive escenas que asienta
en sus páginas la historia.

Grabar voz, timbre, cadencia,
palabras, modulaciones;
una fue de tus creaciones
sublimes, sin competencia.
Empleando ruda potencia
puentes de hierro puliste,
rieles de acero tendiste
y, horadando las entrañas
de las abruptas montañas,
lejanas tierras uniste.

Inventando proyectiles
y fabricando cañones,
diezmaste los batallones
como el lobo, los rediles.
¿De las cadenas serviles
el engranaje deshaces...?
¡Luz de libertad en haces,
le das a la patria mía,
hollandando la tiranía
con el pendón de las paces!

Has querido que tus huellas
el tiempo nunca borrara,
y de tu pupila clara
surgieron, cual las estrellas,
luces ingentes y bellas,
Cuya intensidad admira;
y arden hoy en la alta pira
donde descansas inerte,
en los brazos de una muerte
que del mundo se retira.

¿Qué ciencia no floreció
bajo tu imperio asombroso?
¿Qué industria, qué arte en reposo
bajo tu influjo quedó?
Todo por ti renació
a una vida de adelanto;
y entre risas y entre llanto,
la ignorancia desarmada,
fue a ocultarse avergonzada,
hecho jirones el manto.

¡Qué herencia tan estupenda
al siglo que viene dejas...!
¡O se hunde en sombras añejas
o sigue tu ilustre senda!
Es fuerza que de ti aprenda
legendarias maravillas,
para que caiga hecha astillas,
la imagen del retroceso,
y siga en marcha el progreso
sin envidias ni rencillas.

¡Siglo, no te vi nacer,
no te he cantado en pañales;
salmodeo tus funerales
porque te vi fallecer!
Acaba de aparecer,
quizá en glorias, tu segundo...
¡Duerme en paz, siglo fecundo!
Tu fosa cava la gloria;
lápida te da la historia:
¡y amplio panteón, el mundo!

¡Siglo xx, te saludo
sobre el cadáver del muerto!
Llegas a la vida, incierto,
en medio de invierno crudo.
De honores vienes desnudo...
mas nada importa, ¡adelante!
En todo saldrás avante
si creyeres, como creo,
que sin fe, serás pigmeo;
y con fe, serás gigante.

Atlixco, 31 de diciembre de 1900

El papalote

La tarde era deliciosa; tarde saturada de perfumes y delicadas emanaciones; apacible y llena de esos mil deleitosos rumores que esparce el viento para recogerlos más tarde entre sus alas de gasa. Valentín, gracioso niño de tez morena, sonriente y caprichosillo, cerró un libro de estampas que tenía abierto, junto al costurero de su mamá y echó a correr hacia el escritorio donde su buen padre se ocupaba en aquellos momentos en poner en orden unos papeles. El chiquitín se le echó encima, sin más ni más, y le dijo con zalamería:

—Papacito bonito, me vas a llevar al llano para que vuele el papalote que me hizo Anselmo.

—¿Pero dónde está el viento para que vuelas ese enorme papalote? —le contestó su padre cariñosamente.

—¡Vamos, vamos, papá, en el campo hace viento, ya lo verás!

—¡Pero, hijo, si estoy muy ocupado y...!

No concluyó la frase porque el niño corriendo, le había dejado con la palabra en la boca, regresando pocos momentos después, haciendo caballo del bastón de don Antonio y fustigándole con su sombrero.

El buen señor no tuvo otro remedio que acceder a los deseos del rapazuelo. En el zaguán, derecho como la estatua del Comendador, aguardaba Anselmo a su amito con el papalote en las manos. Valentín estuvo a punto de tirar al coloso, al colgarse de sus largas piernas para manifestarle su alegría por aquella obra maestra, cuyo centro ostentaba la redonda cara de un sol rojo circuida de radios simétricos, que él recibió con gran contento. Una vez en el llano, don Antonio buscó dónde sentarse, y Valentín dio a su papalote toda la cuerda. Pronto aquel

pliego de papel envarillado y pintarrajeado evolucionó en los aires, ondulando su nudosa cola.

—¡Mira, papá! —decía el chicuelo—, ¡qué alto sube...! ¡Cómo se balancea! ¡Su sol se ve chiquito...!

—Vamos, le sopla el viento de la fortuna como al tío de Anselmo!

—Oye, papá —dijo después de un rato— ¿quieres explicarme qué es eso del viento de la fortuna?

—Sí; recoge tu papalote y te lo diré.

Obedeció Valentín y fue a sentarse al lado de su padre, quien se expresó de esta manera:

—El vulgo, hijo mío, llama «viento de la fortuna» a la suerte o buen éxito que corona los negocios emprendidos; pero razonando bien, este «viento de la fortuna», no es más que el resultado del tino, la fe y la constancia en el trabajo. Así como el papalote manejado con tacto y prudencia, sube hasta donde se quiere y puede, sin estar expuesto a enredarse en los árboles ni caer en las azoteas, toda empresa iniciada con la palanca de la fe y llevada a cabo con discernimiento y buen sentido, tiene que dar felices resultados. Jesucristo decía a Pedro, durante su vida mortal: «Con la fe puedes cambiar los montes». Yo te digo ahora que con el impulso de la fe, de la probidad y de la constancia en el trabajo, se puede cambiar la suerte. Pero puesto que el sol aún no se pone y el tiempo es tan bello, voy a referirte dos cuentecillos que te serán útiles.

La cartera

Aún no hace muchos años que para transportarse de un lugar a otro, no había más medios de locomoción que los que ofrecieran los coches de mulas, caballos, asnos, carretas y carros; sin contar los propios pies, vehículo económico de la gente pobre. Una de tantas veces en que la diligencia de Lagos salía para Guadalajara, tomó asiento en ella don Benito López Carvajal, rico hacendado de Jalisco, cuyos negocios de campo le tenían casi siempre de camino.

Era dicho señor muy comunicativo: así fue que apenas hubo tomado asiento en el apollado coche, cuando ya se le vio conversar amigablemente con un señor grueso y amable que iba a su lado. Con alegre cara y animación creciente, poníale al tanto de sus negocios que, según su decir, marchaban viento en popa; le ponderaba la riqueza de sus plantaciones de caña, la belleza de sus trigales y el verdor y crecimiento de sus maizales.

Entre Ciénega y Zapotitlán, en el periodo álgido de aquella amena conversación, abrió Carvajal su cartera para enseñar a su compañero de viaje, unos papeles que se relacionaban con sus negocios; eran unas facturas. A tiempo de volverlos a la cartera, un pasajero señaló un hermoso venado que atravesaba el campo; y él, como todos los demás viajeros, quiso verlo; y sacando la cabeza por la portezuela, distraídamente apoyó la barba en las manos, y la cartera se deslizó sin que él lo echase de ver, pues creía tenerla ya en el bolsillo.

Un labriego que con su morral al hombro, atravesaba el camino en aquellos momentos, la levantó; y no dudando fuese de alguno de los pasajeros de la diligencia, dio voces sin resultado alguno, pues aquélla se perdía ya a lo lejos, entre el polvo del camino. Pero la parada no estaba distante; allí se detendrían a comer

los que en ella iban, y el labriego que lo sabía, apretó el paso seguro de llegar a tiempo.

Los viajeros estaban aún sentados a la mesa, cuando don Benito notó la pérdida de su cartera. En vano la buscó repetidas veces en todos sus bolsillos, la cartera no apareció. Lo que más lamentaba el buen señor, no eran los valores que contenía, sino los papeles de gran importancia que en ella guardaba.

Cuando más preocupado hacía comentarios sobre lo ocurrido, presentóse el labriego sombrero en mano sudoroso, colorado el rostro y agitado; y saludando con bondad, dijo:

—Sus buenas mercedes me dispensarán si los interrumpo... si me atrevo...

—Habla, buen hombre, estás dispensado —contestó Carvajal, alentando una débil esperanza.

Entonces, desenvolviendo aquél un pañuelo azafranado, adelantó la cartera, diciendo:

—Cerca de Ciénega, he encontrado esto, y suponiendo fuera de sus mercedes, he corrido hasta aquí...

El corazón de don Benito dio un vuelco de alegría y levantándose de su asiento tomó la cartera y estrechó la callosa mano que se le presentaba, diciendo:

—Acabas de hacerme un gran servicio trayendo esta cartera. Quizá otro no lo hubiera hecho. ¿Cómo te llamas?

—Narciso, señor; vivo en Ciénega y trabajo honradamente en lo que se presenta, y a Dios gracias, nunca nos falta una tortilla que comer, porque mi Petra y mi hijo Nicanorcillo también trabajan.

Carvajal tomó de la cartera un billete de a cien pesos y ofreciéndolo al honrado labriego, le dijo:

—Narciso, esto no es pago de lo que has hecho, porque hay acciones que no tienen precio y ésta es una de ellas. Si algún día necesitas de mí, búscame en Guadalajara, donde todos me conocen.

Narciso, rico con aquella dádiva, tornó a Ciénega contento y satisfecho de haber cumplido con un deber, cuya recompensa labraría su bienestar, como sucedió más adelante.

La hija del bandido
o Los subterráneos del Nevado
(Novela, fragmento)

LOS BANDIDOS DE CAMINO REAL

1. La víspera de un cumpleaños

El toque de oración resonaba en las vecinas rocas, repercutiendo pausadamente en cada uno de sus altos vericuetos y comunicando al último miraje del día, esa melancolía, mezclada de tristeza y de cansancio, en que tanta parte toman las fatigas y rumores que se alejan, como el reposo que se vislumbra ya cercano.

La ronca voz de la campana que despide el día, vibraba aún, ronca y clamorosa, cuando dos hombres, recatándose cuanto podían a las miradas curiosas de los transeúntes; montados en briosos caballos, que hacían saltar chispas de lumbré, bajo la presión de sus herraduras chocadas contra las piedras, perfectamente embozados con grandes sarapes de Saltillo y sombreros de anchas alas, calados hasta los ojos, salían de Ciudad Guzmán, por la calle recta de San Pedro.

A juzgar por las apariencias, aquellos hombres parecían ser dos buenos amigos, que se dirigían a la garita, o simplemente se ocupaban de dar un paseo, gozando la frescura de una noche tibia, embalsamada y envuelta en los efluvios transparentes de la luna llena: de esa viajera incansable de los espacios, cuya redonda cara parece sonreír a la naturaleza, de esa lámpara de oro que surge entre las estrellas, con la misma altanería que una reina entre sus damas.

Al llegar frente a la garita, se vieron detenidos por un guardia, que marcándoles el alto, les preguntó:

—¿Quiénes sois y a dónde vais?

—Perteneceemos a la policía secreta y vamos a Zapotiltic, donde sabemos que merodean unos pilletes, hijos de Caco —contestó uno de ellos en voz baja.

—La contraseña —insistió el guarda.

—«Seguridad por la Corona de Castilla» —contestó el interpelado al oído del guardia, como si temiese que sus palabras fuesen escuchadas por algún extraño.

—¡Adelante y buen éxito! —exclamó el guardia, volviéndose a ocupar su puesto, muy satisfecho de sus deberes.

Los jinetes desaparecieron entre una nube de polvo, oprimiendo con las espuelas, los ijares de sus corceles, y guardando silencio.

Al llegar al Pedregal, y ya en un punto en que los huizaches formaban una sombra oscura y compacta, torcieron hacia la derecha, tomando una estrecha vereda, difícil y pedregosa, por la cual comenzaron a subir hacia la falda del volcán.

Aquel estrecho camino les era sin duda muy conocido, porque caminaban de prisa, y sin cuidarse gran cosa de las grietas, rocas y aberturas que tienen generalmente todas las montañas.

Habían andado así cosa de dos horas, y comenzaban a bordear una bellísima barranca, sombreada por altos y flexibles ocotillos, cuyas ramas movidas por el ambiente de la noche, formaban ese poético rumor que puede llamarse la armonía de la sierra, por la melancólica dulzura que infunde al corazón.

Uno de los nocturnos viajeros, y que era el mismo que había contestado al guarda, dirigió entonces una mirada recelosa en torno suyo y cerciorado sin duda que nadie podría escucharle, dijo a su compañero:

—Nos hallamos en la barranca del Arroyo Seco, los peligros disminuyen; podemos hablar algo, porque ya la boca se nos apesta a cobre.

—Es verdad mi capitán —contestó el que marchaba a su lado—, rato hace que la sin hueso no hace su oficio.

—¡Qué diablos! Si los guardas no fueran tan caballos como todos los gobiernos, esta noche nos hubieran atrapado; porque la luna no deja de ser una mala compañera para los de nuestra calaña.

—Tú ves, Teodoro, el lado malo, pero no el bueno. También pudimos nosotros volarle al maldito guardia la tapa de los sesos, maniobra que me hubiera encargado con todo gusto y sin trabajo, por aquello de... «Quien roba o mata ladrón tiene...»

—¡Cien años de perdón! —exclamó el capitán completando la frase y riendo socarronamente—. Has acertado. Pero volviendo al mal percance que pudiera habernos sucedido, ya ves que la suerte nos fue favorable como siempre. Me envanezco de tener 17 años reinando en esta montaña, sin que todo este tiempo haya fracasado ninguna de mis empresas. Tú eres un testigo de ello.

—Sí, mi capitán. Pero lo que no cabe en la mollera es que háigamos ido a Zapotlán en pleno día, hoy que la policía nos sigue la posta con tanto ardor, deseosa de echarnos garra. Por más que me devano los sesos, no hallo...

—No hallas el motivo, pero yo te lo explicaré —dijo el capitán encendiendo un cigarro—. Mañana cumple mi María quince años: es ya una señorita. Y deseando hacerle un regalo que no se debiera a la rapiña sino a mi dinero, he ido tomándote a ti por compañero, que eres de mi cuadrilla, el más adicto, intrépido y valiente.

Teodoro se irguió sobre la silla diciendo:

—Esa confianza me honra mucho, mi capitán. ¿Y habéis comprado...?

—Un regalo, del que forman parte un libro místico y un Santo Cristo de marfil.

—¡Si pensaréis hacerla monja, mi capitán!

—Casi, casi lo es ya —contestó melancólicamente—. La pobre niña vive siempre guardada, si no por espesas rejas de hierro, sí por rocas impenetrables, donde sólo el águila anida y donde habrán de estrellarse siempre, todas las pesquisas de la policía.

—¡Vaya un regalo! —tornó a exclamar Teodoro.

—Que ella estimará mucho, porque es buena como un ángel —dijo el capitán suspirando.

Al terminar estas palabras, llegaban a una explanada angosta, cubierta de árboles y breñales; tupidas guías de chayotillo, sandía cimarrona y yedras silvestres impedían a cada paso. Que las cabalgaduras de los jinetes continuasen su camino sin desvío, por lo que a cada momento, torcían la vereda que llevaban; pero esto sin fatiga ni inquietud, pues parecían familiarizados de mucho tiempo, con aquellos parajes ocultos. Continuando su camino, llegaron al pie de la explanada, que semejante a un cono dibujado terminaba en punta; desde allá

siguieron culebreando un sendero angosto, en el cual muy apenas podían dar el paso los caballos. A los lados del sendero, se elevaban inmensas rocas que hacían imposible la sagacidad de una mirada que desde fuera quisiese penetrarle.

De cuando en cuando saltaban sobre aquellos atletas de la ruda naturaleza esbeltos venados y ligeras ardillas, que hacían volver la cabeza de nuestros hombres, y que huían, perseguidos por algún lobo hambriento.

Al final de aquella barranquilla profunda y lóbrega, los caballos se detuvieron por costumbre y también porque de allí no habrían podido pasar.

El capitán aplicó a sus labios un cuerno de caza, despidiendo un sonido hueco y prolongado y, acto continuo, aquel sonido fue contestado por otro, que más bien parecía graznido de lechuza que sonido humano. Y casi al mismo tiempo apareció por entre la maleza y las rocas otro hombre de mala catadura, vestido sucio, harapiento, y con una ancha cicatriz en la mejilla izquierda.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el capitán al aparecido.

—Nada, mi capitán —respondió serenamente el hombre.

—Pues mete los caballos y échales rastrojo, porque lo que hoy han andado no es muy poco que digamos.

El capitán y su compañero echaron pie a tierra. Y nuestro hombre, tomando los caballos por la brida, se adelantó por una barranquilla montuosa que partía del sitio donde estaban hacia la derecha.

Acercóse a un alto paredón, examinando antes el sitio; y colocando la mano en un borde saliente que la maleza cubría y que él apartó con cuidado; separó un grueso tablón tan perfectamente cubierto por el barro, que aún se veían nacidos en él, algunos mechones de zacate.

Entonces pudo verse una oquedad bastante amplia en dimensiones, y tan profunda, que no se habría podido determinar su grandor a la simple mirada. Básteme añadir que su entrada era bastante amplia para dar paso a cualquier caballo o mula cargada.

Aún existen al pie de este volcán, y en distintas direcciones, algunas bocas de estas cuevas subterráneas, que son frecuentemente visitadas, aunque nadie se atreve a penetrar en ellas. Dícese que estaban destinadas a hacer desaparecer las mulas cargadas, secuestradas por los ladrones en aquellos contornos.

El hombre alargó la rienda de un caballo hasta colocarlos uno tras otro, y estirándolos, comenzó a andar por aquel extraño pasillo, cuyo declive casi tendido le condujo bien pronto a un pequeño patio perdido en aquel laberinto de rocas, y que apenas daban entrada, por ignoradas grietas, a una luz débil y opaca. En aquella extraña pesebrera había una pileta de piedra llena de agua, y dos o tres montones de paja y rastrojo.

Desensilló los caballos; colocó las sillas en una alta roca, saliente hacia dentro, y tornó a salir, asegurando bien por medio de un resorte, aquel gran tablón adherido a la roca.

Ya afuera otra vez, retrocedió doce pasos; levantó una piedra, y desapareció por una hendidura que ésta guardaba, dejando caer la piedra tras sí. Encendió una linterna, y casi arrastrándose, porque no podía ser de otra manera, atravesó un subterráneo, a cuyo término la oquedad ensanchándose tenía la figura de un cuadrado perfecto.

Aquella cueva, labrada a pico por la mano del hombre, era digna de estudio, por lo bien pulido de sus paredes, altas e iguales. En el centro de cada una de ellas, sobresalía, de la misma roca, una especie de nariz como de unas nueve pulgadas de espesor, atravesada de lado a lado horizontalmente por un barreno.

Por cada uno de estos barrenos pasaba una soga, cuyos extremos, unidos unos y otros, formaban hacia el centro de la cueva un grueso calabrote, que iba a perderse en un agujero abierto en el centro de aquélla, y que tenía las dimensiones de una boca de noria.

Asido nuestro hombre de aquel macizo calabrote, descendió tan rápidamente como un cubo de noria, encontrándose luego en una cueva cuadrilonga, en cuyo centro, otros hombres mal vestidos y sentados en el suelo formaban rueda, jugaban albuces, sobre un sarape sucio y raído, que extendido en el suelo, servía de carpeta a aquellos discípulos de Birján.

Al ver al viajero del calabrote, uno de aquellos hombres, el que parecía ser el más joven, porque a lo sumo contaría 25 años, exclamó:

—¡El Pinacate en tierra! ¡Ea, muchachos! Bien podemos pelarle algunas cuartillas. Campo y que entre a la rueda.

—¡Sí, sí, campo al Pinacate! —gritaron a un tiempo todos aquellos hombres con acento vinoso y cara repugnante.

El Pinacate, como sus hombres le llamaban, no se hizo del rogar y doblando las piernas fue a sentarse en un claro, que los otros replegándose, habían dejado.

—Mucho has estado fuera, ¿qué traes de nuevo? —preguntó uno.

—Lo de siempre —dijo el Pinacate con énfasis—, que el señor gobierno pela el ojo y nos sigue la pista.

—¡Bah! Ese señor no dará con nosotros por más que se desnarice —dijo otro con desprecio.

—No hay que fiar, valecito —exclamó el más viejo—; tarde o temprano se pagan las deudas y nosotros tenemos algunas.

—Mientras tengamos un capitán tan valiente como el que tenemos, creo que no pagaremos las tales deudas —contestó el que se hallaba a la derecha del viejo y codeando al que estaba a su lado, añadió—: y tú, Patiño, ¿qué diablos tienes que no hablas hoy? ¿En qué piensas?

El interpelado le miró y con acento socarrón le contestó:

—Pensaba en que si el capitán es muy valiente, su hija es muy hermosa.

—¡Cuidado que está muy alta para ti! —murmuró otro de la rueda.

—No tanto como crees —dijo Patiño con altanería.

—Es que... —insistió otro.

—Lo bello no puede dejar de admirarse con los ojos y de amarse con el corazón —contestó Patiño.

—¡Chist! El capitán llega —murmuró el Pinacate colocando un dedo sobre la boca y aguzando el oído.

Efectivamente, como si las anteriores palabras fuesen una contraseña, viose aparecer tras ellos al capitán, llevando a la cintura un ancho puñal y un par de pistolas bien montadas y finas.

Pero echemos una mirada rápida sobre su persona, para tener una idea del famoso bandido, que entonces aterrorizaba todos aquellos contornos.

Su estatura era más que mediana y de regular complexión. Su rostro, demasiado tostado por el sol, era ligeramente redondeado, pudiendo notarse en él la

dureza del alma que le animaba. Sus ojos poseían una mirada sagaz y penetrante, chispa del alma depositada a la sombra de una espesa ceja, que dilatando sus extremos sobre la abultada nariz, parecía un hilo levemente arqueado. Una patilla negra abundante y larga caía sobre su pecho, y sus labios, que eran gruesos, rara vez dejaban asomar una sonrisa.

Hombre de valor y resolución, no se arredraba ante el peligro, y jamás sus compañeros le habían visto volver la espalda al enemigo.

En el campo de honor, defendiendo los sagrados derechos del ciudadano; sosteniendo una causa justa o peleando por su patria, Colombo habría sido un héroe en el campo del crimen y del vandalismo, a cuya carrera se había dedicado desde muy joven. Dirigiendo el asalto de despojo, atropellando todo derecho, sólo era un bandido terrible cuyo nombre se recitaba con pavor, cuya crueldad y dureza eran comentadas en grado superlativo.

Adelantándose con aire de rey hacia la rueda de jugadores, y alisando con una mano la barba, un tanto crespa, exclamó:

—¡Hola, muchachos! Veo que estáis muy descansados, ganándoos las pesetas como si ningún trabajo os diese adquirirlas.

—¡Ay, mi capitán! —exclamó el Pinacate—, y mucho que nos da. Nos cuesta más trabajo que a sus dueños legítimos, porque ellos ni exponen la pelleja, ni corren el peligro de balacearse a lo alto de un palo, sirviendo de banquete a los zopilotes, como nosotros.

—¡Bah! ¿Con que no tienen ese peligro? ¿Pues a qué están expuestos cuando caen en nuestras manos? —preguntó otro, mirando con sorna al Pinacate.

—Hasta ahí, valecito, ni mosca que se te pare enfrente, porque has dicho la pura verdad —dijo el más viejo.

—¡Bien, bien! —exclamó el capitán, poniendo término al diálogo de sus camaradas—, dejad a un lado las balacas. ¿Sabéis borricos que mañana tendremos un gran día?

—¿Alguna conducta como la que quitamos hace dos años, custodiada por el coronel Miranda...? —preguntó Patiño.

—Mejor que eso todavía —murmuró el capitán riéndose—; para la conducta necesitaríamos plomazos y puñaladas; pero para lo que habrá mañana, ni arre-

meteremos soldados, ni emprenderemos asalto, ni nos arrastraremos por entre las rocas y matorrales como los lagartijos; sólo tendremos que vaciar algunas botellas de buen vino, comer bien y hablar mucho, brindando a la salud de María que ajusta los quince abrilés, como dicen los poetas.

—¡Viva nuestro capitán y su hermosa hija! —gritaron en coro los bandidos.

—Con que a dormir, muchachos —añadió el capitán—, con eso os levantaréis más temprano.

—A dormir, a dormir —repitieron en coro.

El capitán se alejó de allí. Y los bandidos obedientes a su jefe, disolvieron la rueda y envolviéndose cada cual en su frazada, se tiraron en el suelo, hablando de la fiesta del día siguiente.

Sólo uno de ellos, Andrés Patiño, quedó largo rato en pie, fumándose un puro, y viendo distraídamente hacia la puerta de comunicación por donde el capitán había desaparecido.

Era probable que aquel hombre meditaba algo, porque al ir a tenderse en su jergón, murmuró entre dientes:

—Mi plan está trazado: los engañaré a todos para que no desconfíen y después... ¡Oh! Yo veré cómo, pero ella será mía.

Entre tanto el capitán, siguiendo por un estrecho subterráneo, se encontró bien pronto en otra cueva que, aunque más pequeña en dimensiones que la anterior, revelaba ser su habitación por los objetos que en ella se veían y que consistían en un catre de lona, a cuya cabecera había colgadas, sin orden ninguno, armas blancas y de fuego, de todas clases, una gran mesa de nogal, dos cajas y media docena de sillas de tule.

El capitán se sentó en una silla cerca de la mesa, sobre la cual se veían, cercanas a la pared, algunas botellas de vino a medio destapar, y al centro una gran caja de cartón atada con un listón de raso encarnado.

Apoyó la frente en el borde de la mesa y cerró los ojos como si durmiese; aunque en realidad no dormía.

Era indudable que aquel hombre agobiado con el peso de una conciencia criminal, no habría podido conciliar el sueño tan fácilmente; y sólo por dar a su espíritu fatigado un descanso efímero, apoyaba la dura frente preñada de pensa-

mientos oscuros como su conciencia y cerraba los ojos acostumbrados a ver casi siempre imágenes sombrías.

De pronto un reloj que colgaba de una de aquellas frías paredes, dejó escuchar once campanadas, tan tristes como aquellos subterráneos en que el vicio se enseñoreaba protegido por rocas inaccesibles.

Colombo levantó lentamente la cabeza, como si volviese de un vértigo terrible, y murmuró con acento ronco:

—¡Oh!, ¡si yo pudiese mañana dar a mi hija un nombre limpio que la protegiera contra toda sospecha! ¡Si pudiera presentarla ante esa sociedad que me aborrece y pone precio a mi cabeza, no como la hija de un bandido miserable, sino como la hija de un coronel honrado...! Pero es imposible, imposible... ¡Mi deseo se estrella siempre contra la voluntad de ese hombre de hierro, que no vence ni la oscuridad de su calabozo, ni el hambre, ni la miseria que le hago sentir hace dos años!

El capitán guardó silencio un breve rato, dando vueltas a lo largo de la cueva, con las manos enlazadas por la espalda hacia la cintura, y prosiguió:

—¡Ah! ¿Por qué amo tanto a María? Sin ella la muerte me sería indiferente, también la vida que llevo, ¡pero ella!, ¡jella...! ¡Es el lazo precioso que me une a la vida; la idea fija y constante en mi cerebro para intranquilizar mi corazón...! ¡Porque todo, todo lo quisiera para ella; riqueza, honores, felicidad! ¡Pero, bah! ¿No puede lograrse hoy, lo que ayer parecía imposible? Probemos. El coronel tiene una hija, una esposa y... ¡cederá al fin, como cede la gruesa encina a la tenacidad del hacha que la derrumba!

Colombo tomó la linterna y salió con paso precipitado.

Sigámosle por uno de aquellos impenetrables subterráneos, tan conocidos de él, y penetremos a su lado, a otra cueva pequeña, húmeda y hedionda, desconocida aún para nosotros, y cuyas paredes parecían desmoronarse sobre su cabeza.

¡Nada más lóbrego ni triste que aquel oscuro rincón donde Colombo acababa de penetrar! Podría decirse con propiedad que era una tumba, donde el sepulturero aún no arrojaba la tierra que debía cubrirla. Una escasa luz iluminaba sus ángulos, con un reflejo tan débil, como el que despidió el moribundo de su

apagada pupila; y nada ahí denuncia la existencia de algún ser viviente, si al oído no llegase el eco débil y vago de una respiración corta y afanosa.

Colombo giró la vista en torno suyo, y una sonrisa de soberano desprecio se dibujó en sus labios.

Al frente de él, sobre una sucia manta, un hombre pálido y demacrado acababa de incorporarse, dejando brillar en sus ojos esa chispa terrible y abrumadora de un odio reconcentrado. Mirada que no pasó desapercibida para el capitán, quien adelantándose algunos pasos, al que parecía provocarle, exclamó:

—El oso tiene garras, pero de nada le sirve cuando se le tiene sujeto.

—¡Ay, del que le sujeta, si el oso llega a romper la mordaza, y el opresor está a su alcance! —contestó el aludido, que no era más que un prisionero, una víctima del terrible Colombo.

El capitán lanzó una carcajada burlesca, cuyo eco reprodujeron aquellas huecas paredes, y preguntó enseguida con sarcástico acento y refinada ironía:

—¿Es decir, que tiene usted esperanza de traspasar estas impenetrables rocas que, más fuertes que una muralla de hierro, se levantan en derredor y de burlar una vigilancia que no fío a nadie, fugándose por una de las salidas que le harían devanar inútilmente los sesos, sin conseguir el objeto?

Una risa burlona siguió a estas palabras. El prisionero se mordió los labios hasta hacerse sangre. No era necesario que su antagonista le burlase de aquella manera. Demasiado comprendía que de aquel profundo sepulcro, sólo la providencia podía salvarle; y como buen cristiano, esperaba en ella.

¡Es tan dulce esperar!

Hay un adagio que dice «la esperanza es la última que muere».

Este adagio se confirma diariamente, en cada uno de los hijos de Adán, que son innumerables como las estrellas, si desde el paraíso las contamos, sujetándolos a la aritmética. La esperanza, ese fanal bellísimo de blanca luz está en todas partes, iluminando con sus benéficos rayos los más negros calabozos y las tumbas más desiertas. Donde hay lágrimas que enjugar, allí está ella para recogerlas en su orlado manto. Si hay suspiros, los alivia; si dolores, los suaviza; si infortunios, los endulza con mano pródiga, dejando escuchar la conciliadora frase: «espera».

Cuando el señor mandó a la tierra el bello séquito de sus virtudes, viendo a las tres primeras exclamó: «la Fe será la luz que guíe al hombre en las tinieblas de la vida; la Caridad le abrigará en su seno, y la Esperanza le detendrá al borde del abismo, abierto por las amargas decepciones de la vida. ¡Dulce y consoladora misión de la esperanza!

Pero volvamos con nuestros personajes.

El capitán contempló al preso por breves momentos, y luego prosiguió:

—Desengañáos; estáis en poder de un hombre que os necesita y que ha puesto ya todos los medios necesarios para vuestra seguridad. La menor tentativa de evasión por vuestra parte, será una sentencia de muerte.

—¡La muerte! No le temo; ella me libraría de veros —interrumpió el preso con acento resuelto.

—Y sin embargo —prosiguió el capitán, con un tono de voz en que se revelaba la convicción del sentimiento—, cuando se tiene una buena esposa y una hija tan bella como la usted tiene, debe ser muy doloroso bajar al sepulcro, dejándolas en la miseria; y más cuando, como usted posee los medios, no sólo de aliviar esa miseria, sino de volver a verlas para vivir siempre a su lado.

El prisionero sonrió amargamente, murmurando:

—Vamos, ¿habéis discurrido otros, o son los mismos medios que me proponéis todos los días?

—Los mismos —observó el capitán, mordiéndose los labios con ira. El prisionero guardó silencio, y el capitán continuó, como alentando una esperanza—. Ese silencio augura en mi favor y como creo que estaréis aburrido de esta soledad que sólo yo interrumpo de vez en cuando...

—¡Estáis engañado! ¡No es soledad la que me cansa, sino el tener que veros; esa soledad es preferible para mí, a la compañía de un bandido miserable! —exclamó el prisionero con odio.

—¡Imponed silencio a vuestra lengua si no queréis...! —dijo el capitán temblando de cólera, y dando enseguida un fuerte golpe con el pie en el suelo, añadió—: por última vez, ¿aceptáis?

—¡No! —contestó el desconocido con acento firme.

—¡Está bien, os haré matar como a un perro!

—Os he dicho que no me arredra la muerte, ¡dádmela! El frío puñal del asesino herirá mi pecho sin hacerle temblar.

El bandido apretó los puños lívido de cólera.

—Sea, ya que lo queréis —añadió el bandido respondiéndole—: el asesino como me llamáis, no os matará, porque fuera su sed de venganza. Tenéis una hija... ¿Sabéis lo que será de ella...?

El prisionero como si presintiese lo horrible de esta amenaza apenas indicada, exclamó con angustia:

—¡Oh! ¡Callad, callad...!

El bandido, aparentando no escucharle, prosiguió:

—¡El milano, cayendo sobre esa inocente paloma, afilará sus garras y se cebará en ella, destrozando su inocencia, su virtud, su honra...!

—¡Miserable! ¡Miserable! —exclamó el prisionero con exaltación y cerrando los puños con fuerza.

El capitán continuó con calma, sin fijarse en aquel ademán amenazador.

—Su nombre resonará en estos oscuros subterráneos, entre las risotadas insolentes y burlescas de esos hombres que me acompañan acaudillados por el crimen... En una palabra: ¡Cecilia Miranda está sentenciada por el temible capitán de los subterráneos del Nevado, que llevará su venganza más allá de lo que podáis imaginaros!

Al terminar amenaza tan horrible, volvió la espalda al preso, en ademán de irse. Pero éste, dando un paso hacia adelante, con la vista extraviada y convulso y agitado, exclamó suplicante:

—¡Esperad, esperad! ¿Seréis capaz de tan grande infamia? ¿Qué os ha hecho mi hija para que así la aborrezcáis? ¡Oh...!

—¿Os ha dicho alguien que la aborrezco? No, pero está sentenciada a pagar los caprichos de su padre, quien la salvaría si la amase como yo amo a mi hija...

—¡Pues bien! —exclamó el preso con desesperación—. ¡Matádme! ¡Hacedme pedazos! Ya que estoy en vuestro poder. ¡Pero respetad la familia de un infortunado, que no ha cometido mayor delito que parecerse a vos, físicamente...!

El capitán le contempló largo rato con los brazos cruzados y dijo en seguida, con estudiada calma:

—No tengo necesidad de perder el tiempo: ¡un papel firmado por esa mano o Cecilia! ¡Escoged!

—¡Dios mío! —exclamó entonces el prisionero, con ojos extraviados.

—Veo que estáis en lo último. Buenas noches —dijo el capitán, haciendo ademán de retirarse.

Un vértigo horrible se apoderó del infeliz preso, que por un momento creyó a su hija en poder de los bandidos: desgredada, delirante y hecha un juguete vil de sus desenfadadas pasiones. Saltó de la manta e interceptando el paso del bandido, tomó una de las resoluciones extremas, que cuando tienen paso por nuestros labios, es porque han hecho trizas el corazón, causando el extravío del cerebro, si puede explicarse así, puesto que entonces no tenemos conciencia ya de lo que hacemos, ofuscados por el terrible vértigo del sufrimiento.

—¡Ah! —exclamó— ¡El papel, el papel...! La muerte de mi honra por la vida y la honra de mi hija.

—Al fin sois razonable —dijo el capitán, abriendo su cartera y entregando al preso un pliego de papel limpio. Sacó en seguida un pequeño tintero de bolsa y lo colocó sobre una piedra lisa que sobresalía de una de aquellas oscuras paredes.

—Podéis escribir: os voy a dictar.

El pobre hombre arrimó una silla que se le había destinado como gracia especial en aquella horrible prisión y, sentándose, se dispuso a escribir. Un terror convulsivo agitaba su cuerpo y gruesas gotas de sudor inundaban su frente.

—Podéis comenzar —dijo el bandido con alegría salvaje y comenzó a dictar—: «Yo, Vicente Colombo, hallándome cercano al sepulcro, declaro que hace 17 años tengo secuestrado al coronel Pedro Miranda, cuyo nombre, apellido y título, llevo desde entonces, aprovechando el parecido que tenemos. Declaro asimismo, que hace dos años, durante una refriega que precedió el robo de la última conducta, confiada a mi custodia y asaltada por empresa mía...»

—¡Imposible! ¡Imposible! —exclamó el preso parándose con la exaltación de un demente que se ve asediado—. ¡Imposible...! ¡Yo, traidor! ¡Yo bandido! ...Y mi hija, mi hija... ¡La hija de un bandido...! ¡No, mil veces no...! ¡El coronel Miranda nunca se ha vendido!

Al decir estas palabras y antes que Colombo pudiera evitarlo, rompió con las manos crispadas, el pliego que tenía delante.

Colombo dio un fuerte golpe con el pie sobre la roca, después de intentar en vano impedírselo, y en seguida gritó, con estentórea voz:

—¡Desgraciado! ¿Con que elige usted la deshonra de su hija? Sea como queréis.

—Por ventura, ¿no arrojó la deshonra sobre su frente firmando este miserable papel? ¿Quién podría verla sin murmurar, señalándola con el dedo: «Es la hija de un bandido»?

—¿La abandonáis, entonces?

—Sí. La Providencia velará por ella —exclamó el coronel Miranda con resignación.

—¿Es vuestra última resolución? —preguntó Colombo con ira.

—Sí —contestó secamente el coronel.

El capitán apretó con rabia los puños, dirigió al preso una mirada de hiena y salió de ahí, murmurando palabras de venganza.

El preso —a quien en adelante llamaremos el coronel Pedro Miranda— permaneció largo rato dando vueltas en su prisión, hasta que fatigado sin duda, fue a recostarse en la sucia manta que le servía de lecho.

¿Cuál era el fin que se proponía Colombo al arrancar del coronel, escrita de su puño y letra, aquella falsa y horrible confesión?

Por una de esas casualidades tan frecuentes en la naturaleza, el coronel Miranda y Colombo tenían la misma estatura, el mismo color y una casi idéntica fisonomía. Tal parecido hizo que concibiese la satánica idea de apoderarse del coronel y atormentarle hasta conseguir que firmara el fatal documento que, sellado con su muerte, cosa que entraba en su plan, le abriera a él las puertas de la sociedad, como el verdadero coronel Miranda, secuestrado hacía 17 años y libre por la muerte y arrepentimiento del supuesto Colombo.

Todo estaba perfectamente combinado por Colombo que obrando así, no veía más que el bienestar de su hija, cuyo amor grande parecía encendido en su alma por la mano de Satán, para atormentarle con él y castigar sus crímenes.

Diadema de perlas
o Los bastardos de Alfonso XI
(Drama, fragmento)

Edelina se enamora del rey Enrique II sin saber que es el rey, a su vez don Sancho se enamora de ella; el conflicto llega al clímax una vez que se enteran que los tres son hijos bastardos del rey Alfonso XI. La diadema de perlas marcará el desenlace inesperado.

Si la fecha de representación en Guadalajara fue en 1873, como está consignado, significa que se realizó tres años antes de la publicación de La hija del rey de José Peón y Contreras que contiene algunos elementos parecidos y que también termina con la muerte de algunos de los personajes principales. Al hacer un rápido comparativo encontraremos que esta obra de la señora Barragán está a la altura de la de Peón y Contreras. Presentamos aquí las seis primeras escenas del acto primero.

* * *

Personajes:

EDELINA

DON ENRIQUE II, REY DE CASTILLA

DOÑA JUANA, ESPOSA DEL REY

DON ÁLVARO, CONDE DE CARRIÓN

DON SANCHO

DOÑA ISABEL

DON NUÑO DE SANDOVAL

DON PEDRO

DON MENDO

EL CAPITÁN GARCÍA

GONZÁLEZ

MATILDE

Damas, caballeros y ballesteros, un ujier, un criado, Florestán, nombre supuesto del rey; Carlos y Fernando, nombres supuestos de Sancho.

Los dos primeros actos pasan en Burgos; los otros cuatro en Toledo.

ACTO PRIMERO:

La partida o la prenda de amor

(Parque y vista de la calle principal de Burgos; a la derecha del espectador, la casa de doña Isabel, con dos puertas al foro; a la izquierda, entrada de calle y una puerta que da al campo y que permanecerá cerrada hasta que las escenas lo requieran; un banco de piedra, etcétera, es de día.)

ESCENA I

EDELINA: — ¡Ah, Carlos! Otra palabra no me volváis a decir.

SANCHO: — ¿Con que otra vez me he de ir
sin que una esperanza me abra
el cielo que ansío vivir?

EDELINA: — Es preciso.

SANCHO: — Y bien, señora,
¿Tenéis corazón, decid,
de hacer pedazos ahora
este pecho que os adora
y sin vos no ha de vivir?

EDELINA: — Carlos, por piedad,
os ruego que me olvidéis.

SANCHO: — ¡Que os olvide!
¿Y dónde hallar el sosiego
que la que adoro me pide
si en mi corazón reside
un volcán de vivo fuego?

¡Que os olvide! Qué imposible
tan grande para mi amor:
no rechazéis insensible
a quien sólo piensa en vos
con ardor inextinguible.
¡Hace un año que os adoro,
año de incesante afán,
en que en vos sueño un tesoro;
y aun sin esperanza lloro...!
Que es triste sin ella amar.
Vos no podéis, Edelina
comprender lo inmenso, ardiente
de este amor que me domina,
fuego voraz que germina
en mi ser como un torrente.
De este amor que es mi tortura
mientras el desdén alcanza,
y que fuera mi ventura
si alertara su fe pura
débil rayo de esperanza.

EDELINA: — Esa pasión pagaré
con el cariño de hermana
y vuestra amiga seré.

SANCHO: — ¡Qué recompensa tan vana!
¿Queréis vos, del corazón,
llenar el hondo vacío,
satisfacer la ilusión
con la amistad? ¡Desvarío!
¡Qué! ¿Vuestra mente no piensa
que un amor grande y fatal
no puede hallar recompensa
en el amor fraternal?

Es imposible que el pecho
ya convertido en volcán,
pueda quedar satisfecho
con la amistad que le dan.
Es imposible que el alma
que soñó con el amor,
pueda recoger con calma
sólo aroma de la flor.
Que mientras goza su esencia
no pueda ni aun envidiar
que otro en su misma presencia
logre su tallo arrancar.
¿Vuestra amistad...? No la quiero,
no quiero vuestra amistad;
cadena más dulce espero;
con ella me habéis de atar.

EDELINA: —¡Ah Carlos!, no puedo más,
de mi deber no desvío,
no puedo amaros jamás
porque el corazón, ¡no es mío!

SANCHO: —¡Qué escucho! Un rayo me hiere
de improviso el corazón!

EDELINA: —Amo a un hombre que me quiere
con acendrada pasión.

SANCHO: —¡Edelina!

EDELINA: —No quería
revelar este secreto,
que guardaba el alma mía
con misterioso respeto.

SANCHO: —¿Qué le amáis...?

EDELINA: —Es mi tesoro,
es mi vida, mi alegría, Carlos.

SANCHO: —¡Dios mío!

EDELINA: —Le adoro
como al sol que alumbra al día.

SANCHO: —Basta, basta; vuestro labio
ha firmado mi sentencia;
apuraré su resabio
hasta el fin de mi existencia
porque nada hay en el mundo
que de vos me haga olvidar;
ningún poder que profundo
os pueda de aquí borrar.
(*Se lleva la mano al corazón.*)
Os amo y hasta la tumba
vuestra imagen va conmigo;
si el viento junto a vos zumba
pensad, pensad, que os bendigo.
Y al repetirle «Te adoro»,
a ese mortal que aborrezco,
recordad que triste lloro
y lejos de vos padezco.
Que si perdí la esperanza
y todo en el mundo pierdo,
mi pecho de sí no lanza
vuestro halagador recuerdo.
Adiós. (*Saliendo.*)

EDELINA: — ¡Carlos!

SANCHO: — En mi vida
al cielo una gracia pido:
para vos, dicha cumplida;
para mí, perdón y olvido.
(*Sale.*)

ESCENA II

EDELINA: —¡Pobre Carlos! Yo también
sufro de verlo sufrir,
siento abrasarse mi sien
y mi corazón latir,
¿por qué no puedo volver
con mi ternura su calma?
De mejor suerte y placer
es digna su noble alma.
Comprende mi pensamiento,
su situación sin medida
desesperada, el tormento
de su esperanza perdida.
Pero nunca le amaré,
no; mi corazón ferviente,
se ha esclavizado en la fe
de otra pasión más ardiente.
(Sale por la derecha.)

ESCENA III

(Don Pedro, don Nuño, González y García por la izquierda.)

GONZÁLEZ: —La ciudad está impaciente
por saludar a su rey.
DON PEDRO: —Curiosidad exigente
abriga el pueblo en su ley.
A propósito, don Nuño,
de la espada vencedora
ya no acariciéis el puño;

algo platicad ahora;
¿pensáis sacar buen partido?

(Ambos se separan a la derecha. Los otros quedan platicando en voz baja cerca del fondo.)

DON NUÑO: —Yo pienso, el lugar del conde
ocupar favorecido.

DON PEDRO: —Eso a nadie se le esconde.
Ya la corte por igual,
dice que es el favorito,
don Nuño de Sandoval.

DON NUÑO: —Yo lo celebro infinito.
Cuando Enrique combatía
en los campos de Montiel,
la tajante espada mía
velaba su vida fiel.
Y en el campo del honor
muchas veces me decía:
compensaré tu valor
si ocupo el trono algún día.
La hora por fin llegó.
Ni de decirlo me arredro,
cuando su daga pasó
el pecho del rey don Pedro.
Hoy espera mi valor
la recompensa ofrecida
al que expuso sin temor
por el rey su propia vida.

DON PEDRO: —Horrible triunfo, don Nuño,
para el corazón humano
teñir la daga hasta el puño
con la sangre de un hermano;
poner el pie en su cabeza,

al sol del triunfo que brilla,
y hacerse de la nobleza
aclamar rey de Castilla.

DON NUÑO: —¡Consecuencias de la guerra!
Si todos cual vos pensarán
estuviera en paz la tierra.

DON PEDRO: —No tal, mas, mejor obrarán.

DON NUÑO: —Locura fuera a un soldado
decir que le perdonara
a quien le hubiera matado,
si en su ligar se encontrara.
Además, y esto no es nada,
para él no debe de haber
más familia que su espada,
ni más ley que su deber.
Si Enrique mató a su hermano
estuvo allí en su derecho,
pues don Pedro el inhumano
con él lo mismo hubiera hecho.
¡Pese de un pueblo el encono!
¡Arda Troya hecha pavesas!
Bien se puede por un trono
cortar hasta mil cabezas,
no digo una.

DON PEDRO: —Pues yo no pienso así.
(Siguen hablando en voz baja).

GARCÍA: —Doña Juana,
según el mensaje de hoy,
llega a Toledo mañana.

GONZÁLEZ: —Nuestra reina es un tesoro.

GARCÍA: —Grande alma, mucha nobleza...

GONZÁLEZ: —A más, un corazón de oro
que realza más su belleza.

¿Mas ves aquel embozado
(*Viendo al fondo.*)

que se desliza hacia allá?

GARCÍA: —Ya lo veo, muy calado
lleva el sobrero.

GONZÁLEZ: —¡Ja, ja!
¿Le conoces?

GARCÍA: —No, ¡pardiez!

GONZÁLEZ: —Es el rey.

GARCÍA: —Alguna intriga.

GONZÁLEZ: —Amorosa; sí, tal vez
que a disfrazarse le obliga.

GARCÍA: —¿Vamos al alcázar?

GONZÁLEZ: —Vamos.
La hora de partir avanza...
Y nosotros no avanzamos...
Ja, ja, ja. Amén y esperanza.
(*Se van por la izquierda.*)

ESCENA IV

DON PEDRO: —¡Ah! Por mi honor,
os juro que compadezco
la suerte de doña Juana;
esas locuras del rey
secarán la flor de su alma.

DON NUÑO: —Sin embargo, hoy en Castilla
y Aragón reinando se halla,

y esto borraré las nubes
que agostaron su mañana.

DON PEDRO: —Cierto: a la verdad merece,
nuestra joven soberana,
la regia corona de oro,
el cetro, la pompa y galas.
No tiene más que veinte años,
y a su belleza extremada
reúne mil cualidades,
un alma sincera y franca,
un corazón bondadoso,
delicadeza que halaga,
maneras nobles y finas;
en fin, con sus prendas raras cautiva.

DON NUÑO: —Sí; según todos,
es una mujer sin tacha;
pero Enrique no ha salido
y el pueblo todo lo aguarda
con ansia, esperando verle
en las puertas del alcázar,
manifestando en su empeño
una impaciencia muy ardua.

DON PEDRO: —¿Y es cierto que ahora
salimos para Toledo?

DON NUÑO: —Están dadas
las órdenes de partida
para esta tarde.

DON PEDRO: —Me agrada...
y me retiro al momento.

DON NUÑO: —¿Vais a arreglar vuestra marcha?

DON PEDRO: —Sí.

DON NUÑO: —Nos acompañaremos
entonces hasta la plaza (*Salen.*)

ESCENA V

(*Don Álvaro y doña Isabel, por la derecha.*)

ÁLVARO: —¿Con que tanto ama don Carlos,
doña Isabel a Edelina?

ISABEL: —Tanto. Tanto (*Se sientan.*)

ÁLVARO: —¿Y qué, no la fascina
su pasión ardiente y fiel?

ISABEL: —No, señor conde, el recuerdo
de otro hombre que Dios maldiga,
y a quien tanto amor la liga,
hace que le trate cruel.
Muchas veces he querido,
de su amistad con la flama,
cegar la pasión que inflama
su ardoroso corazón.
Él se contenta con verla
sin exhalar una queja;
a veces mustio se aleja
del dolor con la expresión;
otras veces en pupila
con las lágrimas se vela,
y su palidez revela
lo intenso de su sufrir,
mas disimula de su alma
la asoladora tormenta,
y solo infeliz lamenta
las horas de su vivir.

ÁLVARO: — ¿Conocéis vos a don Carlos?

ISABEL: — Por lo que me ha dicho, algo.
Sé que es hijo de un hidalgo
sin bienes, mas con honor,
que peleó por don Enrique
de quien hoy es caballero,
Siendo en la guerra el primero
por su rey a combatir.

ÁLVARO: — ¿Del otro amante sabéis...?

ISABEL: — De ese sí que no sé nada;
está su vida velada,
sólo conozco su amor.
Por su traje me parece
que ha de ser hombre de cuenta:
su edad frisará en los treinta:
es apuesto y es galán.

ÁLVARO: — ¡Dos incógnitas!... No es malo...

Enamoran a la hija
y la madre no se fija
en conocerlos.

ISABEL: — ¿Pues qué,
pensáis que yo soy su madre?
No es mi hija, señor conde.

ÁLVARO: — ¡No es vuestra hija!
¿Pues dónde viven sus padres?

ISABEL: — No sé;
pero ya que se ha ofrecido
os referiré su historia
que conservo en la memoria.

ÁLVARO: — Con gusto la escucharé.

ISABEL: — Hace ya dieciséis años
si no es mi memoria escasa,

que en la puerta de mi casa
a Edelina me encontré.
Era una niña de meses,
vestida de blanco lino,
y un rollado pergamino
atado a su cuello hallé.
A su lado, junto a ella,
un bolsillo de oro estaba,
pensión que se me pagaba...

ÁLVARO: —Para criarla.

ISABEL: —Sí, a fe.

Cuando creció, en un colegio
le puse a que se educara,
y su inteligencia rara
envidia de muchos fue;
ya la veis, es una niña
de un talento exagerado.

ÁLVARO: —¿Y el pergamino encontrado
me lo podéis enseñar?

ISABEL: —Sí, señor.

(Entra doña Isabel por la derecha.)

ÁLVARO: —No lo conozco:

ignoro quién es ese hombre;
pero juro por mi nombre
que yo le descubriré.
¡Y hay de él si manchar intenta
los candores de su frente!
Que no ría indiferente
porque yo... lo mataré.

(Doña Isabel vuelve trayendo un pergamino que entrega al conde.)

ÁLVARO: —*(Lee.)* «La niña que se confía a vuestro cuidado es hija
de padres nobles. Se os pagarán trescientos doblones anuales para su educación.

Cuando un caballero se os presente con un pergamino igual a éste, la entregaréis sin vacilar. Entre tanto la haréis pasar por vuestra hija; que ella ignore el velo que envuelve su vida.»

¿Y os han seguido pasando esa suma?

ISABEL: —Exactamente.

ÁLVARO: —(*Parándose.*)

¿Edelina está inocente
de todo el misterio?

ISABEL: —Sí.

ÁLVARO: —Pues sabed que está su suerte
confiada a vuestro cuidado,
y que ese amor desgraciado
la puede perder al fin.

ISABEL: —¿Qué queréis que haga?

ÁLVARO: —Evitarle que le hable a ese hombre, señora;
indagar quién la enamora;
alguien lo ha de conocer.
No os fieis de la rica tela
apostura y gallardía;
la más preciada hidalguía
buscadla en el corazón.
En la corte de los reyes
se arrastran muchos reptiles;
hay hombres bajos y viles
que ostentan oro y tisú;
que la adulación mezquina
por medio de la impostura,
suele alzar tanta basura
como olas levanta el mar.
Doña Isabel, me retiro;
y si a esa niña queréis,

os aconsejo veléis
por su delicado honor.

(Se va el conde por la izquierda y doña Isabel por la derecha.)

ESCENA VI

(Edelina, por la izquierda.)

EDELINA: —No ha de dilatar, ya siento
que el corazón me palpita
a la dulzura infinita
de su melodioso acento;
él es mi bien en el mundo,
mi esperanza, mi creencia,
es la luz de mi existencia;
en su amor mi dicha fundo;
en su dulce pensamiento
cierro mis amantes ojos,
sueño con sus labios rojos
y despierto con su aliento.
¡Cuánto el corazón le adora!
Él es muy pequeño trecho
para guardar dentro el pecho
la llama que le devora.
¡Florestán! Nombre que suena
cual la tierna melodía
del ave que canta al día
entre la floresta amena.
¡Florestán! Único encanto
que me hace adorar la vida;
su imagen está esculpida
de mi alma en el templo santo.

Su amor es la luz divina
que disipa mi amargura,
que alumbra mi senda oscura
cual estrella vespertina.
Amor, dulce sentimiento
que hace florecer el alma,
y a nuestro pecho la calma
roba con mágico aliento.
Pura flor que nos embriaga
con exquisito perfume,
y en sus pétalos reúne
todo lo que más halaga.
Ensueño que vaporoso
la imaginación domina,
y el corazón nos fascina
con su prestigio ardoroso.
Magia que nos hace luego,
de su atracción con los lazos,
de su inapagable fuego
arrojarnos en los brazos.
¡Amor! Fanal que a mis ojos
les marca nuevo sendero,
puro como el reverbero,
sin espinas, sin abrojos.
Limpio cual sol que sin nubes
tiende su cauda flotante
sobre la cumbre gigante,
a los pies de los querubes.
¿Qué agitación, ¡Oh, Dios mío!
me ha asaltado de repente?
¡Pobre corazón: detente,
calma ya tu desvarío.

Es el eco de su acento
que ya hiere mis oídos...
Quién arranca esos latidos,
son sus pasos, es su aliento.
Es su mirada que viva,
fija, enamorada, ardiente,
abrsa de amor mi frente,
es su sonrisa expresiva.

(Se oyen dos toquidos en la puerta cerrada a la derecha; Edelina abre después de decir los siguientes versos.)

Esos toquidos, ¡Oh, cielo!
dicha para mí no entraña,
¡el corazón no me engaña...!

Índice

<i>Cherchez la femme</i> Sara Velasco	7
<i>Isabel Prieto de Landázuri</i>	
<i>La plegaria</i>	27
<i>La paz</i>	34
<i>Al desgraciado autor de «Un tipo del siglo»</i>	35
<i>Al autor de «Gracias de las hembras»</i>	36
<i>Tristeza</i>	37
<i>El colibrí</i>	39
<i>¡Oh, patria mía!</i>	45
<i>Las dos flores (Drama en cuatro actos y en verso [fragmento])</i>	49
<i>Esther Tapia de Castellanos</i>	
<i>El collar de perlas</i>	87
<i>Los recuerdos</i>	104
<i>Cantilena</i>	106
<i>Intuición</i>	107
<i>Soldado y poeta</i>	110
<i>Cántico 26: ¡A la Virgen María!</i>	117
<i>Cántico 29: La Santa Cruz</i>	120

<i>¡Vuelve a mí!</i>	123
<i>Dos besos</i>	124
<i>Guerrero</i>	126
<i>Mi dolor</i>	129
<i>Tus pensamientos</i>	133
<i>Una pasión</i>	135
<i>Antonia Vallejo</i>	
<i>Pensamiento</i>	141
<i>Un consejo</i>	142
<i>Una consulta</i>	143
<i>Balance</i>	146
<i>La campana y yo</i>	149
<i>A Hidalgo en el Día de la Patria</i>	152
<i>En la batalla</i>	153
<i>Dos métodos curativos (recomendación a Lupe)</i>	154
<i>Mi vocación</i>	158
<i>Coplas</i>	159
<i>Himno a la preciosa Sangre de Cristo</i>	162
<i>Olvido</i>	164
<i>Al Sagrado Corazón de Jesús</i>	165
<i>Consejos a una amiga</i>	167
<i>A un ave</i>	171
<i>Apuntes para la historia del Beaterio</i>	173
<i>Refugio Barragán de Toscano</i>	
<i>¡Ése es el mío!</i>	189
<i>Tendencias opuestas</i>	190
<i>Amor filial</i>	191
<i>Almas y flores</i>	193

<i>Amores del campo</i>	194
<i>El arroyo</i>	196
<i>La llegada</i>	202
<i>Parábola de la oveja perdida</i>	205
<i>¡Murió el siglo! ¡Viva el siglo!</i>	206
<i>El papalote</i>	211
<i>La cartera</i>	213
<i>La hija del bandido o Los subterráneos del Nevado</i> (Novela, fragmento)	215
<i>Diadema de perlas o Los bastardos de Alfonso x I</i> (Drama, fragmento)	229



Mtro. Jorge Aristóteles Sandoval Díaz
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Mtro. Roberto López Lara
Secretario General de Gobierno

Dra. Myriam Váchez Plagnol
Secretaria de Cultura

Dr. Tomás Eduardo Orendáin Verduzco
Director General de Patrimonio Cultural

Lic. Samuel Gómez Luna Cortés
Director de Investigaciones y Publicaciones

Bajo el purísimo cielo de Jalisco

Cuatro escritoras del siglo XIX

Se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2015
en los talleres de Pandora Impresores, S. A. de C. V.,
Caña 3657, colonia La Nogalera, 44100 Guadalajara, Jalisco, México.
Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Diseño editorial y de cubierta: Avelino Sordo Vilchis ~ *Imagen de la cubierta:* *Cocina poblana* (1865), óleo sobre tela de José Agustín de Arrieta (1802-1874), colección del Museo Nacional de Historia ~ *Cuidado del texto:* Sara Velasco, Encarni López González y ASV ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~ Guadalajara, Jalisco, México, agosto de 2015.

Francisco Zarco escribió en *La Ilustración Mexicana*, «decimos que entre las mejores composiciones [...] deben contarse las escritas por personas del bello sexo. [...] son tales, que en cuanto a mujeres que cultiven las letras, la superioridad de Guadalajara sobre el resto de la República es incontestable [...] Bajo el cielo purísimo de Jalisco, en medio de ricas bellezas naturales, bajo el sol ardiente y en un clima feraz y abrasado [...] las poetisas jaliscienses [...] sienten verdadera, profunda inspiración [...] Sus versos respiran armonía, revelan sensibilidad, y tienen la frescura y el encanto de todo lo que lleva el sello de la juventud y de la mujer».

Las cuatro mujeres que se presentan en estas páginas iniciaron su gusto por la lectura y la escritura de poesía desde jóvenes. Isabel Prieto de Landázuri y Refugio Barragán de Toscano escribieron también teatro y la segunda, novela. Tanto Isabel como Antonia Vallejo, recibieron la esmerada educación que se acostumbraba en las familias acomodadas. Por su parte, Esther Tapia de Castellanos fue autodidacta y Refugio Barragán estudió para preceptora de primaria. Las cuatro colaboraron en publicaciones periódicas, como *La República Literaria*, o *La Palmera del Valle*. Ninguna buscó reconocimientos ni honores, pero hubo quienes las valoraron, impulsaron y apoyaron. Todas escribieron hasta el final de sus vidas, menos Esther pues sufrió la amputación del dedo pulgar de la mano derecha. Isabel escribe —o dicta— en el mismo mes en que muere a pesar de lo grave de su enfermedad. Antonia tiene poemas fechados siendo nonagenaria. Refugio, mientras acompañaba a sus hijos en sus aventuras científicas, cinematográficas y profesionales, no dejó de escribir.



ISBN 978-607-734-041-6



9 786077 340416